



Ramón Palomares

ANTOLOGÍA POÉTICA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Ramón Palomares Uno de los poetas contemporáneos más importantes de Venezuela, nació en Escuque, estado Trujillo, en 1935. Se licenció en Letras y fue profesor universitario. Formó parte de trascendentales movimientos estéticos en el país como Sardo y El Techo de la Ballena. Fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura (1974) y el Premio Internacional de Poesía Víctor Valera Mora (2006). Falleció en 2016. Entre sus principales obras se cuentan: *Paisano* (1964), *Adiós Escuque* (1974), *Antología poética* (2004) y *Vuelta a casa* (2006).

« Héctor Poleo.

Dos figuras.

1951. Óleo sobre tela.

135,5 x 81,5 cm.

Galería de Arte Nacional.



Antología poética

RAMÓN PALOMARES

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz

Freddy Nájnez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Rodríguez Gómez

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla Pérez

Antología poética

RAMÓN PALOMARES



Índice

- 21 Mirar y escuchar en Ramón Palomares
- 29 **EL REINO (1958)**
- 31 El viajero
- 35 Saludos
- 38 Elegía a la muerte de mi padre
- 41 Conquistas
- 45 La casa
- 49 La esposa
- 52 El monje
- 55 Huéspedes
- 59 Errantes
- 64 El nadador
- 68 **ASUNTOS DEL TEATRO**
- 68 Palabras del actor
- 71 Las comedias y los días
- 75 Máscaras
- 77 **PAISANO (1964)**
- 79 **JUEGOS DE INFANCIA**
- 79 Culebra
- 80 Un gavián
- 81 El sol

82	Patas arriba en el techo
83	Entre el río
84	De noche
86	En el patio
87	TIERRA DE NUBES
87	El noche
88	Juan León
90	Huyendo
92	Cazadores
93	Ismael
95	Hermanos
96	Páramo
97	Sol
98	Solita
99	Reseco
100	GRAN LEYENDA
100	Abandonado
102	Abandonado
103	Abandonado
104	Muerte
105	Muerte
106	Muerte
107	Baile
108	Baile
109	Baile
111	HONRAS FÚNEBRES (1965)
113	La llegada

- 115 Impresiones
- 117 Exhumación
- 119 Descripción de la ciudad cuando pasa el cadáver
- 121 Las batallas
- 123 Otras naves de compañía
- 125 El navío
- 127 En las cámaras fúnebres
- 129 Un gran sueño
- 130 Llegada del navío a puerto
- 131 A través de la alta montaña
- 133 La ciudad

- 135 **SANTIAGO DE LEÓN DE CARACAS (1967)**

- 137 **BORBURATA DE LOS FANTASMAS**
- 137 [1] Diego de Losada funda la ciudad de Santiago de León en el Valle de los Caracas
- 139 [2] En su delirio Losada recuerda sus correrías con Pedro Reynoso, en el oriente del país
- 140 [3] Los fantasmas de los indios que capturara y vendiera como esclavos en Margarita surgen de la sombra
- 141 [4] A los fantasmas de los indios se suman los esclavos negros que fueron exterminados por él mismo en las minas de Buría, cuando el levantamiento del negro Miguel
- 142 [5] En el cielo de Losada cruza su más enconado enemigo: Pedro Ponce, que lo despojara del mando en la recién nacida Santiago de León
- 143 [6] Aquí recuerda a Francisco Narváez el primer expedicionario por tierras del centro del país, cuyas tropas, formadas en parte por gente del tirano Aguirre, fueron arrasadas por los Teques y Caracas más arriba de Nirgua

- 144 [7] En su delirio Losada se encuentra con otro de sus más enconados enemigos que, junto a Pedro Ponce y sus hijos, formaron partido para echarlo del mando
- 146 [8] El recuerdo del empalamiento de los caciques mariches atormenta a Losada que otra vez escucha sus gritos y las voces de sus asesinos
- 147 [9] Cuando lo despojaron de ciertas tierras en el Tocuyo
- 148 [10] Se revela como un ser distante y a la vez próximo sobre la ciudad
- 149 FLECHEROS ELLOS, Y CORREDORES Y SALTADORES GUAICAIPURO Y LOS SUYOS
- 149 [1] Los caciques del centro se acuerdan para la guerra
- 151 [2] Asalto al Hato de San Francisco, en el Valle de los Caracas, asiento del capitán Juan Rodríguez Suárez
- 152 [3] Emboscada y destrucción de las fuerzas de Juan Rodríguez Suárez
- 153 [4] Derrota de la fuerza indígena en ausencia de Guaicaipuro, el jefe, por Diego de Losada
- 154 [5] Muerte del cacique Tiuna por uno de los indígenas que se habían aliado a Losada
- 157 [6] Persecución y muerte de Guaicaipuro, el máximo jefe de la resistencia indígena
- 159 [7] Rendición de las tribus y su exterminio por una peste de viruelas
- 160 EL CABALLERO JUAN RODRÍGUEZ SUÁREZ
- 160 [1] Guaicaipuro asalta el Hato de San Francisco en el Valle de los Caracas y lo destruye, mientras Juan Rodríguez Suárez festeja en una playa distante
- 162 [2] Juan Rodríguez Suárez emprende la persecución de Guaicaipuro y cae en una emboscada
- 165 [3] Epitafio para el conquistador y fundador de Mérida de los Caballeros

166 LA NOCHE DE ULLOA

166 [1] Ulloa en casa del jefe militar de la población, Garcí González de Silva, evoca otras poblaciones

167 [2] Brindis de Ulloa

168 [3] Paramaconi, uno de los más aguerridos jefes que sucedieron en el mando de Guaicaipuro, tenía una profunda cicatriz en la espalda a consecuencia de su lucha contra el capitán español

169 [4] Presentación de Francisco Infante, segundo en el mando y cuñado de Garcí González

170 [5] Infante recuerda la desastrosa escaramuza sostenida en el mismo sitio donde aproximadamente un año antes había sido destrozado el capitán Narváez, y donde ellos mismos apenas pudieron rehacerse, para más tarde continuar la conquista del Valle de los Caracas

172 [6] Paramaconi evoca una de sus acometidas guerreras contra el mismo Hato de San Francisco que arrasara Guaicaipuro y que para entonces se encontraba en manos del conquistador don Julián Mendoza, después su persecución y derrota

174 [7] Garcí González escapa de una emboscada

175 [8] Los conquistadores sienten el amor por la tierra y su fundación

177 [9] Ulloa se despide

178 HABLA LA SOGA MUERTE DE FRANCISCO FAJARDO

178 La casa de Cristóbal Cobos

180 Fajardo va derecho a la muerte

181 Ya se acerca

183 El espejo

184 Presagios

185 La comida

186 Transformación

187 ¡Agárrenlo!

- 189 La sogá
- 190 Morir
- 191 Los asesinos proceden
- 192 Acto de matar
- 193 **EL VIENTECITO SUAVE DEL AMANECER CON
LOS PRIMEROS AROMAS (1969)**
- 195 1
- 196 2
- 197 3
- 198 4
- 200 5
- 201 6
- 202 7
- 203 8
- 204 9
- 205 10
- 207 11
- 208 12
- 209 13
- 210 14
- 213 **ADIÓS ESCUQUE (1968-1974)**
- 215 Pajarito que venís tan cansado
- 216 **TODOS LOS CORAZONES**
- 216 El sietecito está de buenas
- 218 Diciembre andando por el cielo
- 219 Ah Rigor
- 220 Las catequistas
- 222 Dice que ya no le hacen falta flores

- 224 Oyéndome por dentro y viendo hacia otros días
- 225 La niña Rosa habla con sus quimeras
- 227 Mi padrino oye unos forasteros
- 228 El corazón atendiendo una visita
- 229 Serenata
- 230 PUERTA DE GOLPE
- 230 Mi padrino tiene una pesadilla
- 231 Mi madre se despide
- 232 Despedida de Laurencio
- 235 Viejo lobo
- 237 El patiecito
- 238 Diario de mi padre
- 239 Llorando a nuestra madre adoptiva
- 240 Yo mismo pasando por esta vida
- 242 DE RAÍZ
- 242 Nativos
- 245 Esos que venían de Sicoque, la mesa del palmar, las pavas
- 246 Pleno verano
- 248 Abuelos muertos, tías, retías y demás sombras
- 249 DIABLO VIEJO
- 249 Lloro, canto y termino rogando
- 250 Alegrándose con ese amor que aún no ha llegado
- 251 El alma dándole de beber
- 252 No busque el remolino
- 253 Con el ánimo bien templada
- 254 Desde uno y otro lado del agua
- 255 Con los ojos perdidos en tus montañas

- 256 Gavilán blanco de las sierras
- 257 VIEJO DIABLO
- 257 El hijo pródigo
- 260 La caída
- 264 El jugador
- 266 ADIÓS
- 266 Adiós
- 269 OTROS POEMAS
- 269 Pequeña colina
- 271 Presente
- 272 El reino combatiente
- 274 Voces en el Jardín Botánico
- 279 **ELEGÍA 1830 (1980)**
- 281 Elegía 1830
- 289 **ALEGRES PROVINCIAS. UN HOMENAJE A HUMBOLDT (1988)**
- 291 El Arquetipo
- 341 **EL VIENTO Y LA PIEDRA (1984)**
- 343 Búho
- 344 Precipicio
- 345 Arroyo
- 346 Muro
- 347 Buey
- 348 Tabaco
- 349 Halcón
- 353 Lobos y halcones

Mirar y escuchar en Ramón Palomares

El hombre que sorbía su cerveza en el filo de la mesa de “El Viñado”, hace ya muchos ruidos caraqueños y muchos viajes, no era un hombre por su apariencia y sus modales, era una escritura toda; nunca esa camisa tratando de abrir el ala de su cuello sobre la cornisa del saco, mucho menos ese ceño en medio de la mirada oscura y arisca. Estaba allí solo y yo atisbaba la diligencia que ponía en ausentarse del vecindario de comensales y libadores merodeando entre las páginas de un libro. Yo sabía su nombre, conocía su rostro ceñudo, pero no cómo se llamaba sino cómo sentía, porque no bastaba con decírmelo a mí mismo, en ese recodo de espuma y estruendo que nos amistaba: tenía que darle a su apellido, que era de por sí de una gran facilidad de aire, el nombre que mi admiración había terminado por desplazar al que lo trajo de Escuche, mientras recordaba, celebrándome, la vez que su decir me alumbró por dentro en medio de la zarabanda aquella del cafetín de Economía de la UCV, donde se daban cita la charcha académica y la cháchara política.

Durante mucho rato y después que se extinguieran hasta más nunca el tufo de conejo salmorejo y las luces del muerto y enterrado bebedero de los sesenta que sirviera de foro de la algarabía letrada y el rescoldo de la brasa vanguardista de la estética y la ideología, permanecí así, imaginando, desde mi rincón, que Ramón Palomares era mi amigo y que ambos apurábamos una y otra cerveza para hacer menos penosa la apenada confidencia de los tímidos. Si hoy tal vecindad de afecto no conoce más distancia que el desencuentro de los caminos por donde ambos

transitamos, creo que para siempre jamás sobrevivirá aquella primera vez que el sentimiento de *Paisano* me regaló el nombre de un poeta y un libro para que juntos pudiéramos decirnos cuánto de uno mismo hay en la grieta del cerro y en los trapos de la familia y cuán enorme es la vastedad que cabe en la palabra más áspera.

Hubiera querido hablarle ese día a Ramón Palomares de mi amistad con ese libro suyo, pero me fui, me retiré. El otoño de la rue Bertholet estuvo soltando hojas tanto tiempo que hoy me cuesta entender el tráfico de las estaciones que pasaron por su ventana. Para devolverme hasta la tierra aterida que me hablaba apenas empezaba un pájaro o se asomaba una carta debajo del vano de la puerta, me decía cosas torcidas en esas tardes de continuas hojas muertas. Yo me ponía en la frente la rama de eneldo del abandonado que Palomares volvió un rumor después de verlo tan anublado dentro de sí; seguía con el dedo la línea de las sierras que él escribe como si quisiera decirnos lo que nunca logra decir cuando interrumpe el poema y sale a rozar gente por las calles y a bajar los ojos si tú lo admiras en demasía.

Pasaba yo por esos musgos suyos y su modo de dejarlos en los sentimientos. Y me provocaba desandar, bien abajo, buscando mi sitio de espina y suelo roto, todas las páginas. Me decía, allá, en la Bertholet:

entonces arrojé una gran rama de naranjo
y todo quedó oscuro.

Yo no sé si Palomares podría algún día escucharme este asunto contrito, esta confidencia que vivimos su libro y yo. Ni siquiera he podido escribirle cuando intento hacerle sentir el enorme entusiasmo con que existo desde que fui su amigo en *Paisano*, sin más nadie que un dibujo de Carora y sus seres de trapo sobre el pupitre de la UCV y la mesa de “El Viñedo”. Prefiero más bien parecerme a su poesía. Tener ala en mis sentidos las veces que subo una colina, que me pongo al lado de un

arroyo, de un río o persigo un aroma. Si por momentos me extravió entre las seducciones de la mentira literaria, presto atención a Polimnia, a su alma de pájaro cansado en la rama del patio de Escuque que él es, en la niebla y la montaña que siempre fue; y quiero de nuevo su decir de frases achicadas por el diminutivo con que habla la inocencia, dichas, en lugar de escritas, para que se vean en la boca que pronuncia cada vocablo, como si alguien —Palomares, tú— se volviera un puro nombrar la vida en la muerte y en lo perdido, juntando cuanto ha sido suspirado y tocado sobre la tierra.

Baica Dávalos, el viejo alazán de Salta, magnífico señor de la ebriedad y botarata de la fantasía, aseguraba que bastaba decir en voz alta un poema de Palomares, para que nos volviéramos inocentes. Yo lo escuchaba inquirir, en medio de su trance de insomne, con su voz de ron, por los nativos, sin necesidad de hojear *Adiós Escuque* para retomar el camino de esa gente que

vive preguntando por los de lejos.

Y diciéndose a sí mismo el poema que unas páginas más allá dedicara su autor a su nombre de paja pilpil: “Y de puro llorar risa te irás volviendo”.

Me gustaría decirle a Palomares cuántas veces me encuentro con él en su escritura y cómo me la paso siendo su atribulada exclamación por lo que se llevó la niebla y la piedra barranco abajo, río abajo, o lo que soltó la hoja y la muerte de Laurencio cuando

se fue yendo la gente, yendo
y unos pajaritos, unos pajaritos por el monte.

Y también quisiera decirle que anduve por el Orinoco arriba mirando su prosa de *Alegres provincias* en cada grito y cada susurro de la desmesura como si en ella Humboldt callara su prodigioso testimonio para

oírsele reescribir, imaginar y volverlo lenguaje encantatorio, viaje del idioma a lo salvaje y al paraíso, confundidas en la estupenda intimidad la voz del sabio y la voz del poeta, porque su hechizo nos hace olvidar su verdadera autoría.

En *Alegres provincias* se oyen resonancias de Perse cuando hay

Un hombre que tiene en sus brazos densos tatuajes y
en su cintura anchas corrientes navegadas de barcazas
y todo él es una inmensa selva, un viaje con gentes que
apartan juncales y van labrando oscuras trochas
y en la piel cálida y sudorosa pueden verse cazadores
de tigres...

Uno entiende entonces por qué el poeta que suele acercarse a la ciudad después de escribir así acusa tanto desacomodo, por qué resulta imposible hacerlo nuestro y andamos tras él con el regalo de nuestro afecto aún sin entregar. Se me ocurre que acaso sea mejor así y suponer a nuestro amigo inalcanzable, metido en el canto del barococo, en el estremecimiento del trigo, en el humo de la niebla diciéndonos desde lejos que subamos a encontrarnos, en el viento de algún say o junto a la bulla de un torrente. En cierta forma es eso lo que hacemos de continuo: ir a su encuentro al entonar su poesía. Hoy, por ejemplo, he faltado a la cita que le había prometido para ir a Mérida a leerle estos sentimientos pero sucede que ahora me habita esa casa de Cristóbal Cobo de su libro *Santiago de León de Caracas*. Ella no se cansa de repetirme:

Yo estoy al final, echada.

Allí en su sol caído alumbra un libro muy solitario. Su suntuosidad y su embrujo contradicen el inexplicable silencio que lo rodea. Yo sé que fue publicado por el Grupo de Empresas Grespán en 1984 para exaltar la poesía de Palomares y sé también que fue para obsequiar a

unos cuantos. Hablo de *El viento y la piedra*, hablo de su fulgurante brevedad, cuya belleza realizan los grabados de Omar Granados y enjorcan su decir.

Mientras se hace tarde en esta casa que
 escupe y ronca

hojeo la *plaque* que los atesora para escuchar una “aterida conversación de torcazas” entre el suave y delgado matorral de la grafía manuscrita y las luces y penumbras que dejó el artista del grabado sobre sus piedras de centella y de entraña terrestre. Cómo no ser ese muro que tú sientes, Ramón Palomares, al que tocas por nosotros cuando te dice y nos dice:

Y algún día serás muro
 y estarás escrito con tizne
 un “ay” en la grieta
 Una sonrisa en la ceja honda
 —Me dirás
 Es un tiempo gris
 es la espuma de un sentimiento tardío.
 Y tendrás escrita una flor con amarillo torpe y ceñudo,
 alguna flor como una sombra verdosa y húmeda.

¿Y ese otro? ¿Y este otro, Ramón Palomares? Déjame decirlo por ti; que se parezca al arroyo la promesa de estar en el mundo como un adiós. De tu voz surge y transcurre nuestra vida,

y tiene una carrera de cola de pájaro
 pájaro mosca
 Colibrí negro
 y baila y baila sobre el trébol
 junto al berro tierno
 Habla como el ala de una cigarra

Dice que es Páramo
Cielo verde
Copas...
y se va.

LUIS ALBERTO CRESPO

*a María Polimnia
y Laurencio José*

*a Gonzalo Ramón
y Leticia Eugenia*

El reino

(1958)

El viajero

Me permito mirar atrás,
tomar una copa y reír
en todo igual al cielo
y sus brindis de licor fino sobre mi cabeza.

Comienzo así la deliciosa fiesta
en que la feria
por mi corazón queda transformada
pura, despojada de los malos sabores
y los asuntos del desprecio.

Entro así,
parecido al ganador de las mañanas
o al pájaro que roba la última estrella.
Esta es mi suerte
y así quedan mis dados,
mis cartas entre los paños amos del azar.

Una mujer alumbra este rostro
desde muy lejos.
Hecho por su amor,
a ella debo el fulgor de mi boca
y el baño que en mis labios se brinda
cuando la belleza me posee.

Luzcan en mi elogio muy altos sus senos,
conviértanse en el lirio inmortal.

Amigos, desertores del salto,
huidos de las mieles del juego.
¿En qué parte, diseminados,
siembran los años de compañía
y lloran, por nostalgia,
las pequeñas glorias pasadas?

A cada día
el cielo se hace espeso
y andan lentas las naves.

Alarguemos este amor
y el único rocío de los besos.

Un brindis, un brindis para ti,
precioso amor ido,
o venidero
o de nunca jamás.

Y aunque muera esta rosa roja
y mi frente sea un día coronada por la rosa blanca
quedará en los aires un íntimo y purificado placer.

Por más que no me llamen los aires
estará el aroma vivo
y la alegría bordará la tierra.

Si no se conoce mi nombre
me llamo el viajero,
el que no alcanza a ser la flor trinitaria.

Pero hoy te poseo, sol,
no menos que las espumas
o los peces ocultos.

Tiempo hace que mi padre abandonara la ciudad,
pero mi presencia le da créditos.
Y, constantes,
las altas montañas derriban la luz,
y los caballos juegan sobre el oro
bajo el último sol.

Hermanos, qué lejos,
qué aire tan diferente respiramos hoy,
en tu boda
¿No hubo lágrimas?
¿No se manchó el traje del alba
ni hubo lluvia mientras se dormía?

¿Pensará alguien en nosotros
ahora, frente a la llanura,
cuando acontece el descenso de ciertas aves?

Que larga la tarde
y dada a la meditación.
Pronto, al árbol que miro cerca de la noche
aparecerán densas riberas
brillantes hacia el cielo.

Por todo esto que peso
y comparo al paso de los vientos
veo que debo ser algo triste.

Pero en un instante soplo la nostalgia
y arranco de mí la alegría
como a la más bella flor de mi cuerpo.

Y al paso de los astros,
las gentes muertas
y los hechos desaparecidos
brindo a los ocultos
los desconocidos pájaros del rodeo próximo,
diciéndome que no retornaré más nunca.

Y así comienzo mi aventura.

Saludos

Saludos, precioso pájaro.
Y no abandones el oro de las plumas
entre aquellas nubes
ni pierdas el canto en el dominio de los truenos.
No sea que pases del cielo.
y quedes preso en los astros.

De viajes, cuánto se ha perdido,
cuánta ola estrellada en el acantilado,
mientras tus alas
robaban fulgores al poderoso perro del cielo.
Y cuánto de lluvias,
de verano, de hierba roja
por la implacable estación.
O de gris, nieblas y continuado fantasma
frente al joven enamorado de barcos.
Los vecinos perdidos,
el llanto de amigos
que he visto secar en paños
por olvidos e irremediable paso.
Ni qué decir de la muchacha
cuyo pecho hasta ayer fuera tan liso
y que luego se ha visto
como exquisito racimo.
Saludos.
Pero, amigo de viajes,
¿cómo poder contar las pérdidas,
ventas que se han hecho,

nuevas adquisiciones?
Y si la modesta familia
vende las posesiones de provincia
y compra apartamentos confortables,
¿no hemos vendido al corazón
y una y otra vez
cambiado los pareceres de conciencia
para entender mejor las noticias a la semana?
Y mientras tú por el pasado año
te entregabas a los aromosos cielos del norte,
aquí las muertes y los nacimientos
cambiaban las cuerdas del buque.
y hacían trastabillar al viejo.
Y mientras robabas a ese perro
los bellos fulgores,
el oro para majestad en tus alas,
los cambios de ciudad,
las venidas al amor,
los cantos de una ilusionada nube
que nos ahogara en deseos
pintaban nuevas y extrañas figuras
en la quilla del buque.

Y entretanto no había más
que el incesante brillo
y el incesante batir de esas alas
sobre espumas y ciudades,
sobre campiñas y lejanas praderas;
más allá de las torres establecidas por la caída de noches.
No había más que esos ojos absortos,
fijos hacia el norte o el sur,

la cola firme,
a manera de timón,
y el impulso
y la ruta que algún hilo indicaba.

Y el cielo, y los aromas
de flores muertas o recién abiertas
y los aires cambiantes.

Y nada más había para ti,
amigo de viajes;
las idas, los regresos
encontraban esas pupilas
quietas, serenas, tendidas
en medio a las carreras que el cielo juega.

Saludos.
Apenas para ti hay tiempo de cantar
en el delicioso jardín
y sacudir en el estanque las alas
allí donde el viento no ha podido vencer.

Elegía a la muerte de mi padre

Esto dijéronme:

Tu padre ha muerto, más nunca habrás de verlo.

Ábrele los ojos por última vez

y huélelo y tócalo por última vez.

Con la terrible mano tuya recórrelo

y huélelo como siguiendo el rastro de su muerte

y entreábrele los ojos por si pudieras

mirar adonde ahora se encuentra.

Ya los gavilanes han dejado su garra en la cumbre

y en el aire dejaron pedazos de sus alas,

con una sombra triste y dura se perdieron

como amenazando la noche con sus picos rojos.

Las potentes mandíbulas del jaguar se han abandonado

a la noche, se han abandonado como corderos

o como mansos puercos pintados de arroyo;

velos abrirse paso en el fondo del bosque

junto a los ríos que buscan su lecho subterráneo.

Y de esos mirtos y de esas rosas blancas

toma el perfume entre las manos y échalo lejos,

lejos, donde haya un hacha y un árbol derribado.

Ya entró la terrible oscuridad

y con sus inexorables potencias cubre las bahías

y hunde las aldeas en su vientre peludo.

Toma ahora el jarro de dulce leche

y tíralo al viento para que al regarse
salpique de estrellas la tiniebla.

Pero aquel cuerpo que como una piedra descansa
húndelo en la tierra y cúbrelo
y profundízalo hasta hacerlo de fuego
y que el pavor se hunda con sus exánimes miembros
y que su fuerza descoyuntada desaparezca
como en el mes de mayo desaparecen algunas aves
que se van, errantes, y nadie las distinguirá jamás.
La joven vestida de primavera,
la habitante en colinas más verdes,
la del jardín más bello de la comarca,
la del amante de las lluvias;
la joven vestida de primavera se ha marchado,
inconstante, como los aires, como las palomas,
como el fuego triste que ilumina las noches.

Así pues:

Que tus manos no muevan más esos cabellos,
que tus ojos no escudriñen más esos ojos,
pues se cansa el caminante que en la cumbre se detuvo
y que al camino no pudo determinar su fin.
Pon sobre los lechos tela limpia,
arrójate como el vencido por el sueño
y como si fueras sobre los campos, sobre los mares,
sobre los cielos, y más, más, y más aún:
Duérmete, como se duerme todo,
pues el limpio sueño nos levanta las manos y nos independiza
de esta intemperie, de esta soledad,
de esta enorme superficie sin salida.

Dijéronme:

Tu padre ha muerto, más nunca habrás de verlo.

Ábrele por última vez los ojos

y huélelo y tócalo por última vez:

como se toca la flor para la amada, tócalo;

como se miran los extraños mundos de un crepúsculo, míralo;

como se huelen las casas que habitáramos un tiempo, huélelo.

Ya los zamuros se retiraron a las viejas montañas

y también los lobos, las serpientes,

y no saldrán hacia los claros bellos de la luna

y no escucharán el canto de las estrellas silvestres

y no detendrán el suave viento que mueve las hojas.

Voltearon y se fueron y ya no quieren más las claridades,

las claridades que bailan serenamente en las copas.

Ya las flores nacidas anoche,

como el lirio, como la amapola, como la orquídea blanca;

las flores nacidas anoche han desaparecido

y solo cuelgan con olores tristes de los gajos.

No mires más a los arroyos que se llevaron las aguas,

las de ayer, las de hoy, las de ahora mismo,

y por la lejanía no dejes vagar tu mirada

acuciada por el dolor de los pájaros presos,

por el dolor de quienes dejaron partir la amada,

por el dolor de quien no puede marchar más nunca a su país.

Hace poco tiempo han pasado ante tus ojos

sobre la tarde gris, por el cielo inhóspito,

ciertas aves migratorias llenas de tristeza.

Conquistas

*en memoria de
don Rómulo Sánchez Vivas,
mi padre*

Al oeste irás y allí colocarás tu estandarte.
Sobre una loma dorada pondrás tu corazón.

Vislumbrarás el tesoro.
Descubrirás el primer palacio.
Colocarás tus manos a la altura de la frente
y te harás cornisa para distinguir el lago de sangre.
Aguardarás que un caminante abra su camisa
y muestre sus tetillas como ojos del corazón.
Recogerás la aureola que tiembla sobre la loma del oeste.

Joven eres, venado dulce y esbelto en medio al salto;
alegre como el baile,
vestido con la mañana,
cubierto con el esplendor de las hojas anchas al mediodía,
igual que una ágil bailarina adormecida en la danza;
joven furioso que derrama la sangre de sus brazos
y mancha las columnas que el sol dispusiera entre la tarde.

Beberás el agua mágica.
Entrarás en la noche.
Toma el viento entre los dedos
y estréllalo.

Los astros salvajes que sobre ti duermen
quíébralos con tus colmillos y escúpelos.
Pisa lo que sea delicado.

Aplasta lo que sea bello.
Las nubes como cabras que nadan
despedázalas con tus brazos.
Ataca los rayos abalanzados sobre ti,
sean tus mandíbulas un escudo.
No vuelvas la cara hacia donde espanta la noche.
He allí el gran espectáculo:
El salón maravillante.
La cabeza que anuncia y deslumbra.

Toma la aureola que brillaba sobre la loma
y échala en medio al salón y bátela como una culebra.
Rodea de admiración los ojos que observan
y toma los adornos del gran salón y guárdatelos
y con los cortinajes cúbrete
y bebe el licor que beben aquellas bocas y embriágate.
A esta danzarina que se retuerce en mitad del espacio
córtale la bella cabeza y échala a los perros.
Vuélvete a la luz. Llama a grandes voces:
“¡Padre!
Asoma tu cabeza por entre la oscuridad. Hazte luminoso.
Asoma tus ojos y mírame como a tu querido
y bésame como quien soy:
quien estuvo en mitad de aquella hembra adorada.
Retorna de la inmensa sombra.
Baja de la ciudad amurallada por la noche.
Desciende de la montaña alzada sobre nuestras pupilas,

más allá de la fuerza.

Álzate de las aguas invisibles que te envuelven
y susurra como el pequeño aire,
como la débil brisa en medio a las espigas de hierba.

Te busco. Como de mi carne para encontrarte.
Lame mi rostro como gran venado.
Mírate en mí como en el espejo.
Tantéame como a tu miembro de macho.
Siéntame contigo
y acostémonos bajo un árbol de alegre follaje”.

Tu padre es el de los pájaros jumí en el pelo
y los braceros de la tortura en los ojos.
El de los hicacos en las uñas
y la enorme piedra en la barba.
Vuélvete de la oscuridad.
Con el violento salto del tigre,
con el giro del rayo.

Toca ahora la colina con tus pies.
Pisa las amapolas erguidas,
las rápidas corrientes que lucen brillo en sus lomos,
las pequeñas cumbres como casas heredadas por las bestias.

Del oeste vendrás como el vagabundo:
tus tetillas están rotas y de allí maman las macaureles,
tus brazos están despedazados y de allí comen los zamuros.
Los pómulos cuelgan de ti como dos frutos secos.

Eres el desconocido que viene del oeste.

El fantasma de la aureola del oeste.
El de la serpiente amarilla en el gran salón.
El de los cortinajes sobre su cabeza.
El degollador de la bailarina.
El acostado bajo el árbol de alegre follaje.
El desafiante de las inmensas murallas.
El matador de los vientos.
El masticador de estrellas.
El despedazador de nubes.
El azotador de oscuridad.
El parador de rayos.
El dominador. Gran jugador del multicolor atavío.
Y quien llamó haciendo temblar las escarpas
para que el amor suplicara a sus pies como un río
y bebiera en el sudor y en sus axilas como los vasos de saciedad.

Vuelves del oeste.
El sol arrasó con el último estandarte de las poblaciones.
Rompió las columnas que brillaban.
Tumbó los altísimos árboles que hacían hogueras.
Esbelto, grande en el polvo y la hediondez de tu cuerpo,
bello en el descuido de tus miembros,
dulce en la rugosidad de tus manos.
Toma el reflejo de la noche
y llévalo en tus brazos.
Guarda la oscuridad con tristeza.

Vuelves del oeste.
Recoges tu corazón.
Miras cómo la colina tórnase roja como una perdiz.

La casa

Eternamente advertidos:
No permanecerías más, casa.
No tendrías más tus horcones en tierra.
No estarías como asentamiento de tierra.

La casa estaba girando, girando,
igual que viento;
cargada por aves.
Por las rojas gallinas,
el gallo de cola extensa y azul,
las perdices mínimas en la hierba,
los cardenales de encanto.
Toda removida la casa.
Desprendiéndose de la tierra,
subiendo, con alas, con vuelo.

Y lentamente, igual que alzada por un bebedor.
Su techo dando al muro del cielo,
Sus paredes para el límite de la luz.
Igual que el rapto de una mujer
arrancada de su asiento por un jinete celeste.
Contra los rayos
hurgando hacia arriba;
bella en su vuelo como si se asentara con lentitud.
Halada por las aves
huye. Sus piernas más nunca aquí.
Asciende ligera, cruzando el sol,
internándose como un cuchillo,
como la piedra que rompe las telas al día.

Extraños penetrarán su zaguán,
pero si palpan sus piedras se volverán perros,
si tocan su zócalo se tornará sangre.
Los extraños, vestidos de telas primorosas,
con amplios ojos para abrir las gladiolas,
con sueños para desenterrar las monedas allí habidas.
Pero las cortinas de la sala estarán quemadas,
azules de sombra las rejas.
Ni una rosa fresca. Ni una violeta dulce al corazón.

Sus techos allí, detenidos, en las frías estrellas,
a la llegada de los inviernos;
bajo lluvias o sobre los caballos de nube.
Las aves detenidas.

No ríe. No ama la noche. Las gentes
no comen allí. No están de protectoras.
Antes era un lago. Antes era
un amplio patio para jugar.
Donde se reía y lloraba.
Sus matas están cubiertas por trapo oscuro.
El altar está sin velas.

¿Qué fue de aquellos ojos, aquella mano
velada tras la celosía, encubierta por amor
al extraño, echada después al olvido?
¿Qué fue de aquel jarrón de regalo,
transportado desde tierras de otra maravilla,
cubierto por temor a su pérdida?
¿Qué fue de los domésticos?
¿Y el calor de los fogones, las llamaradas
cuyo gasto hizo algún claro del monte?

¿Qué del azar allí corrido,
jugado allí por fuertes y hambrientos?
¿Qué de los esplendores,
de los asesinatos de la pasión,
del roce del odio?
Los extraños abrirán la puerta, la de aldabas brillantes.
Penetrarán.

Allí la casa. Allí, huida.
Más triste que el humo de los vestidos del desposorio
quemados por el viudo.

Y de bandeja lanzada al aire,
de copa arrojada,
de pocillo alzado para tomar,
la casa de antes, arrastrada por las aves,
halada por otro poder,
subiendo.
Pero todo estaba advertido.
Todo previsto.

La casa se fugaba
porque la casa era para no tenernos.
La casa para la huida, la huida de siempre.
Como una carreta. Como inventada
para desilusión.
Como un polvo que atraviesa con esplendor
e ilumina, hecho palmas, a la media noche.
Huye. Arrancada.
Llevada como un palio en lo alto.
No son las aves.

No son las estrellas.
Y tampoco se asentará más allá.
Todos advertidos:
Se va la casa. Huye.

No estará más asentada en tierra.
Es igual que humo.
Cruza, extraña al peligro,
igual que una lanza tirada para siempre,
fija en el vuelo hacia el blanco;
la casa que huye
como un esplendor hacia otras noches.

La esposa

Un ángel lanzador de fuego, brasas,
 piedras como rojas balas para los ojos y el cuerpo.
 Ángel armado de odio, de brazos terribles,
 más poderoso y destructor que la explosión fatal a las ciudades.

En mitad del cielo:
 incendio, persecución de sombras
 y cubridor de los altos y negros aires con oro.

Abajo las ciudades guardadas por antorchas,
 los ríos formados a diente
 y los animales domésticos, los vehículos
 y el ala de los espíritus.
 Sobre el rango de las bestias
 y las oscuras rosas de conciencia.
 En el azul fulminado y la tempestad
 y la fuerza del mediodía,
 rica y linda, salida del ajuar celeste:
 Tú, esposa del fatal y reina del ajusticiado,
 regresas para dar agua pura al corazón,
 y la rosa blanca —Rosa Reina de las Nieves—
 al ataúd curtido por el odio,
 de dibujos semejantes a sangre.
 Y este lirio nacido del barro o del aceite de dignificar al divino
 es la justicia para el que manda en los reinos preciosos.

Su boca es el día de los sueños,
 la fruta a gozar a una hora escogida,

la señal que conduce al fondo de las furias.
Y sus piernas los corazones del sagrado placer,
el abrazo terrible.
Sus senos, ramos tenidos a ilusión,
aves desatadas en torno a ella.
Se ve en las amplias salas frente al ángel
con sus resplandores.
Y sus piernas dulces están prontas al lecho.
Caerán sus vestidos, la cobertura de todo antaño,
el sol de su cuerpo
y su ajuar está destinado al delirio.

(Vieja ciudad. Mármol arraigado a los sueños.
El carcomido templo de los dioses paseantes.
Esto soy.
Como el ramo de uvas dejado en la mesa por desgana
y el lirio arrancado al jardín en la mañana de esplendores.

Un ruego soltado a los barcos de pájaros,
A la espantada de las migraciones.
Viértese en el vaso nupcial la juventud
y nos aprestan los años a lo definitivo.
El banquete se convierte en lento fastidio,
un mal gasto de horas. Se hace semejante
al minuto antes del accidente mortal.
Y después la infancia vuelve a nosotros
como la transformación del amor en odio.
Situamos frente a frente los días y las noches,
nacidos recientemente y muertos por edad
igual que la luz recogida en los años y la sombra de otras épocas).

Esposa, lirio precioso,
lindo regalo al soñador.
Más extraña y más bella que lo desconocido,
como pasar por tierras que deslumbran,
semejante a las caídas del rayo y los pequeños astros.
Tú estás asombrada en medio a estas flores nupciales
y contemplas la ciudad y las casas que vuelan
y el desfile de animales, los ejercicios de quienes empujan la rueda.

El destello condenado al abandono de las noches.
Pero él, está en medio de los cielos. Sobre los valles.
Bello ángel maldito.
Rápido extinguidor de la furia y los deseos.
Deslumbra su gran sol en el pecho, la frente
y los brazos terribles. Señala.
Para la noche, los astros, los cielos inmóviles.
Indiferente y lejos de la pasión.

El monje

Fastidiado por la suerte, ¿qué haría si no sentarme bajo las palmas
amargas de la habitación
rodeado por mis pérdidas y la gloria de mis condiciones?
Estarías aburrido de ir por las regiones bajo manto silencioso,
tranquilo y bello
donde ni el viento oponía sus rosas a tu mandato.
Y en la habitación, de improviso, alguien toca la puerta
y aquel que está acostado bajo el reino de hastío
hace entrar su huésped
igual que ave para encantar los ojos y atar a los yugos
un nuevo y vistoso buey.
¿No te entregaste con furioso amor al sexo de ese huésped inmortal?
Así bañaste las urnas de esa mujer,
la de cabellos extensos como el cielo,
y permitiste que en la embriaguez de las lides, en grandes espasmos
derramara hacia todas partes sueño y nostalgia.

Hubieras divisado una inmensa candela
bajo los alabastros del muslo, cayendo, sin peso, a las inmortales
columnas del palacio azul,
y los hijos de locura, cantando, alegres o llorosos,
a través de tus habitaciones.

A esa manera estuve triste y solitario antes de su inclinación
en las rojas aldabas de mi cuarto
y después ¿he tenido culpa de mis hijos, errantes e inmortales,
que vagarán sobre los vientos y cometas?
Tu trabajo, señor que organiza, señor de los siete días,

estuvo en tu corazón a la manera como tenemos nosotros los sueños
de nuestra vida.

Andabas ocioso y ligero por los paños blancos de tu leche.
No conocías estar triste ni estar alegre
como el árbol que no conoce a los vientos.

Hasta hace un instante he sido desconocido, yo,
el que organiza en la tierra a sus gustos:
las rosas y el diamante
las mujeres y el caballo;
aquel que cumple sus sueños bajo la mano del sol.

Pues a veces, que el corazón está lejos de amor y que tus actos
no buscan a la mujer adorable,
parece que no estuvieras
y vas de uno a otro lado, por las calles oscuras al afecto,
sin importancia y sin ser, puesto que mucho de ello
está en los ojos de los demás.

En lo que nos rodea de nuestras vigiliás y nuestra muerte:
fundaciones de ciudades, amores y accidentes,
como también lluvias prolongadas y sequías;
y en lo que es para después:
ciudades deslumbrantes
y la luz días felices;
en eso hemos estado, hemos sido
igual que el cabrito de las sierras.

Y tú, el joven de la llamarada
has cantado entre mis íntimos
en cada palabra de odio y amistad
y cada luz de faros y risas de mujer.
Igualmente en aquella soledad del padre que murió en el jardín.

Entretanto el soberano repasa estas viñas que le somos.
Y sueños y deseos, nuestras vastísimas cabelleras,
—sus nietos—
y de manera semejante estos locos hijos del amor y la bella dama
—los últimos contemplados con perplejidad y susto.
Como el joven enamorado de Ariadna
boquiabierto en las noches de la llanura
con tantas estrellas en los ojos como burbujas a lomo de las olas
—allí su corazón amable calla y, después,
salta, sorprendido,
pues alguien ha espantado una de aquellas moscas azules.

¿No estuvimos así después del azar corrido en los límites celestes
cuando, divinos y poderosos, nos aventuramos
por aquellas praderas?

Monje poderoso:
Tu corazón es el único sol que no se desangra,
tu sueño es el destino y sus vicisitudes,
negras rosas —cruelas o placenteras—

Huéspedes

Adornado por calas, claveles de sangre,
manchado por el oro y las púrpuras del mal,
luce el mantel.

Y la mesa servida para el gusto,
dispensada por amistad,
nace a la dicha del convite.

Dispuestas las sillas de compañía,
lujosas, entibiadas por la agitación del vestido.
Fuego el color de las copas y la bebida.

Mesa parecida al jardín,
en semejanza de alfombra ricamente bordada.
Para delicia
como vianda traída del exquisito.
Irradia antes del servicio.

Ha traído el exquisito sus viandas,
magia del gusto en las fuentes,
un suave aroma para delicia al olor.
Vacíanse los manjares en espera del gozo,
dispuestos en la vajilla.

Pescado de otros mares de distancia
encargado para refinamientos.
La caza, fresca aún, su carne tibia, su sangre
goteando las ramas últimas del corazón.

Y esas frutas para la mercadería de otros países,
raras aquí, provocadoras del viaje.
Manjares para la boca de los lejanos,
traídos por el lujo,
llegados merced al poderío del comerciante.

Aves hechas para árboles de otra lujuria
de cantos diferentes:
Con alas que irrespetaran vientos desconocidos.

Sírvense estas carnes,
aquellas frutas tomadas con delicadeza,
llevadas a los labios por deleite.
Y desgánense las partes sabrosas del ave
antes dorada en el fuego, puesta en las brasas
y rociada con vinos.

Pasa el exquisito,
su mano bajo la bandeja, justo en su mitad,
en equilibrio a las cosas llevadas,
gracioso, a través de los honrados.

Para esta felicidad
no se conviertan en oscuridad las aves servidas
ni los pescados preparados al gusto por el maestro del sabor.

Ni el mantel arrastre copas y bebida
y derrame el placer.
Ni las calas bailen su color de oro
y destruyan la presentación.
Ni las frutas, mansas a los dedos del comensal,

estallen en carbón
y manchen los dientes.
Ni las carnes recojan su sangre íntima
y vuelvan al estado salvaje.

Ni regresen los comerciantes
y se les haga el viaje pesado,
los remotos mares amenazadores,
las selvas intrincadas,
destinadas a mal morir.

Y no caiga la mesa, no ruede,
no sea echada por esa ráfaga
que llega un instante, imprevista, siempre
y desvía el acontecimiento, lejos del placer.
No venga para convertir la fortuna en desgracia
y hayan de huir los dispensados.
No venga ese desorden
y deje el gusto con agrios sabores.
Que el brazo no levante esas ramas de azar.
Caída la serenidad allí,
en la amistad igual que un ramo
con flores acabadas en resplandor.

Como una bella nave la alegría.
Y todos los sentados son magníficos,
sus bocas al hablar brillan.
Y los gestos, las decencias
gustan a la amistad.

Pasa ya la noche.
Pronto han de retirarse del convite:

El alba incendiará el mantel.
Bailarán los rojos claveles del mal.
Cederán los fuertes listones.
La bebida causará la furia del cuerpo.
El alimento será disgusto.
Aparecerá la risa que envuelve siempre,
salida del olvido o el hombre que hace perder.

Desaparece esta mesa de orgullo
y el lujo que conduce a la tristeza.
En la mala suerte están sentados
y sus cabezas caen como la flor segada por el cuchillo.

Ya el mantel se levanta,
hace un cometa a los ojos,
de hechizo, de sortilegio,
hundiéndose lejos del día.

Errantes*a don José Olmos Sánchez*

Las llamas cantan vestidas de azul
 o curtidas al bronce de astros si la noche se ha fundado.
 Hémos aquí, de llegada, armados de gaviotas
 y con especies índicas,
 quitándonos la sal de playas y barcos perdidos en el ocaso.
 Y qué te diremos acerca de los fondos del océano
 y las lucientes corolas.
 Y qué de las mujeres de pie alado en las riberas floridas,
 con lengua encantada, habladoras del sueño.
 Y la nostalgia que a manera de fino tejido
 sobre las montañas amanece, deslumbrante a los ojos
 del que mira desde la borda de ferry-boats
 o que pasa, bañado en aguas de asombro
 y envuelto en las plumas ricas de ciertos pájaros
 puramente marinos, cuyos nidos
 flotan en las espumas.
 Allá, perdidos en las praderas errantes
 quedaron los caballos de una batalla
 que solo admitiera sangre de jóvenes.
 Y en una parte triste del mar, entre corales,
 el paso de caravanas cuyos carros se incendiaban
 y esparcían oro hacia las flores y jardines de los navíos.

Amables fantasmas despejaron una y otra vez
 los cielos de extraños cometas

apenas visibles bajos las Pléyades
y a la hora en que ellas despiertan.
Y estuvimos presentes cuando un bosque
bailaba envuelto en llamas y bajo la furia de sus tigres
—raros espectadores de majestad—,
tanto que permanecemos hasta la tarde
toda una eternidad, conmovidos por el movimiento
y la manera cómo las perlas ascendían, vestidas de fuego.

De uno y otro lado de los océanos
las silenciosas especies
emprenden travesías apacibles, pueblos
que aman la virtud de estar callados,
simplemente mostrando en las ondas el lomo altivo
y los nostálgicos ojos
y cubriendo con sus sueños el mar,
como otros dioses a quienes nada importa el deseo.
En aquellas rondas, enteras comarcas en marcha
a veces asustadas por el olor de un asesino distante.
Esperamos la llegada de una gente
vestida como en otras épocas la tierra,
hasta que en los girasoles arribaron
y se detuvieron sobre la hierba del coral,
con nieves sobre la frente,
desafiando lo que las águilas aman.

Su conversación fue animada
y las nubes estuvieron semejantes a ciertas ciudades
en el comienzo de la noche.

Nacen las islas sobre la pulida esmeralda,
apartando en círculos las gaviotas,

con sus grandes penachos y las plumas de aves radiantes.
Te asombrarían a la misma hora
esos lobos que de un lugar a otro de las riberas
cantan una suave melodía,
con sus hocicos pálidos por el amor.

Y allí mismo las jovencitas del río
revividas y puestas en la superficie,
delgadas y trémulas al abanico de las lunas,
bailando y saltando en las salientes,
con algas y violetas azules sobre los cabellos,
igual que otras estrellas en las alturas.

Lugares donde las ciudades ascienden desde el remoto:
fondo de los amores del mar que las volviera de los sueños.

Nos detuvimos una mañana a presenciar un puerto
que agonizaba al pie de altas montañas
y cómo sus piernas rojas iban vencándose con lentitud,
hasta terminar en el sordo chasquido del mar,
sus huesos otra hora altivos y relucientes.
Y en la caleta bramaban, perdidos,
los pequeños carboneros,
debatiendo sus últimas fuerzas en aquellos poderosos brazos
hasta que solo quedaron azules gaviotas en la bruma
y cenizas celestes.
Y un poco más allá,
orgullosos palacios del mar se alzaron,
desafiantes y de magnífica postura,
con otras gentes del océano,
conocedoras del alegre oficio que las aguas ocasionan
—y mirando los grandes espectáculos de lo terrible quedaron

desde sus bordas, vestidos como el tiburón,
hasta perderse en sus propias eternidades.

Y otras tierras y otros tiempos nos rodearían
con sus ritos: vimos los muertos ser desenterrados
y expuestos al sol,
bajo banderas poderosas, cuyos colores
recordaban las islas eruptivas, con volcanes
para desafiar al cometa y los lejanos de llama.

De extensos cabellos errantes en los cielos
y con rostros amables,
aquellas esposas reclinadas en las rodillas de fuertes milicianos,
cuya muerte estaba prescrita como próxima en sus ojos
—y no se desasían de sus piernas,
atadas por el amor,
sino que volvían los ojos a las nubes de paso
con rogativas suaves,
dulces como incienso,
alargando aquel pequeño dinero que daba la tristeza
a cambio de viudez
—y más tarde todas las naves erraron por la muerte
en tanto que ellas extendían de uno a otro rumbo
los cabellos amargados por el llanto,
buscando en las casas invisibles aquellos miembros tersos y seguros.

Días amarillos en el amatista del mar,
pues dalias huidas de un jardín hundido en otras épocas
se habían sustraído al olvido
y estaba el océano como una bandeja,
honradora del cielo con tal presente
—ardían apaciblemente como las islas de aves.

Allí hemos pasado nuestro tiempo
en las radas mágicas donde los navíos cargan la noche
y el alcatraz toca con su pico amplio
en la zambullida, ajena a estas épocas.

El nadador

Seas bello, joven nadador,
levantado sobre las aguas,
ajustadas tus piernas y cada brazo al muslo.
Bello como el mástil que alcemos al día soñado.

Ni tus cabellos sean irrespetados por el viento
ni tus labios tiemblen.
Más bien parezcas al sol,
divino en su postura, y, desnudo,
seas como rosa amanecida hoy para la aventura mortal.

Solo un pájaro distinto
descendiente del más alto ramo del cielo
sea igual a tu cuerpo
en la maravilla del salto.

Al desafío de los aires
penetras sus dominios
y en la caída silbas tu cuerpo.
Ni una rápida estrella
igualaría esa delicadeza:
el arco mágico de tu pecho
que se abalanza al agua desconocida.

Seas impuesto sobre los voraces
y la gran injuria de la espuma
errante, sabia de otros odios,
no llegue a tu boca
ni entre a tu garganta como el leopardo de muertes.

Pase un navío cerca de ti,
bellas sus velas, altos sus mástiles,
con aves en derredor.
Y te sea descendida una embarcación de descanso.

Caiga del cielo un ramo salvador
y asido al fulgor de sus hojas
abrace el día siguiente.
O más bien te sea otorgada una isla
toda llena de la flor pasionaria.

Seas salvado, joven nadador,
hoy allí, frente a la casa del cielo.
Lejos solo una llama, débil palma
preciada como salvación.

Las aguas caídas en los años pasados
no desconozcan al joven nadador
ni dejen de tejer sus paños en el día triste.
Y traiga el encanto dorados caballos
y el cielo de aquella ciudad
donde el invierno llora.
Baste para él el amor,
igual que antes bastara la margarita
para sus elevados misterios.
Y brille siempre el aire sobre él
y una luz sea sobre su cabeza.
Recuérdese para el joven nadador
los altos árboles
en los montes esbeltos y soberbios
a la hora de la muerte y la huida de aves celestes.

Quien fuera sueño de los días, oro a los ríos,
recordador del sol;
bien va sobre las aguas
a terminar su corazón en los terribles hielos,
la garza helada de las alturas.

No bastan los ejercicios de esta adorada ribera,
se escuchan por el monte los terribles lobos.
No basta la contemplación:
Perseguidos, como la flor astromelia
igualmente asesinada.

Y en tiempos ya ajenos a la memoria
un resplandor devora su casa.
Aparece en su corazón un ramo,
una fragante maceta de lirios,
un apasionado y rebelde astro.
Un ave larga y radiante
pasa sobre los ojos para el efecto de maravillas:
Un reino para ti,
joven, bello nadador,
para holganza de tus miembros.
Y esta extraña mansión alza sus tigres a las estaciones,
a las lenguas del astro.
Sean entonces los sueños arrancados al cielo
por un joven que abre sus brazos al agua desconocida,
ajeno a toda perfidia.
A pesar de la luz maldita,
la perdición de estas hojas que bailan las nubes,
las furiosas bestias habitantes del corazón.
Aparezcas no comido por el vestido cruel,

no atrapado en redes, la traición
y la humillación de los rangos altos.

Seas el limpio, dulce paño de las noches,
y aparezcas, joven, bello nadador,
arriba del milagroso altar,
igual que la estela invitadora al bien.
Seas llevado por los días,
el mar, gran atormentador de los navíos solitarios,
el agua armada,
puro de orfandad, sano sobre los peligros.

Vayas siempre asido al cielo
sobre las brisas y altos fuegos de tormento.
Digno amparado de la luz,
joven, bello nadador,
hoy y para siempre colocado más alto que esta flor limpia
salida de tu boca a los terribles,
locos, voraces cielos
a que se enfrenta el corazón.

ASUNTOS DEL TEATRO

Palabras del actor

Te inicias en los jardines de escena bajo máscara secundaria,
en tanto los actores principales se acribillan
y la primera actriz rueda en las falsas sangres del amor.

Te inicias vestido con traje pálido, preferible al principiante,
y de escarlata en sus ropajes y modos
los que están en el vértigo mayor.

Los primeros días serán perdidos a la acción.
Entonces hay que dedicarse a conocer la magia del ademán
y los grandes azares corridos en la tragedia
para conmover a los públicos;
así como los lugares donde colocarse en lo futuro
al errar de la fama en los labios de un papel importante.

Ocurre lo mismo con los colores y cielos
y la sapiencia de modulaciones
según los festones del techo raso sean grises trágicos
o raso del porvenir.

Conocerás que la compañía está regida por fuerzas
ajenas al actor, y que después la temporada
pasará a otras variedades, en tanto los astros
cargan en sus estaciones las llamas del teatro.

Y de la rosa pálida caeremos al sangrante girasol
y estaremos envueltos en los dorados mantones de amor;
y hénos aquí: galantes y apasionados
distrayendo el corazón de la jovencita
o los lechos de la esposa olvidada
vestidos con el esmero rojo del cielo
o cantando en las ventanas ilusas, al castillo de la amante;
y ardemos así en falsas llamas
apenas brillantes para una clase de espectador
no enterada en tales asuntos.

Mas, ¿no es cierto que aquí entramos a los fogosos besos del trágico
con un pie en el ridículo y otro en las plazas gloriosas?

Comenzarías una edad prestigiosa después del amor
tras abandonar algunas galas sentimentales
y vestirte al modo cínico del payaso
que atiende más a los lados frívolos
realzado ante las vistas por el color estallante.

Y en tanto cruzamos por el burbujeante jardín dado a deseos y placer
y rosas salvajes y el animal lanzado a carreras desenfrenadas.

¿No has sentido cómo un día, cuando no lo esperabas
salta la flor distinta y planta en la alegría
el color melancólico de la violeta,
cierta nota de ausencia
que distrae los vicios y llama una desventaja a la risa?

Y después, disfrazados de hastío erraremos en los carnavales
y amoríos de jóvenes
como los señores de conversación, sentados al margen
o más bien adentrados en plan de consejeros.
Así te verías en las nubes tediosas del espectáculo
cuando comienza el fastidio de los repetidos papeles

de príncipe y bufón y caballero pródigo.
Pues el viento de hastío cruza las elegantes salas
en tanto uno pasa hacia lados opuestos
entre lucientes ropajes y la gala de falsas joyas
encarcelados en la verdeoscura decoración
llena de ilusas fuentes o cisnes de ocio, cerca de aves imaginarias,
¿Y qué resta después sino un giro trágico y violento,
la representación paternal del sacrificio
en un día cuando los públicos estén menos conmovibles
y sea necesario lanzarles un lirio negro sobre el rostro
y entonar la canción ridícula del suicida?

Y luego caerás con la máscara a sus pies
semejante a un anuncio celeste.

Las comedias y los días

Todos los colores son trágicos
desde la barba púrpura que señala los días de sol
hasta el azul, denotador de los mares
y que es más amable a los públicos.

No se representa en diciembre con trajes amarillos
ni se hace ostentación
más bien cúbrese con violetas y tulipanes la voz del actor
y de uno a otro lado hay telas vaporosas
semejantes al llanto.

No pondrías a diciembre en los límites de abril
y mayo sería incompatible con octubre
de estas maneras cada época alumbra en los soles del mes
sus propias flores
y conoces que aquella que se jacta de su olor y brillos en junio
no tendría iguales condiciones por noviembre,
asimismo los vientos emplean otras banderas de color
en sus mariposas y aves.

Lo propio sucede entonces con las damas
y observarás que los incitantes escotes
no están irremediabilmente bajo la rosa Reina de las Nieves
o consagrados a la orquídea de melancolías,
pues a otra ocasión
fulge bajo el astro rojo de sus suertes
la aguamarina familiar a Capricornio
o estalla en la piel suave y blanca del cuello dalia del sol.

Correspondiendo a estos motivos cruzamos por los ojos del público
en poses apropiadas
y a ejemplo de ello caeremos de rodillas en octubre
ante las tumbas ilusas;
cuando el aire celebra los fieles difuntos.

A cambio de ello haremos una rama de fuego en las juventudes
de febrero
bailando el lujoso tambor tocado por las demencias
hasta caer como insectos impuros sobre los sexos
y los vestidos rotos de cada uno en la parte de las piernas.

Celebremos alegres nupcias en abril
adorando la margarita
sumidos en sueños, con niebla mágica de amores y viajes
y allí, acostados con la damisela del lecho
llegamos al momento de oro
cuando la compañía, inclusive la muchacha trágica,
tiene los ojos menos preparados a la circunstancia dolorosa.
Y el público nos aplaudirá delirante
junto a las mujeres vestidas de tela liviana
y con sus encantos más a la vista
bajo el hechizo de lilas.

Después será la andanza por campos de julio y agosto
que ya pasan al calor de más de un incendio
en los cabellos de las jovencitas.
Y allí la presentación de una pieza frívola
para caballeros y damas de edad
iniciados en prácticas amorosas de mayor audacia
y, desde luego, menos escrupulosos en sus manejos.

Entonces no habrá otro color que el del alhelí
bajo el cual asoman las damas sus manos
lujosas por la joya.

Y allí desearemos prolongar la comedia
porque en octubre la moda dicta muertes de violencia
mezcla de azules de tempestad y el vino de obispos
hasta llegar al color cardenalicio
semejante a los vientos oscuros sobre el tejado
y las ruinas de casa en las efervescencias del incendio.

Y aquí es donde arrastraremos
para sorpresa de la amable charla de las meriendas,
en medio a la bebida,
arrastraremos ante los asistentes
un joven apuñalado por celos,
y los esposos suicidas y las mujeres crueles
asustadas en el desastre de sus amores.

Y nos llevaremos la mano al pecho
y cruzaremos el teatro de uno a otro ángulo
con exclamaciones sorprendidas
para desmayarnos poco después, en el más alto clima del juego.
Y por último un tulipán negro es la señal de representación
y nos verías de riguroso luto
o bien cerrados de blanco,
y los presentes, acongojados en sus sitios,
temerosos de la próxima ocurrencia,
pendientes de la tragedia donde todos los actores están condenados;
y observarás que la mujer
oculta su cuello con lirios
y el techo está gris, matizado
por rojo y negros en sitios convenientes.

Entonces alguien da la alarma
y todos, irremediabilmente perdidos,
caemos como extraños astros en el abismo.

Máscaras

He aquí que existimos en el límite de la mentira
que nuestra vida es impalpable
que estas personas representadas pertenecen
a un dueño de otro orden.

Cumplimos cabalmente en escena
ante el gran público. Así recreamos bajo los astros
y acudimos a una cita en los vientos
saliendo al paso de nuestras fiestas.

Nuestro corazón está prestado a otros personajes,
murmuramos un sueño y nuestros labios no son responsables,
somos bellos o nobles según las circunstancias.
Nos asalta un delirio azaroso
y caemos en los escenarios bajo una voluntad extraña.

Y no tenemos vida,
pues andamos sobre ruedas en un país desconocido
cuyas flores nos interesan de manera frívola
y cuyas mujeres nos aman en alcobas de falsedad.

Producimos un fuego y su corazón azul
crepita con más fuerza que el nuestro
en tanto arden los leños a la manera de sangre.

Nos permitimos ser extraños. Falsos.
Llevar una emoción no sincera.
Mientras andamos, desterrados de nuestro cuerpo
en un interminable paseo.

Paisano

(1964)

JUEGOS DE INFANCIA

Culebra

Echando candela, metiéndose en los oídos, bebiendo sangre
allá está, calladita
dejándose arrastrar
y como vino entre el viento, allá está
en el cuarto donde se come los pájaros
—les comió las plumas y las alas y después las patas
pero la cabeza se le va a atorar
y va a comenzar a cantar a medianoche
y se va a mover por los espejos
y a agarrarse de la cabeza del diablo que está en los rincones
y a decir ay
porque esa culebra tiene muchos diablos
y el sol le cayó encima
y por eso anda por todas partes, mordiendo, mordiendo,
hasta que se lo lleva a uno al infierno.

Un gavián

Se paró el gavián y se quedó pegado en las nubes
y ya no pudo dar más vueltas
y le dijeron:
Ya no podés hacer más hilo, ya no vas a poder tejer el cielo,
entonces todas las flores que estaban se pusieron tristes
y comenzaron a secarse
y entraron caminando en una cueva
y se veía una fila de gladiolas que iban rezando
y cuatro coronas de orquídeas y rosas
y así se estaba quieto el gavián allá arriba
viendo que las montañas se habían puesto negras
y que los ríos parecían urnas;
cuando llegó un gran viento y dijo a resoplar
y estremecía los árboles como si fueran ropa colgada
y bajaron todas las estrellas y se pusieron a hablar
y salieron volando las nubes y dando vueltas
brincando por las colinas
y las praderas estaban muy contentas y les brillaban los dientes de risa.

Entonces se desató el gavián y se sentó en una silla a beber
y se emborrachó y dijo a cantar
y nombró a todos los que habían venido para ayudarlo
y le parecían las alas como lunas
y los ojos que tenía era el sol que se le había metido en la cabeza
y a él se le llamaba el gran tejedor
porque anudó todo lo que había y puso en el cielo un barco
que va nadando, nadando
enseñando todos los sueños.

El sol*a Elisa Lerner*

Andaba el sol muy alto como un gallo
brillando, brillando
y caminando sobre nosotros.
Echaba sus plumas a un lado, mordía con sus espuelas al cielo.
Corrí y estuve con él
allá donde están las cabras, donde está la gran casa.
Yo estaba muy alto entre unas tejas rojas
con el sol que hablaba conmigo
y nos estuvimos sobre un río
y con el sol tomé agua mientras andábamos
y veíamos campos y montañas y tierras sembradas
y flores
cantando y riéndonos.
Allí andaba el sol
entre aquellas casas, entre aquellos naranjos,
como una enorme gallina azul, como un gran patio de rosas;
caminando, caminando, saludaba a uno y a otro lado;
hasta que me dijo:
Mi amigo que has venido de tan abajo
vamos a beber
y cayó dulce del cielo, cayó leche hasta la boca del sol.

Patatas arriba en el techo

a Adriano González León

Yo sé dónde se encuentra
dónde está cantando ahora y comiéndose las hormigas
el pájaro que vuela arriba de las nubes
el que sabe andar por los sueños.
Estaba acostado patatas arriba en el techo
murmurando que tenía ganas de matar
y espantando los perros que se le venían del cielo
y escupiendo los tigres
y diciendo:
Yo sí que voy a pegarle a los perros que se me vengan
yo sí que no les tengo nadita de miedo.
Y con las enormes alas azules les daba y les enterraba cuchillos
y me llamaba a mí y me decía:
Ayúdame, ayúdame.
Entonces terminó
y se puso a meterse entre todas las nubes
allá, muy lejos, cerca de una laguna.

Entre el río*a Edmundo Aray*

Voy a entrar en un río
 me quito la ropa y entro y le abro la puerta
 y miro adentro de su casa
 y voy a estar sentado en las sillas negras
 y en los espejos;
 cuando hable escucho qué dice y qué quiere
 y cómo manda a todos y dice que se va a remolinear
 y veré cuando sus patas empiecen a despedazar la ladera.

Tomaré agua de su corazón y me beberé su cuello
 y haré gárgaras y escupiré adentro
 y en los ojos le pondré piedras y le quitaré los diamantes y los pedazos de
 [oro
 y de ojos le pondré unos gatos
 y veré qué vestidos se pone y cómo hace para correr
 y si está durmiendo le escarbaré a ver qué sueña.

Yo vi qué come el río y vi su mesa
 y tenía platos como guayabas podridas y ganado muerto y casas
 y todas las siembras que se llevó
 y un hilo verde, muy verde, como un ángel.
 Me estuve sentado viendo un gran campo que estaba debajo
 y allí cantan todos y se ponían morados
 hasta que se oyó una voz durísimo
 y salieron iglesias y calles de las nubes
 y todos corrieron
 y comenzó el río a decir que se iba a morir.

De noche

*a mis hermanos
Atanasio, Laurencio y Leopoldo*

Anoche estuve en una parte muy negra
volando sobre candelas
metiéndome en las casas y sentado sobre flores que les habían robado a los
[muertos

Y me metía por las ventanas porque era un humito
y olía todo
y vi muchas mujeres que bailaban
y les caía agua y formaban una gritería y se reían
hasta que salí y cogí por una sabana
y entonces llegaron unas conversaciones:
—“Ay caray, tan bonito que estaba ese árbol con las guacharacas arriba
ay, y cómo le metieron una puñalada, ay, ay,
y aquella muchacha que estaba sentada en el zaguán”.

Y como estaba blanca la luna,
como estaba blanca,
me fui para donde había caballos a verlos relinchar
y a verlos en el chao para averiguar lo que tienen de noche
y si hablan y por qué parecen envueltos en sábanas.
Hasta que pasaron las doce y tenía que devolverme
y así fue que tuve que convertirme en piedrita
y echarme a rodar y rodar
y caer en un ventarrón, y así
hasta que pasó un borococo y de una vez me comió creyendo que yo era
[un ánima

y me fui por la noche entre su alma y
apareció un enorme mar
y que quedé en el azul.

En el patio

Pues me estuve entre las flores del patio
con las cayenas
gozando con las hojas y los rayos del cielo.

Aquí pongo mi cama y me acuesto
y me doy un baño de flores.
Y después saldré a decirles a las culebras y a las gallinas
y a todos los árboles.
Me estuve sobre las betulias y sobre las tejas de rosas
conversando, cenando, escuchando al viento.
Yo me voy a encontrar un caballo y seremos amigos.

Mañana le digo al saúco que me voy
hasta muy lejos, hasta allá donde están cantando los hombres,
donde corren los muertos y se entierran.
Yo caminaba por unos árboles, por unas hojas doradas
y me comía las estrellas, y me senté
y escuché la hierba alta y vi los ojos de una mujer
que brillaban como un diente
entonces arrojé una gran rama de naranjo
y todo quedó oscuro.

TIERRA DE NUBES

El noche

a Oscar Sambrano Urdaneta

Aquí llega el noche
el que tiene las estrellas en las uñas,
con caminar furioso y perros entre las piernas
alzando los brazos como relámpago
abriendo los cedros
echando las ramas sobre sí,
muy lejos.

Entra como si fuera un hombre a caballo
y pasa por el zaguán
sacudiéndose la tormenta.

Y se desmonta y comienza a averiguar
y hace memoria y extiende los ojos.

Mira los pueblos que están
unos en laderas y otros agachados en los barrancos
y entra en las casas
viendo cómo están las mujeres
y repasa las iglesias por las sacristías y los campanarios
espantando cuando pisa en las escaleras.
Y se sienta sobre las piedras
averiguando sin paz.

Juan León

Metete vos en el caldo, Juan León,
Juan León
que no hay nadita qué comer,
que descasea la carne y la yuca y las alverjas,
metete en la olla y hacete humo
aunque solo tengás huesos y pellejo y dos dientes de abajo
Juan León.

Olleta, cocélo bien,
cocélo que ya le vamos a echar sal,
con la candela sale el humito, por la boca
sale el humito.

—“Juan León:
Acordate cuando estabas por el monte
que cortates hojas de bijao,
que te metites por los zanjones,
ay Juan,
te picó la mapanar,
no te pudiste parar más”.

Andate por las montañas, humo,
por la cuesta de las canciones, humo,
por el cielo azulito.

Llevame humo,
llevame ruido de la candela,
llevate a Juan León,

nubecita.

—¿A qué te sabe el caldo?

Me sabe a muy salado, me sabe a piedras y a palo santo,
me sabe como a tierra, como a hoja de ocumo,
a leche de cambur.

Andá ve que el viento se llevó la troja.

Mirá que el sol se está comiendo los zanjones,
que la tierra se está cuarteando.

¿Cómo que se fueron todos los de esta casa?

¿Cómo que ya desaparecieron todos los corotos y el olor
de todos?

Dejáme ver, humo.

Dejáme ver, viento.

¿Qué se hizo la casa de Juan León?

Huyendo

Después que matates a tu hermano,
después que lo volvites cecina,
que te echates las tripas por el cuello y bufabas
después que se te hizo poco para quitarle pedazos
y darle más y más tajos.

“Hay que rezar la oración, hay que rezar la oración”.
Y te volvites hormiga y cuando pasaban los guardias
te metías bajo las matas
y te volvías gusano y te subías
por las tapias
y las tapias estuvieron llenas de sangre y por la noche
brillaban
y se oían salir quejidos del monte.

Te fueron a buscar por los chaos y
te buscaron por el monte y
“Hay que rezar la oración, hay que rezar la oración”
y comenzaba a llover y se ponía todo
resbaloso,
y se resbalaba la gente en los huesos de tu hermano y las costillas de tu

[hermano

que brillaban por la noche
sobre los cerros.

No comás hígado por estos días,
no comás tripas, no comás
sesos,
no comás carne por estos días

porque te vas a comer el hígado y las tripas y los
sesos
de tu hermano
y te vas a estar con una espina de mapurite,
con una espina de mapurite clavada en la garganta, clavada en
la boca del estómago,
clavada en la nuca, clavada en las vergüenzas.

Mira que el campanero repica y habla la boca de tu hermano
y que juegan baraja y se apuesta una pierna de tu hermano
y que bailan y toca la mano de tu hermano
y que silban y son los labios de tu hermano
y que muerden y son
los dientes de tu hermano.

Hasta que aparecites,
hasta que te trajo el río,
hasta que después del aguacero te trajeron las aguas
y no tenías ojos.

Cazadores

Pasaron tres cazadores con escopetas,
a las cinco pasaron a esconderse,
cuando encandilen los zorros,
cuando encandilen al venadito
ya estará alta la luna.

Pasaron tres cazadores
Con los ojos envueltos en violetas,
berro en la frente;
pasaron echando olor, suave olor
por el camino.
Sabén muchas canciones,
si viene el tigre lo van a embobar.
Esperan que las perdices estén dormidas en la hierba,
esperan que el silbador traiga los venados
al bebedero.

Volvieron los tres cazadores,
volvieron al otro día,
pasaron con un tigre empalado
sobre los hombros.
Le echaron encanto por los ojos, le echaron
un lazo de seda,
lo rodearon de candela y le cantaron
y cayó muerto con plomo en la cabeza
esta mañana,
y la luna todavía estaba alta.

Ismael

Sos el ánima de Ismael,
sos la rueda de candela,
sos la mujer de las tres gallinas sobre los hombros.

Te damos vueltas,
te damos vueltas en la noche,
son las nueve pa date vueltas,
son las nueve de la noche, las nueve de los dobles fuertes por la noche,
las nueve pa que descanses,
pa que te metas en los árboles, pa que sacudas los aleros.

Ánima de Ismael
decí dónde están los cobritos, dónde pusistes la busaca,
dónde metites los cobre ánima de Ismael.
Donde alumbrés con más brillo,
donde mostrés un deslumbre de machetes,
donde corrás con un candil en la mano.

Te vimos llegá y te sentaste en el patio
y te quejabas.
Vos que sos un ánima, Ismael,
vos que nadás por la tiniebla,
te escuchamos.

A ver, a ver,
te vamos a dar el descanso, te vamos a dar
la rosa que llesves al cielo,
estrujaremos toda la tierra, Ismael,

romperemos la casa y la huerta y los potreros, Ismael.
A ver, Ismael,
decínos dónde está
antes que llegue la mañanita.

Hermanos

Los que andamos con el frío,
con la niebla, con el sol,
ay,
tenemos que comernos el valle,
tenemos que morder el enorme cedro y el algarrobo.
Allá viene silbando el que es sobrino de las nubes,
el que salta por los pastos.
—No vas a envolver el techo de los pobres,
no les quitéis la espiga del maíz
ni les asustéis los caballos ni les despertéis los muchachitos.

Y viene mi hermano el mojado
y el que tiene ojos fulgurantes y el roncador
y el furia.

Enroscando todo
nos vamos los hermanos,
ya cogimos los árboles y los tumbamos de cuajo
y no nos dio lástima los pichones ni las culebras que se criaban
y las florecitas que volaron.

Se dirá que íbamos por la oscuridad y sacudimos nuestra plata
como los ricos,
esos que vinieron con mantos de noche
encabritando los ojos.

Páramo

Pasó la niebla por las cuestras,
tapó con su noche,
ningún pájaro se ve por los montes,
ninguna luz.

—Cantá por qué estás tan sola
por qué llorás
por qué te metites donde estamos los tristes.

Cuerdita de la montaña, pájaro de los siete colores,
a quién le cantás,
a quién le decís de querer.

Allá está la que tiene un gran vestido,
se la pasa llorando,
se la pasa bebiendo de la montaña.

Echaron agua bendita
y se murieron las torcaces y dejaron
esterado de plumas todo.

Ay,
cuando estás cantando
todo se mueve, todo se vuelve
hacia donde cantas.

Te llamaré paloma, te llamaré miel,
te diré piedrita de río.

Cuerdita de la montaña, pájaro de los siete colores:
¿A quién le decís de querer?

Sol

Ya vienes echando rosas, ya vienes abriendo oro,
ya te pusites los montes;
despertastes las colinas y las matas de malva

Gran perro que viene del Infierno
echando olas,
revolvé las nubes,
ponélas de pájaros, de caballos, de pueblitos

con los ramos de candela
de muy lejos.

Solita

Después que pasaron las rozas, después que pasaron
me dejaron carbón y ceniza y los que estaban conmigo
murieron.

Vos que sabés cantar, que estás en las hojas del cerezo,
—Ponéte de niebla, ponéte de espuma y de riíto, decí:
“Vení de lejos, velo de lluvia,
llegá sol,
y con la cola sobá esas pendientes, tocá
las piedras moradas”.

Ala de la neblina,
paloma tortolita,
decíle a los cantores, decíle a los que corren su boca por las ciudades,
decíles que me voy por la noche, por la medianoche me voy.

Reseco

¿Y será que no se va a ir este polvo?

¿Y será que no se va a acabar este verano?

¿Y será que no se va a terminar de rajar el patio y de prendese los chaos?

Ay, Dios,

nos vamos a volver chamiza, nos vamos a volver piedra reventada,

nos vamos a volver purito carbón.

Y saliendo candela de las hendidias.

Que te reventás los ojos, que te los reventás
con ese sol.

Puro polvo, puro sol,
desde aquí hasta las vueltas del diablo,
hasta las candelas del Juicio.

GRAN LEYENDA

Abandonado

*a Vicente Gerbasi
y Augusto Payares*

Ay, que no tengo un patio para asolearme,
que no tengo un cuarto,
que no tengo ni una ventana;
yo que tenía tantos patios con limones,
tantos naranjos,
tantos zapotales;

que era rico, que tenía animales en casa,
que me acostaba en el café y me reía y me ponía rojo de reír
y me estaba bajo las matas oliendo el monte,

pero ya se me fue,
ya me quedé solito,
ya el sol me dijo que no.
—¿Y qué vas a hacer ahora? —me dijeron los gallos—,
ya nosotros nos vamos, ya te dejamos,
aquí no nos vamos a estar.

Voltí de la cama y miré
y me dijo la cama que se iba,
y quedé en el suelo y me dijo el suelo: —Me voy,

y quedé en el aire
y me dijo el aire: —No te sostengo,
y me quedé en los naranjos y los naranjos me dijeron:
—Nosotros nos vamos.
Yo que tenía tanta luz,
yo que me vestía con lunas
y tenía la fuerza en mi nuca.

Una vez me vi en las montañas como piedra encendida
y tenía coraje y vigor,
ay, que me metí en la niebla, que estoy apagado:
—¿Qué se me hicieron las casitas,
qué se me hicieron?

Yo tenía tanto ganado que se veía
como un pueblo
cuando llegaba,
y se veían montes en el polvo
y se entusiasmaban los días, y era que tenía
tantas casas que cada sueño lo vivía en una y no se me acababan.

Hasta que me fueron dejando
y fue esa luna roja, esa piedra negra,
esa rosa que me venía iluminando, iluminando.

Abandonado

Malo,
anublado, te sentís
en los puentes, echado y bajando y bajando
y escuchás un rosario:
—Vamonós Ángel de la Guarda,
vamonós.
¿No podrás cogerme una flor?
Ponéme en la frente una ramita de eneldo,
echáme hortensias, echáme betulias.

Me han comido,
me trastornaron el cuerpo y me pusieron rabia en los dientes
y en el cuello esa culebra que se come los cuatro vientos.

Se cerró el camino con
cuatro puertas y cuatro
tapias negras y
cuatro mujeres de fuego.
No oigo ni las crecientes
ni cuando tocan allá por las fiestas,
ya no tengo más suerte, ya
se la dieron a otro,
me fui,
soy un rumor.

Abandonado

Hasta que la cara me quedó como tierra pelada,
que no tuve cara,
que se me fue apagando la vista,
que se me fue deshaciendo la boca
y quemándoseme la lengua.

Me puse como una oscuridad
y rodé hacia las espinas entre el olor del naranjo
y me dolió mucho la espalda clavada y la nuca clavada
y me salía tristeza.

Y no era sino una lluvia
vuelto hilacha,
y olía como hoja podrida
vuelto los ríos,
vuelto la agüita que baja por los zanjones.
Me volví puro llorar, puro llorar
y lamentarme:
No me hagás más daños.
No me hagás como ropa que se remoja.

Y quedé enterrado debajo de la iglesia,
sonando.

Muerte

Me metí por el canto del borococo,
me metí por su oscuridad, me fui donde sus plumas silban,
allí están echados sus perros
allí está su casa entre humo.

Me entré en la negrura,
y me fui
como un muerto me fui donde está la noche
abriendo las ventanas llenas de polvo
oliendo el moho
encontrando vestidos y flores.

Estas son tus piedras donde haces lunas
aquí te dan leche de tigra
donde los huesos brillan.

Estoy en la mata del sueño
en la sala de la casa,
mi cabeza ha crecido
se convirtió en nubes de aguacero.
Yo soy el que toca la noche,
ya te dije que me vuelvo árbol entre relámpagos:
—Vengo de lejos,
de más allá de las casas,
de más lejos que lo que se pierde en los montes.

Agarré mi vara y volví los ojos:
No andaré más por los zanjones,
no oleré más la carne de asar,
ni la lluvia.

Muerte

Te estás durmiendo
te estás terminando
echá la última rosa por la boca,
que viene tu cabeza por entre el agua,
que viene como entre espumas.

Escuchá la florecita que entraba por tu ventana
oí las palomas rozar tus orejas
aquí se está hundiendo tu casa.

Primero fuiste azahar y tela de matrimonio
y después agua
y después niebla espesa
y después lechada como la que se pone en las tapias.

Ya no ves el amanecer.

Muerte

Vas a poner tus pies en mi casa
vas a dejar tu bastón
vas a decir: ¡Hipa! ¿No hay gente?
Me toqué la frente y me encontré como vidrio
y miré mis piernas y vi dos torcaces negras en vez de piernas
y me fui nadando y me encontré en una música.

Yo vi antes zaguán
que le cantaban al ángel
y escuché silbar por entre las cortinas
y me senté y puse cuidado:
escuchaba conversar, escuchaba la noche.

Baile

—Toquemos el valse.

—Aclaremos el instrumento.

No van a decir que olemos a azufre

Ni que tenemos rajada la garganta

Ni que dejamos el corazón

y no tenemos corazón

y no pueden ver que no traemos corazón.

Aquí venimos a tocar:

A las dos de la madrugada tendrán brasas en la frente,

a las dos y media tendrán brasas en los ojos,

a las dos y tres cuartos beberán sangre en vez de aguardiente, sangre,

y a las dos y tres cuartos cantarán

y a las dos y tres cuartos estarán girando,

girando a las dos y tres cuartos con un puñal,

con un puñal y una candela en la frente

y el sonido agitará las aletas de la nariz,

y ya irán a ser las tres,

las tres y el círculo estará muy estrecho,

muy estrecho a las tres, que casi llegan al centro,

y ella es una gallina que corre debajo del ala del gallo,

y ella se despliega y se le sube la falda

y tocamos arrequintando y dándonos gusto en el cambio,

dándonos gusto, dándonos gusto hasta

que él se vuelve un hombre rojo

y se mete en el pecho de los demás

Baile

He quebrado el sol
soy una baraja que brilla
por el cerro están mis estrellas.

Allí estuve una vez, riéndome
y me echaba el pelo en la espalda y cantaba
y todos se quedaban quietos y se quedaban
encantados.

Ha venido envuelto en fuego sobre las lomas;
vuela el quejido de su boca
y vuelan sus cantos y los embrujadores labios que estallan
en lirios de la noche;
de la medianoche a las tres, de la medianoche a las tres
fatales
de la madrugada.
Cuando el músico arrequinta el cuatro
y giran los pies
y la sala se quema.

No dejaré de volver
voy a iluminar las ventanas
voy a enredar las crines de la yegua.
No dejaré de volver.
No dejaré de volver.

Baile

Te entró candela por los ojos
y espinas y pringamosa
y leche de muerte
por eso arderás siempre
pudriéndote
debajo de las piedras estarás podrido y ardiendo
después que sacates la daga y bebites de su espalda
como si te hubieras estado quebrando por dentro
acesando, acesando,
mugiendo de rabia.

Ya te vemos volver
vendrás echando espumarajos como puercoespín
con la lengua como trapo,
te detendrás sobre las lomas y gritarás
irás corriendo envuelto en azufre,
hijo sangriento,
te volvites miedo y borrasca que lanzar chispas
azotando los guamos, golpeando los bucares
haciendo que las gallinas se asusten, que relinchen los caballos.
Cuando se prende el baile
estás de repente y vas arrojar puñales
y pintas de rojo el suelo
como si fueras gran aguardiente.

Ya se perdió tu nombre, ahora te llamarán de otra forma,
con un ruido te nombrarán
con una seña dirán cómo te llamabas.

Detrás tuyo van los que te quieren ver
con la cabeza vuelta sanguaza.

Honras fúnebres

(1965)

La llegada

a)

Venidos del mar
a nuestra ciudad del oeste
—puerto en las costas pacíficas—, y desde ayer
son estos hombres vestidos de luto
enviados del país fronterizo
tristes y regados por las calles de antiguas piedras
¡pues sean bien sentados en las buenas mesas
preparadas por la comisión
con ese aire sombrío de sus trajes!

Los veo recogidos en sus capas
sin sonrisas en la inclinación del saludo o la reverencia
del ceremonial.

b)

Y bien
hélos aquí en nuestra ciudad pacífica
bajo las grandes casas del anfitrión
y la teja orinada por los años,
con sus motivos
en el traslado de cierto cadáver aniquilado en estas tierras
por un fuerte mal.

Corre ahora el sombrío noviembre
y del lado de la costa
una bruma igual que bandada de fantasmas
canta desagradables melodías

¡así nuestros padres se consuelan de las pérdidas
pues sueñan un vano regreso de los náufragos!

c)

Como una bandeja con tarjetas de condolencia
motivado al recuerdo del difunto glorioso
próximo a partir
sobre el mar:
así se encuentra la ciudad.
Y es un aire negro
un pájaro oscuro y trágico
que vuela sobre tu frente.

Impresiones

a)

Muy circunspecto
holgazaneando con las campanas,
al oído de las altas bardas y los ventanales solitarios,
está el sacristán,
y las señoras de bronce entregando sus faldas de luto restregándolas por los
enseres de cocina
los rostros y los trajes;
por sobre el lomo de las bestias, allá, en los límites
donde sortea el coleador sus reses
y terminan las paredes
arrastrándose, consumidas. Inundados por la lengua
de las iglesias
tomados por las voces que nos recuerdan el viaje a la última tierra
y las flores que nacen sobre el lugar de nuestros padres.
Sí,
días hace que tales cosas padecemos.

b)

Como en los tiempos de temblor
cuando se hincan las vacas,
nos vemos condolidos por un sentimiento general.
La vieja en el corral acosada por las gallinas y los
pavos
igual que el anciano
por un momento abandonan sus útiles
y miran al mar
como si se acercaran inmensas olas
o barcos extraños.

c)

No hay sitio para las risas
en estos tiempos graves.
Hemos perdido los gritos del borracho
acostados bajo una pasada melancolía
que regresa como el hijo no esperado.
Somos incapaces de reconfortarnos con vinos
o flores
bajo eso que parece grandes fangos de azul.

No hay sitio para un pájaro
llegado de luminosas alturas
ni se asentaría hoy un circo en nuestras tierras
con sus bandas de alegría.

La muerte exige un pago de nostalgia
que aceptamos
en los ropajes morados de la ventana
la bruma y el óxido sobre los tejados,
¡Y las banderas en tristeza!

Exhumación

a)

Desde los elevados sitios de armas
se parte el cielo
y se azotan las ventiscas con el cañón
para espanto de todas las aves
llanto de niños y susto de la muchacha de falda ligera.

Como inmenso cuero suspendido
hasta el fuego celeste
estremeciendo los techos y bamboleando campanarios.
Y más alto que esos fulgores que alguien teje con altivez:
esa sacudida, esa terrible y triste estampida regular
precisa
a manera y par de redobles,
en recuerdo de las íntimas condiciones
y el destierro
y las flores de la miseria:
como una bien medida persecución de espanto
ahora
cuando la tarde es roja carne recién tasajada, colgada en garfios.

b)

Y se concentraron las gentes a la luz de los vagos y altos vitrales.
Allí la sombra del cadáver y los murciélagos del tiempo
entre las bendiciones sacerdotales y el humo.

Hasta que alguien dice:

“Es su cadáver”

Y los huesos resbalan sobre la tela
y los señores tristes y sobrios huelen la tierra
por la seguridad de sus funciones.

c)

Así se arrancaba a esta ciudad el cadáver
y le fueron quitadas las adherencias de tierra
de entre sus huesos
y conservó la dignidad.

Y lloró la alta iglesia entre sus órganos,
la música salía hacia el cielo
por las puertas laterales y la del centro
más honorable todavía.

Y entraron al resto en preciosa urna de madera
adornada con escudos de armas
sin que faltara la leyenda
de oro
sobre laurel.

Aprisionados por el homenaje
lloramos

alzados, disueltos entre las campanas y las salvas de Santa Bárbara
perdidos, con los ojos húmedos
de orgullo.

Descripción de la ciudad cuando pasa el cadáver

a)

En la esquina
el adorno negro como inmenso pájaro
espectador, y en grandes racimos los lirios
desde cada ventana
poco más bajo de la bandera a media asta.
Y los altares de las casas encendidos
en lámparas de aceite
por decreto y para buenandanza del homenaje.
Las gentes cruzan con lentitud
al mar
hasta ver en la bruma los escarceos de la gaviota
ocultándose en las velas lejanas:
espuma
del azul trágico,
¡disueltas en la música fúnebre!

b)

Reflexiono acerca del digno catafalco,
el sudor de los emisarios lejanos
y el estremecimiento de las magnolias.
Y tal vez
otra voz se une a estos rezos
en el sombrío rostro de cada uno de los que marchan
entre sombras. ¿No hay un sueño,
una estada en otro país?
Un ave mortal
en esta calle

y volamos, volamos ahora, dulce,
pausadamente.

c)

Se dispuso del sol en lugares grises,
no habrá nada más que esta vía
y los recuerdos y las honras.
Una y otra vez
y otra vez hacia la noche y hacia la muerte
hombres del funeral
lóbregas damas de negro y llorosas bandadas de redoble,
y más salvas, preciosas y regulares
sonando, sonando,
hacia el atardecer, hacia el crepúsculo sombrío,
como estrellas malditas que giran a nuestro alrededor
llenándonos de muerte.

Las batallas

a)

Al oscuro Pacífico
se dirigen las armas.
“Disparemos siempre
al vacío y a los vientos
a los que cruzan por la niebla
a las olas del jamás y los barcos fantasmas
(y los alaridos que nos asaltan por la noche)”.

b)

Mas
todos tiran a herir el viejo retrato del héroe,
lo que aprisiona en su frente
y en tantas descargas quedará prendida su gloria
y los alcatraces sobre la espuma, flotando,
y el caballo
y la espada con que dirigía las batallas
y su uniforme
y los muertos despachados por su fusil,
y a la decimoprimerá descarga
caerá su cabeza entre las gaviotas.

c)

Suplicamos
sea bien recibido entre los muertos
aquel
nuestro héroe, caído por males del cuerpo
mas para siempre salvo en sus hazañas;

que un sueño parecido al de nuestros hijos
lo alumbre donde esté.

De esta manera
y con tales bendiciones
despide la ciudad pacífica al huésped
—en nombre de todos los sitios, de todas las plazas
de todos los altares y las espadas y las aguas
de tu país.

Otras naves de compañía

a)

Bello el desliz de las naves.
Y el azul plácido
y la gran mañana de licores.

Felizmente enjaezadas
en naves
las naciones se cruzan sobre el mar
y un azar agradable conduce estas huestes
bajo cielos amigos.

b)

Saludos en las salvas de popa que el joven marinero
emplaza hacia una isla invisible
(tal vez si descubra una reina del coral
y sonría mientras el sol cruza sus dientes como látigo).

Capitanes blancos,
insignias de un país
desconocido, pulcros sobre la madera refulgente.
Pero en silencio,
la mortal compañera, amiga del anciano
más abajo de la franja oscura que desplazan las aspas
sosteniendo el grande y puro ramaje
que sueña.

c)

“Iremos
como gaviotas sagradas

en compañía de este pájaro menos mortal
y engañaremos al tiempo
con los días brillantes y las fiestas del puerto,
en nuestro viaje de dignidad”.

El navío

a)

Emisarios mortales, trasladamos nuestro cumplido;
vamos
con la impuesta prenda.
Advertimos las alargadas varas de mástiles y arboladuras
hundidos en los vientos
y el círculo duro de nuestro timón
gira
sobre las aguas;
lo mismo esas telas que cantan.
La distinción está en las maderas y los escudos portados,
los vivos colores del estandarte
y la altivez y dignidad del cadáver
que llevamos.

b)

Capitanes, emisarios, conductores de caballos,
servidores
en los lugares de la tierra y el mar,
—Allí van
regados por los astros

c)

La gran mesa del océano
servida
¿No se ha visto que un navío distinto,
un ala de mayor prestigio
cruza

ante el asombro de los tiburones y los caballos del coral
como extraña suerte?

Y se ve, arriba de sus palos

un gran signo.

No sin que antes descieran graves fulgores
que alumbran las velas.

En las cámaras fúnebres

a)

Todas las colinas por donde anduve
están sangrientas
y todos los lechos en que dormí fueron del amor.

Veo pasar los caballos
no llevan jinete, no llevan manos que sostengan sus riendas;
yacen por el campo
bajo susurrantes moscas, entre quejidos y olor de heridas recientes.
¡Ríen las espadas
y suenan los fusiles azuzados por las banderas y el cielo que amo!

b)

“Sobre un caballo igual que candela agitada
giraba mi corazón
empujándome
y mis poderes sabían hablar a la espada
aquí y allá
entre lanzas clavadas,
sin contar con los amores, odios o creencias
de aquellos de ultramar.
Escucho la risa de mi caballo y las maldiciones del cielo
como conversaciones de mayores.

c)

Pueblos
estas son mis armas
y la sangre y los hombres borrachos en la matanza.

Mi amor es un país
que yo arrojé al futuro
como una rama de violencia.
Me complacía verlo
al oeste
con los ojos de oro.

Un gran sueño

a)

Mi esposa han sido estas distancias
salvajes
cuyas puertas son exterminio;
aquí cantaron los pájaros que quise
y murió la muchacha que amaba, entre valles ardientes;
jugué la mocedad
aquí
donde no había amistad por los siglos pasados.

b)

Hacia las revueltas estrellas mi país estalla
y persigue sus dones felices
en las cruces de los héroes.
Y en los lugares de su bandera es asesinado
como un hombre en lugar extraño
—buscando una moneda, buscando una dulce moneda
que rueda por las multitudes.

c)

Si él ha hablado
hemos perdido sus palabras.
Y si hubiese reído o llorado
habríamos perdido su risa o su llanto.
Pues nosotros sostenemos una augusta cámara funeral
expuestos a la risa y el llanto.

Llegada del navío a puerto

a)

Una línea roja rodeada de banderas eclesiásticas.

Selvas.

Una montaña que se incendia.

¿Qué más distingues entre los disturbios de las gaviotas?

Una mujer,

la bruma.

Un hombre que grita.

Todo es tragado por el mar.

b)

Más cerca

verías que las barcas

visten gualda y morado; nadan brillantes,

vistosos, como enredaderas.

Cada una posee un personaje

que saluda respetuosamente

nuestro cadáver.

c)

Está cerca la ciudad constante.

Nos despediremos del buque,

no quedan más que conocidas ceremonias.

Ha quedado atrás nuestra fastidiosa

amada travesía.

¿Iremos así, de un país a otro

recogiendo interminablemente sus cadáveres?

A través de la alta montaña

a)

Es un paseo absurdo.

—Cumplen una misión acompañando esos restos nobles
a la ciudad.

Moscas sobre ellos

y arriba las flores del catafalco.

Los caballos espantan al tábano

y sacuden los pesados atuendos.

El cielo hace muecas sobre la gran compañía.

b)

Nos encontramos en lo más duro de los montes
con un sol que pudre nuestras costillas.

Hieden las bestias.

Y el catafalco está imperturbable.

Solo el cumplimiento de una alta misión justifica
este camino.

A los miembros agotados el cielo nos regalará con
viento fresco.

Solo malditas cigarras

que realzan la sombra y las oscuras ropas de los personajes.

c)

Pero hemos de llegar.

Nos espera la ciudad con sus buenos lechos.

Con las mujeres rodeándonos de afecto.

Con las caricias, el amor.

Y en las habitaciones de casa

verdaderas flores de hogar.

Y los muebles de costumbre y las livianas ropas íntimas
magníficamente bordadas.

Dormiremos plácidamente
al abrigo de un techo conocido de antiguo.

Allí está nuestro merecimiento:

El premio del viaje.

La ciudad

a)

He allí una mujer triste;
sobre sus hombros dos pájaros negros
que miran al sur.
Sus vestidos caen sobre la tierra
cambiando de color a cada instante.
La gente habla distintas lenguas
por las calles del centro y sus alrededores;
miran un sueño,
nadie adivinaría cada uno de sus años;
por las calles del centro,
en gran agitación.

b)

¡Paso al cadáver!
Yo soy el mago que enseña la gloria:
un par de serpientes y la frente de antigua dignidad,
fuego que crece desde mis piernas
y un lento mal, lento
como la enredadera de los muros.

Entonces aparecen las damas en el balcón vestidas de luto
pero bellas, muy bellas,
y sonríen con la gracia de sus dientes
hacia el pasado, hacia los años de treinta años atrás,
hacia un jinete que entra por el vocerío
y camina bajo las tiendas de la guerra
y caen rosas negras que se encienden
y banderas de oro.

Y luego serán los desfiles,
los muchachos de los colegios, obispos y representaciones sociales
vestidos pomposamente...

c)

Mas
tú estás triste, amigo;
has arribado a la última ciudad.
Has perdido la guía de tus pies.
Aunque desde la escalera saluda la joven esposa
y ves su pelo
como bella cinta que flota sobre los hombros,
ancha y negra en el marfil por la parte de su
garganta.
¿Por qué no admiras la hija que va sobre sus piernas al cielo?
Cuántos ocultos aposentos.
Cuántos ocultos dictámenes.

Te pregunto a ti, jefe de los que traían
la muerte!

Santiago de León de Caracas

(1967)

BORBURATA DE LOS FANTASMAS**[1] Diego de Losada funda la ciudad de Santiago de León en el Valle de los Caracas**

a la memoria de don Enrique Bernardo Núñez

Qué belleza la tierra cuando esa montaña
sube un cuerpo blanco en sus aires
y se estima su altura.

Y el azul se ve limpio y es un filo
que de solo lejano
está bello.

Así ese día cuando el jinete aún
no había calzado sus espuelas
ni de su tienda el aroma de una bebida fuerte
se expandiera, diciendo
—Aléjate sueño, otra vez comenzamos.

Apenas una línea de aurora
y ya los caballeros reconocieron todo el sitio:
¡Qué templados aires!
¡Qué colinas!

Qué día con tanta agitación de guerreros
Cansado de guerrear
y viendo que la muerte volvía y resolvía junto suyo
—¡Fundaremos! —se dijo.

Y evocó a Santiago El Jinete.
Arriba de su frente se coronaba el rostro con cenizas de guerra,
cincuenta círculos del caballero.

Y comenzó a tender su pueblo.

—¡Alzad la empalizada!

¡Marcad la tierra!

Y se veían llegar los pájaros del sur.

—¡Clavad los postes!

Pacían los caballos y las demás bestias,

tranquilos,

pero los hombres

¡Qué agitados!

—¡Preparad ya la misa!

Y el barbado jinete apresuraba su caballo.

Comenzó la misa

no había coro ni armonios,

frondas sí

y un aire solemne.

¡Santiago!

dijo el caballero

—y su caballo vuela.

Marcaba su caballo la tierra

espantando hojas podridas y terrones cada uno de los cascos

Floreecía

Qué día este sol

cuando fijaron sus pendones y levantaron sus espadas

aquellos que vinieron del mar.

**[2] En su delirio Losada recuerda sus correrías
con Pedro Reynoso, en el oriente del país**

para César David Rincón

Adónde vas terrible espada, adónde noche,
adónde oscuro sol

—Yo soy Pedro Reynoso, El Capitán.

Adónde vas terrible espada, adónde noche,
adónde oscuro sol

—Yo soy Losada, el Maestro de Campo.

A los quince días oímos el relincho de las aguas,
a los quince
el fuego del oro y las piedras

¡Ah El Dorado! ¡Dorado!

Agarró la tierra las patas del caballo
y quedó clavado.

—Reynoso, Reynoso, —¡Vamonós a pie!

Y los agarró la tierra por los pies

—¡Clavados!

[3] Los fantasmas de los indios que capturara y vendiera como esclavos en Margarita surgen de la sombra

De la tierra baja

Yo,

La Cruz de Antonio Sedeño.

Estoy en Tiznados, pero los sigo,
cuando vuelven los ojos

—¡Atrás viene la cruz de Sedeño! —dicen

Él quedó muerto en Tiznados.

—Aquí me levanto en tu casa Losada
Saco la trailla donde venían tus muertos
¡Vamos! ¡mira!
Aquí los traigo por el pelo
cuando se murió Antonio vos y el Reynoso aprovecharon.

Entonces comenzaron a salir

—¡Ojos, puros ojos!

Mirando, dando vueltas.

[4] A los fantasmas de los indios se suman los esclavos negros que fueron exterminados por él mismo en las minas de Buría, cuando el levantamiento del negro Miguel

a Mateo Manaure

—Dónde está mi nuca Losada

—Y mis espaldas
y la sal que nos echaban Losada

“Viene un caballo, vete Losada
vete”

—Dónde está mi mujer, Losada
mi hijo
y los perros que se lo comieron

“Oye relinchar ese caballo, Losada, oye,
¡Vete!”

—Dónde está la trailla
y las gorgueras que nos ponían.
—Los palos donde nos ahorcaron
¡dónde están Losada!

“Ya llegan Diego
por el techo, por las ventanas, por las puertas
¡Llegan!”

—Ahorita mismo
Aquí nos vas a responder

**[5] En el cielo de Losada cruza su más enconado enemigo: Pedro Ponce,
que lo despojara del mando en la recién nacida Santiago de León**

—¡Que te traguen los perros!
¡Que te pudras!

Y Pedro Ponce paseaba por el cielo
y debajo iba el mar,
y él —callado— paseaba.
Y estaba Diego maldiciendo
—¡Que te rompan las tripas!

Y no lo oía Pedro Ponce
que aireaba su cadáver

—Vos y tus hijos me robaron
¡Ladrones!

Y se veía el cielo claro
entre la noche y la eternidad,
y Losada se miraba pequeño, muy pequeño.

—Me robaron
vos estabais echado
¡ni un pelo de indio apaciguasteis!
Habría pasado Pedro Ponce toda su muerte dando vueltas
y Losada gritando
pero llegó una lluvia y corrió los cielos.

[6] Aquí recuerda a Francisco Narváez el primer expedicionario por tierras del centro del país, cuyas tropas, formadas en parte por gente del tirano Aguirre, fueron arrasadas por los Teques y Caracas más arriba de Nirgua

Huesos que se levantaron una vez
podridos huesos de la noche
cráneos boqueando y tibias y brazos espantados por los caballos,
—marañones que pusieron en sus tumbas a
más de un alma
y otros que vinieron a merecer,
¡yacen!

De aquí me iré a cubrirlos con una buena capa
así el viento no empujará otra vez sobre las peñas esos restos
y el blancor de sus huesos volverá
con el oscuro suelo.

Permita el tiempo regresar
al Sitio de Narváez,
sobre todo por el entierro
que desde hace mucho llega Narváez y me llama

—Entiérranos, Losada, entiérranos
tú que conoces dónde.

—Ya voy Narváez,
ya voy,
espérenme

Que yo los entierro.

[7] En su delirio Losada se encuentra con otro de sus más enconados enemigos que, junto a Pedro Ponce y sus hijos, formaron partido para echarlo del mando

Una cabalgata se apartó de la sombra
y bajó rápida:

—Infante y Juan García

Y dijo Infante

—A ese Losada

no lo resiste ni el Infierno,
echado todo el día
tejiendo rencillas y ahorcando indios.

Nos manda como perros.

Cualquiera de estos días nos ahorca por el puro placer.

Y oyó Losada

—¡Infame!

que de no estar en esta cama os juro que ahora mismo
os tragaríais la injuria.

Y se le encogía el corazón. Estaba acostado
con su dolencia en apogeo
y le temblaba la barbilla.

—Nunca va él

manda uno de nosotros —Id vos Infante— dice
endiosado en el mando.

—Traidor

las veces que salisteis
¡temblabais!

Y discutían, Losada desde el cuarto
Infante al otro lado de la noche,
y se sacudían con insultos.

Y Losada volaba sobre La Borburata persiguiéndolo
y se escuchaba a Infante tronar
igual que un tronco cuesta abajo.

[8] El recuerdo del empalamiento de los caciques mariches atormenta a Losada que otra vez escucha sus gritos y las voces de sus asesinos

—¡Vamos Ponce! ¡Vamos Fernández!

¡Pronto!

Y un vocerío. Y Pedro Ponce y Martín Fernández leyendo la muerte.

—¡Pronto!

Y Ponce y Martín Fernández de Antequera erguidos puro odio.

“Que se los lleven
Que se los lleven bien atrás” —dijeron
“¡Que se los lleven y los empalen!
¡Bien metidas las puntas!
¡Que los agarre el diablo!
¡Que aprendan!”

Yo en el centro, con ellos.

“Atrás de las últimas casas, bien atrás”

Y se alejan y queda Ponce junto a mí,
y los indios amarrados, viejos macilentos,
arriados, yéndose

—¡Qué alaridos! ¡Por Dios!

Ay Ponce

Ay Antequera

Qué mata de crimen

¡Qué diablos de sangre!

[9] Cuando lo despojaron de ciertas tierras en el Tocuyo

Viene el cielo arrastrándose

—Quién es el que lo toca. ¡Quién le viene arrancando las nubes!

—“¡Yo que busco mujer!

¡Que me devuelvan esa tierra!”

Dónde hay una mujer para este bravo

Es que no vino de Andalucía, de Asturias

Una muchacha recia de caderas y pechos que sepa
disponer una casa?

¡Qué pasa con ese que quiere desmontar a las nubes!

—“Yo que busco mi hacienda
por aquí, por aquí estaba”.

¿Pero es que habrá de ser que le quiten todo
que lo vuelvan un
palo?

Anda

Corre esa cortina muchacho, ¡Córrela!

¡Que se tape la infamia!

[10] Se revela como un ser distante y a la vez próximo sobre la ciudad

Anda
que no tengas más discusiones ni más
pleitos Que no pases
sacudiendo los techos!

Por un pedazo de gloria, por un amarillo
pedazo de gloria
te estás volviendo
¡flecós!

Me has seguido desde Puerto Cabello, desde
La Borburata

¡Di al fin!
“Se enganchó de unos árboles y echó a caminar
y tomó su figura”

¡Más, Losada!

“Y recogió su humo y se endureció
Y arremetió brillando”

Recién venido del Infierno
en su primer amanecer
después de tanta noche.

FLECHEROS ELLOS, Y CORREDORES Y SALTADORES
GUAICAIPURO Y LOS SUYOS

[1] Los caciques del centro se acuerdan para la guerra

a Vicente Gerbasi

Podrida la tierra
con esos fieros y terribles del mar.
Achicaron los hombres volviéndolos
un pasto.
¡Ya no hay camino que no pasen!

Llegó el día de meter los críos y las mujeres en la niebla.
Todos los hombres bajarán
Por uno y otro lado
Por las alturas y la tierra
Entre los ríos
sobre piedras y espumas

Como puntas de lluvia
y piedras
Como cabellos de mujer
y monte
y más que hormigas
bajarán
Anequemocane y Macuto
y Paisana

y Mamo y Paramaconi y Tiuna
y Tamanaco
y Conopoima y Terepaima y Chicuramay
y Sorocaima y Aramaipuro
—Pide a tus dioses, invasor.
¡Limpia muy bien tus armas!

Qué día
Qué fuego
Cuando se unieron la neblina y las olas
¡Cuando el venado y el tigre de mar
se hicieron a la guerra!

**[2] Asalto al Hato de San Francisco, en el Valle de los Caracas,
asiento del capitán Juan Rodríguez Suárez**

Ahora comenzará a temblar la tierra
a quejarse el monte
a revolverse el agua
¡Nunca vieron tanta fuerza regada!
Nadie juntó los hombres así como el Tigre del cielo

Y los jefes de piel verdosa y plumas
de arrendajo
—Flecheros ellos,
y corredores y saltadores—
suenan su selva

Unos se pintaron de alcatraz y gaviota,
porque traen sus flechas como puntos de espuma
como ojos de peces,
y vienen con estrépito
sonando caracoles y huesos
En sus gritos corre el sol de las aguas

¡Que tiemblen las culebras enemigas
Que tiemblen las bestias enemigas!

[3] Emboscada y destrucción de las fuerzas de Juan Rodríguez Suárez

Adónde van
¡A qué parte vuelan sus piernas!

Pasaron por las tierras de Catia, al oeste,
atravesando niebla

Qué dicen los invasores
Qué temblor mueve sus rodillas,
Sus relámpagos

¡Dónde se esconden!

Nube negra vienen
—con odio y tempestad—
los de la tierra,
Con alaridos vienen.

Azules y sangre
Negros y amarillos
Verdes y manchados de tierra

Qué lago de hombres
Qué lluvia de guerreros

—Ahora verán los de ultramar
a qué sabe la muerte.

**[4] Derrota de la fuerza indígena en ausencia de Guaicaipuro, el jefe,
por Diego de Losada**

Cortando caras y arracimando brazos y dientes,
¡allá vienen!
Salieron de sus escondites
brincando.
¡Tienen una lanza en cada mano,
y en sus espaldas
Colmillo de flechas!

Una mirada de esos guerreros
y los dioses del enemigo
tiemblan.

¡Una flecha
y sus ojos se cierran!

Ya no hay más que cadáveres
Ya no hay más que fuego.

En las bocas y narices del enemigo
y en su risa y su cuello
enterraron sus lanzas
—Y nada pudo el dardo invisible ni
la atronadora candela!
Sus escudos y sus dientes de hierro
¡Inservibles!

¡Así combaten los del humoso bosque y la arena
Que se fija y dispersa!

**[5] Muerte del cacique Tiuna por uno de los
indígenas que se habían aliado a Losada**

Ocho brazos tenía cada enemigo
Un dios en cada mano
Y aunque el cielo y la muerte estaban de su parte
Fuimos a combatir

Ay los hijos de la tierra
sus dioses estaban ocupados, jugando

Qué mano hizo esta flecha que no sabe clavarse en un
corazón enemigo
Qué traidora piedra
limó su hueso

¡Contra el cielo peleamos!

Después que llegamos de toda montaña y costa
y selva y peñasco de hojas
Nos juntamos en la llanura.

(Esperando la llegada del último
se sentaron y fumaron sus hojas)

—¿Dónde está Guaicaipuro,
Se habrá dormido?
Qué inquietos los elevados de frente
Y el enemigo que ya despreza sus tiendas.

¡De sal y hierro
de caballos y muerte
son los dioses del enemigo!
¡Y nuestros dioses ocupados, jugando,
Ni se fijaban!

Di, Tiuna,
di, Tamanaco,
¿Dónde está el que dispone,
Por qué no llega?
—No responden Tiuna y Tamanaco,
secos de lengua.

Di, Paramaconi,
di, Toconay,
¿Dónde está el que dispone,
Por qué no llega?
—No responden Paramaconi y Toconay,
mudos.

¡O tocamos sus puertas o hacemos por ellos,
los dioses!
¡Ay tener que tocar la puerta de nuestros dioses!
Ah
Cómo quedarían esterados los recodos del suelo
La yerba y las colinas
 cuánto sangraron.

Di, Tiuna,
Di, Tamanaco,
 ¿Dónde ir?
 ¡El enemigo ya se acerca!

—¡No permita mi vida huirle
que me convierta en oso si no vuelvo la cara al enemigo!

¡El último día de Tiuna ha llegado, este sol
verá que lo maten!

No fue Losada ni Pedrarias de Almesto ni Juan Pinto
ni Sancho del Villar ni Martín Fernández de Antequera
ni Pedro Alonso ni Juan Díaz
—venidos de ultramar—
Uno de los propios, uno
de corazón picado—
Miró a sus jefes, los que iban sobre bestias,
y se aproximó cauteloso

Ay que Tiuna peleaba con tres enemigos
Y llegó el traidor y a veinte pasos de su espalda
tensó la traición
y disparó su flecha

¡Cómo abrió los brazos el guerrero cuando
penetró el hueso de veneno!
Y el dolor y la muerte
lo estremecieron para siempre.

**[6] Persecución y muerte de Guaicaipuro,
el máximo jefe de la resistencia indígena**

Sueño cómplice
no dejes que lo maten,
anúnciale con tu luz —dile
con tu mágica lengua.
Sacúdelo y que huya
Porque ya se aproximan los matadores
—infiernos que traen perros y fuego.

Sacúdelo

“—Vamos Guaicaipuro, vamos
que la noche te guarda muchas heridas,
No te quedes acurrucado
¡Levántate!
Vuela a otra de tus casas”

¡Qué hacían los guardas de su sueño!
¡Dónde estaban los que debían ver a su lado!

Subiendo por los espinazos del monte
Qué silenciosos
Qué callados
¡Qué tenebrosos los que hurgan la noche!
Sus caballos traen envueltos los cascos
Sus perros llevan bozal
Y suben —mudos— por la niebla.
Qué pájaros del crimen

[7] Rendición de las tribus y su exterminio por una peste de viruelas

*para Humberto Febres,
Mariano Rocha, Juan Verde*

¿De dónde viene?

—Del aire viene

Con el paso del tiempo y la gloria
los echaron.

¿De dónde viene?

—Del aire viene

Ah Teramainas, teques, meregotos
quiriquires...

Ah Charagatos, caracas, arbacos, mariches,
tarmas...

¡Hijos!

¿Qué fue de la gloria!?

Hoy mismo el viento arroja la desgracia a esos rostros.
Peste trae la desgracia
Fiebre.

¡Porque hasta el aire se ensañó!

EL CABALLERO JUAN RODRÍGUEZ SUÁREZ

[1] Guaicaipuro asalta el Hato de San Francisco en el Valle de los Caracas y lo destruye, mientras Juan Rodríguez Suárez festeja en una playa distante

Los sirvientes en uno y otro lado
 ¡Qué muerte duermen!
Se hace rojo, este día, el ameno fresco del valle
El ruido de las llamas
Los relinchos de los caballos
Las voces y el trueno de las armas
 ¡Cómo agitan!
El alegre cristal
 pasa ensombrecido.

Valle de San Francisco
la ira te arrasó
los cuerpos de tus amos yacen lívidos.

¿Dónde camina ese bravo
Juan Rodríguez, Capa invencible?
—Lejos, junto al mar
 se divierte.

Juntos en la yerba montaraz
tres que le aseguraban descendencia consiguieron el sueño
—yacen inútiles
 con la nuca sajada.
 ¡Prueba extranjero,

que hiele tu corazón el sol de la muerte!
¡No vayas a decir
 que de miel son tus enemigos!

¡Ah Guaicaipuro! ¡Ah Guaicaipuro!
¡Que mil veces te pudras, fementido!

¡Te encontraré Por Dios
Vive el cielo
 que te arrastraré a los infiernos!

¡Que no me llame más Juan Rodríguez
Que me lleve el demonio a lo más hondo de su cuevas
 Si no me pagas
 Ay!

¡Hijos! ¡Hijos!
Quién me dio que los trajera aquí

Quién me dio traerlos por estos arcabucos
¡Ay hijos!
 ¡Hijos!

Desde la montura adonde alcanza la vista
 —Penachos, arcos, flechas—
 ¡No hay sitio que no sea el enemigo!
 Su brazo aparta a uno y otro lado
 cubriendo con la adarga.
 Y de su espada

¡Muerte!

¡Ya su cota no tiene sitio para flechas
 su sayo y escaupil
 lo hacen enorme pájaro!

¡Cuántas flechas sostiene!
 ¡Qué rostro lívido!
 Dando desesperados golpes

se refugia en la noche.

Cuán cansado
 Cuán cansado está Juan Rodríguez
 abajo vio una casa
 allí volvió su cabalgadura
 (Los ojos de su caballo ni ven del cansancio).

Desmayado sobre la silla de montar
 con la adarga caída, sin lanza
 y la espada apoyada en la montura
 —se ha extraviado.

Él solo queda entre los suyos,
 tiene el sayo deshecho
 sus piernas por los ijares de la bestia
 fuera sus pies de los estribos

—cuelgan.

Se tambalea
baja y se sienta
allí seca su rostro
—“Nadie —piensa— arrancará sangre bajo mi capa”.

Se quita el sayo, lo echa a un lado
húmeda su camisa
y por sus manos ve la sangre
—“Ay Ay
a quién habré dado mi capa
a quién —dice.

Saca su pañuelo del pecho, tiembla,
seca sus manos y lo vuelve
Allí empezó a mover la boca

—pero no puede pronunciar

En sus ojos una terrible tempestad comienza
—“Agua!” —dice.

“Venganza” —dice.

Y la tempestad corre a sus adentros.

[3] Epitafio para el conquistador y fundador de Mérida de los Caballeros

De su brío levantó una ciudad que luce en las montañas

—Mérida—

El Caballero de la Púrpura

Par de acero

y flor de la altivez.

Lejos, sobre el cristal

levantó una ciudad

en las montañas.

Y en su corazón nunca el temor fue huésped.

La tierra levantó murallas a su cabalgadura

la muerte puso espías en su sitio,

pero siempre y en todos los lugares

el valor

fue su oficio.

LA NOCHE DE ULLOA

**[1] Ulloa en casa del jefe militar de la población,
Garcí González de Silva, evoca otras poblaciones**

Ah Damas y carrozas de Lima
y corredores de La Habana
y calles floridas de Santo Domingo —dijo Ulloa
Qué donairosas
Qué gentiles

Y estaba el anfitrión de pie
y terminaba su estatura en negra cabellera
que con la barba
rodeaba el rostro altivo,
y con solo ello escribía un nombre hermoso en su presencia.

¡Garcí González de Silva
Qué bien vestida lleva su alma!

[2] Brindis de Ulloa

Brindemos por esta población incipiente y por el clima
que si bien estos días se nos muestra enojoso
muy pronto cambiará por espléndidos soles
y clarísimos y azules y entibiados cielos
y vientos saludables

Y brindemos por el pasado reciente
y cuya sombra aún no se ha perdido

¡Y por los versos! —dijo Ulloa

Abrieron las ventanas para que la primera noche
la lluvia y el fuego
crecieran.

[3] Paramaconi, uno de los más aguerridos jefes que sucedieron en el mando de Guaicaipuro, tenía una profunda cicatriz en la espalda a consecuencia de su lucha contra el capitán español

Entonces llegó ese Paramaconi, el toromayna

(Mira lo que traes en la espalda

—Una fosa, una urna traigo, una urna

—No una herida, un abismo, una urna)

Y de verdad que era muy honda

Y dijo Ulloa

“Este se ve que tiene la muerte

Está muerto, se le ve la muerte”

Yo soy el pedazo que todavía no se han comido

—el último— dijo Paramaconi.

**[4] Presentación de Francisco Infante, segundo en el mando
y cuñado de Garcí González**

Como a las siete
entró sacudiendo la lluvia.
Largas piernas
rostro filoso y ojos que al mirar
entreciérranse.
Y corrían dos surcos a cada lado de su boca
y los cabellos bien cuidados y largos
reflejaban luz pálida y
excelente metal

—El Capitán Infante —dijo Garcí González

Y estaba el fuego a más y mejor y sonaba la lluvia
y dentro el olor a frituras y el vino
jugaban
Y de la bebida y el comer
pasaron al habla
elogiando la tierra y
echando de menos el Sur
y los reinos de Méjico.

Y comenzó la noche de Ulloa.

[5] Infante recuerda la desastrosa escaramuza sostenida en el mismo sitio donde aproximadamente un año antes había sido destrozado el capitán Narváez, y donde ellos mismos apenas pudieron rehacerse, para más tarde continuar la conquista del Valle de los Caracas

a Guillermo Meneses

Cubierto el escaupil de flechas
y sangrando su espada hasta el puño
—Infante—
se vio en el Sitio de Narváez.
Estaba sordo
con apenas oídos para escuchar los gritos de Losada
dando órdenes
pendiente de todos entre el humo y las llamas.

Y a su alrededor
como en el de Losada y Ledesma y Sancho del Villar
—Cuerpos mutilados, indios y españoles
—quejándose
mientras la sangre se fijaba en la tierra
(Hojarasca y terrones
ira, fuego
y vidas de hombres).

“—Y así nos vio la noche huyendo
reheriendo zanjones y barrancos
con la muerte a la espalda.

Y por seis días dimos vueltas y vueltas
arrastrando las vidas.
Imagínense aquel tropel de gentes y animales
—vacas, carneros, chivos y gallinas que traíamos—
por breñales y zanjas
Y las mujeres que lloraban
Y Losada que por nada del mundo aceptaba un descanso.

Así llegó la pascua de abril
y ¡al fin! nos recostamos”.

[6] Paramaconi evoca una de sus acometidas guerreras contra el mismo Hato de San Francisco que arrasara Guaicaipuro y que para entonces se encontraba en manos del conquistador don Julián Mendoza, después su persecución y derrota

Vio Paramaconi la noche alejada
Vio las montañas enfebrecidas
y los primeros barcos.
Estaban los suyos asombrados y disputábanse los sitios
y miraban los alados y blancos huéspedes del agua.
Y vio también los primeros barbudos
y sus caballos
campeando los breñales.
Y recordó el incendio allá en el hato de Fajardo
y a Don Julián Mendoza ese día
lejos.

¡Ya viene Garcí González cortando la luna
en un caballo negro!

¡Y con cincuenta más cabalga!

Removió las montañas, desparramó la selva
“—¡Qué difícil encontrarte Paramaconi!
—¡Muéstrate, Toromayna, Muéstrate
Que te quiero matar!”

Gruñéndose
Garcí González de Silva
Paramaconi El Toromayna
¡Qué dientes!

Caen

y el amanecer los encuentra
sacudiendo sus muertes.

Hasta que el desnudo héroe
golpea un seco trueno en el pecho del extranjero
y rodó éste.

Pero ya se repone
ya desnuda la espada.

Soltó la vida el otro y quedó allí
Mientras jadeaba su rival.

[7] Garcí González escapa de una emboscada

“—Sigilosos, conocedores:
¡Muerte con sombras!
Primero acuchillaron al servicio
y sentí los quejidos desde el sueño
y entonces vi el fulgor sobre Infante
Salté
y a falta de la espada empuñé un acicate.
Ardía la noche en sangre,
despertaron los perros.
—Ladridos, gritos
y los quejidos de Francisco.
La muerte por mi brazo
Vueltas y vueltas, sangre y sangre,
quejidos y resplandor de heridas.
Infante gritándome que huyera

(¡Ah todavía ese fulgor de cuanto pudo suceder y cuanto
sucedió entre relámpagos!)

Y al final los barrancos y el chillido de los pájaros nocturnos,
la niebla,
y mi cabeza dando vueltas
mi cuñado sangrando “—¡Déjame! Déjame! No podremos
llegar”

Y yo

“—¡Llegamos vive Dios!”

Y la muerte sedienta, arriba, un poco
arriba de mi frente”.

[8] Los conquistadores sienten el amor por la tierra y su fundación

Población tan nuestra como las armas con que defendemos
 sus puertas
 hija de nuestros brazos
 madre de nuestros hijos
 Yace aquí la vida de muchos
 y sus huesos son abono de nuestra siembra
 cal de estas paredes
 vigas del techo

Tal vez no seas la más hermosa de las Indias
 ni tu tesoro llegue a un sexto de Méjico
 ¡Mas
 qué motivo que no fuera la muerte
 podría sacarnos de estas calles!
 ¡Ah, casas sin pizca de lujo ni donaires de palacetes ni
 pretensiones de virreyes!
 ¡Santiago, Santiago de León, Semejanza nuestra!
 Nuestros chismes
 Odios
 Rencillas
 ¡Pero más nuestro amor
 fraternidades
 sacrificios
 y sobre todo
 el esfuerzo con que prolongamos el lejano pueblo en que
 nacimos!

Las haciendas, encomiendas y enseres son el cielo
 y estas colinas y praderas

—riberas soleadas, lluviosos bosques, resplandecientes
montañas—.

Aunque la vieja tierra jamás podamos olvidar

Ya no podremos arrancarnos de vos Santiago de León
ni sacudir el polvo que con heridas, manchas y virtudes
has ajuntado en nuestra sangre.

Y seremos ya esta única ventura

Tu ventura y tu gracia

hasta el fin.

[9] Ulloa se despide

“La madrugada ya vuela ante nosotros
Los gallos
terminaron la noche
Y un silencio oscuro y poderoso y el sueño
toman nuestros
oídos y ojos

Mañana es otro día
y cumpliremos.
(Verás a Tomé de Ledesma y Pedro Alonso y al
Caballero de Ávila)
¡Hay tanto que decir de esta Santiago de León!

Ya bebemos el último vino de este
amanecer
(Garcí González ha servido, el indio duerme, Infante
ha cerrado los ojos)
Y escucho el ruido de unos cascos, una acequia, un pájaro
que canta
¡Qué sé yo!”

HABLA LA SOGA
MUERTE DE FRANCISCO FAJARDO¹

La casa de Cristóbal Cobos

a la memoria de Víctor Soto Rojas

Yo estoy al final, echada,
—Aquí en Cumaná—
Y el sol me cae.

Yo soy la casa de Cristóbal Cobos,
El Justicia.
Por mis paredes recuesta su silla,
por las vigas se mece.
Tira su sogá, escupe
y ronca.
Y yo soy su casa
que lo guardo y
le cierro la muerte.

Lo veo en la sala,
se toca la barba y camina,
camina por los corredores, sonando

[1]_ Uno de los primeros conquistadores que llegó al Valle de los Caracas fue Francisco Fajardo, alrededor del año 1555, quien gracias a su condición de mestizo, por ser hijo de Isabel, señora muy preciada de los indios guayqueríos de Margarita, y de un conquistador español, pudo, mediante conversaciones con los indígenas, llegar al Valle de los Caracas donde fundó el hato de San Francisco. Murió ahorcado por el Justicia de la ciudad de Cumaná, Cristóbal Cobos, el año de 1564.

sonando
Qué será lo que gruñe Cristóbal Qué será
Suena
y piensa

“Vamos, muchacho, vamos!
Estás lejos
Vente ¡Vente!
Ya te preparo,
en mi barriga te preparo.

Oigo los pasos del caballo
¡viene!”

Fajardo va derecho a la muerte

¡Ay que no puedas resistir la llamada,
que no puedas!

Al trote tu caballo
derechito a la sombra

Y tú Isabel, que no lo llamas.
Baja del cielo y aparécele
“—No vayas hijo”, dile
Que frene su caballo.

Este día tan cruel ve, sereno,
la víctima.
Este día ¡No escupe al asesino!
Qué no ha de llorar esta tierra que él sigue,
esta calle negra.

¡Ah! es tarde
pero el sol todavía se estira
y alarga al jinete que pasa
a la puerta del fin.

Ya se acerca

¡Un veneno!

¡Una copa y

Ya!

Listo!

Un vaso de gran vino.

El sirviente con un cuchillo

El cuchillo.

¡Sangra la nuca de Fajardo!

Vamos rufián,

sirve sobre mí la comida

que soy la mesa buena para matar.

Ah

que su cabeza quede sobre la tabla

boqueando sangre

y que sus ojos vean esta madera

bajo la viga, aquí

donde mordió su borrachera

—Esto decía la mesa

y

—¡Habla! ¡Grita! —decía Cristóbal

Y la mesa llamó, largo

muy largo

“¡Fajardo, ven!

Ven para que te comas una comida larga

Un vino espeso de beber

Ah Ya escucho que vienes, por el principio de la calle
vienes
¡Ya se acerca!”

El espejo

Cuando se mire desde esa silla enfrente
recordará

Sale de su casa,
se aleja por el mar, hunde el remo
se aleja

Rostro
no te mires en la hoja quebrada,
sobre mí pondrás tus ojos una vez
y desde mí
saldrá la muerte.

Mirarás las ruinas de un pueblo
un alado pueblo del mar
y verás a Isabel
y un valle muy extraño

¡Qué ojos que no saben advertir la traición!
¡Qué pupilas!

¡No vengas!
Oigo ya tu caballo —¡No vengas! —digo

Qué inútil, tú no escuchas,
oyes solo una voz
Los abiertos labios de la muerte
llamándote

Presagios

a Juan Sánchez Peláez

Vio una sogá, colgaba en su casa.
Afuera estaba un muerto
Era una sogá fina y cruel
salía de la boca del muerto.

Vio un pueblo, escuchó gritos,
venían a matarlo
él estaba cargando un arcabuz, sudaba

Después vio unas vacas paciendo
y un valle claro y reluciente
y guerras

Miró por otro lado
Estaba Isabel en su hamaca, meciéndose,
y junto a ella pájaros y enormes hojas que brillaban
Allí empezó a crecer el mar

Entonces comenzó Francisco a perderse
a perderse

La comida

No me comas Francisco
que soy tu muerte
Yo, la carne espesa de tomates y orégano,
yo, la sal
soy tu cuchillo

No me comas Francisco
que soy tu filo, tu punta de flecha,
Yo, el venado
el puerco de monte,
el aguacate y la papa
Soy tu vela de entierro,
tu incienso, tu urna

No me comas Francisco que soy tu agua bendita,
las legumbres, yo
tu pala, tu pico
el sitio donde caven tu fosa
No me comas, hijo, no me comas,
que después no podrás vomitarme

Y comió Francisco su noche, su filo, su punta de flecha
y comió su pala y su pico
y la urna
y las velas que no le pusieron.

Transformación

¡Ay

Quién puso esa lámpara justo sobre su rostro!

¡Quién tiene esa luz allí para cegar!

¡Es el espejo que hace salir la muerte de su capa ligera

La fuerte viga desde el techo

Una silla

Un vaso con veneno!

—¡Fajardo!

un sudor veo por tu frente

rostro cenizo y agua oscura

El crimen corre desde la sombra hacia tu corazón

El miedo

El viento

Es, sí, es

esta casa que se levanta y cierra sus paredes

La puerta que se estrecha, el corredor

que se vuelve un pasillo, un cerco

un

¡Filo!

¡Agárrenlo!

¡Qué sombría la sala cuando
se rompió el velo!
Y el velo era la mentira de Cobos, El Justicia.
Allí se quitaron la máscara, dijeron
—“Ah Ah Pero si ya lo tenemos”
y se restregaron las manos.

Y se rompió la oscuridad
cuando Cristóbal Cobos dijo
—“Ahora hagamos justicia”
—“¡Justicia! ¡Justicia!” —dijeron

Y Francisco estaba muy pálido, sudaba y era ya
de ceniza.
Allí comenzaron a perseguirlo
—¡Agárrenlo! ¡Agárrenlo! —Y Fajardo se resistía.
No hubo un milagro que bajara del cielo,

ni una seña, la cuerda de Cobos
vino de la noche y
cayó por su cuello.

Fajardo sintió que la muerte
lo estaba arrinconando
“Morir” —se dijo
y sus ojos se hundieron
Trató de zafarse Ah Ninguna sombra, ningún alma
vino a salvarlo

La madre de Fajardo en ese instante
tenía ocupada su alma
“—¡Madre —decía Francisco— baja del cielo y sálvame!”.
Pero ella estaba ocupada.
Entonces comenzaron a halarlo
y habló la soga con su voz
fina y cruel.

La sogá

—¡Fajardo!
 siento las voces por tu cuello
 Ah la cabeza cubierta de larga y densa cabellera, y el cuello
 ¡Tu cuello!
 ¡Oigo ruido en tu corazón!
 ¡Desde los pies te sube el miedo!

¡Hala Cristóbal!

—¡Qué preciso este lazo!

¡Casi difunto vos
 Fajardo!
 Qué respiración fuerte
 Acezas

Cobos se ríe

—Hala Cristóbal

 —¡Estás pálido!
 ¡La Muerte!
 ¡Sí!

Morir

Ay

Ay

¡Ya no regreso nunca!

¿Dónde estás Isabel, que no acudes a tu hijo?

Madre

baja y ayúdame

¡Solo una vuelta y

Ya! Morir

No ver más. No más

ser. Oír siempre el silencio, ni siquiera

oír nunca el silencio

¡La quietud

quieta

hasta jamás!

Los asesinos proceden

¡De qué lugar vinieron estos perros!

—¡De dónde!
Fuego eran por la cejas.

¡Qué serpiente endulzó ese veneno!

¡Quién los alimentó cuando niños!

Escogieron la noche para apagar los gritos de la víctima
y gozaron el crimen

Acto de matar

Que no le den con ese trueno
Que no estrellen su frente

Ay
—¡Ya más no lo maten!

Cómo quedó el cuerpo sin seña
El alma sin rostro

Lo suben

¡Que se pudran antes de medianoche las manos que suben su cadáver
las bocas que hablan empujando a este muerto!

Que llegue pronto el día
para que el sol fije su luz
y aparte de ese cuerpo la noche.

El vientecito suave del amanecer
con los primeros aromas

(1969)

2

Amor Amor

—¡Qué habla sueña!

—Demencia mía, locura,

Escucha tu amistad con el cielo

Y yo te digo que abrirán tus puertas Abrirán tu pálida hoja derecha

La espléndida hoja izquierda Allí me verás

En los umbrales estaré Fíjate que seré el Primero Y no habrá más

El Primero Y tocaré tu seda

—Entremos

Ah Esta es mi música Esta es mi puerta Sí Hazme a un lado Me dijo
tu puerta

Quítame la esmeralda Arranca las flores

No hay otro camino a este sueño

Y si me huyeras Si te convirtieras en quietud Saltaría sobre ti

Qué podría ser si no

tu pequeña corriente

3

Nos fuimos a la parte más sola A la parte de las playas
 Las arenas te modelaban. Te modelaban Como ninguno ¡jamás pudiera
 [modelar
 su edad! Y te hacen un zaguán Un zaguán entre tu yerba Tirado hacia
 tu corazón y alrededor una tras otra entreveradas las enredaderas Las
 muelles y frescas Todas trepadoras Todas en sus gargantas Todas con
 sortijas y piedras

Te hicieron como una corriente

—Esto me hicieron: Alegría

¿Pero qué hay entre tus piedras Con qué las unieron Cómo las levantaron
 hasta el cielo?

Virtud y talento hay en tus piedras La virtud fue el dibujo
 el talento su fuerza

Pero no han rivalizado la virtud y el talento No han
 rivalizado ¿Ves?

Porque la mano que te hizo era muy suave
 y no tuvo durezas

¿Y con qué puedo comparar tu telas? ¿Cómo encontrar idénticas
 o alguna que les abrigue semejanza?

Ah delicadeza Ah transparencia Solo el agua en el paso de sus aguas
 se les acercaría, si bien
 visto con ligereza

4

Aquí llegan los colores del alba a acunarse en tus piernas
Los colores con gentes que pasan y todo lo mueven por esas
 densas arboledas

Afina el oído Que las ramas conversan Y los arbustos
diciendo

—Cielo Amor Cielo

Amor mío

Qué temblor viene de tu aliento Han comenzado a combatir
El Frío y El Fuego No podremos contenerlos

—Apresura Apresura
Bebe el mejor de mis perfumes

Y me dijo El Aroma

—Querido

Amado

Bebedor

Has tomado mi carne
y respondió mi Fuente

—Ven jazmín Allégate a mí

Volábamos por el seno de unos árboles

Y yo prendí tu llama Y se prendieron tu boca y tu cara Y fueron
una y otra y otra boca y una y otra y otra cara rodeados por una
 sola cabellera

—Ven

Ven

Toma el perfume

—Apágame

6

Como ojos de pájaros el tejedor tejía tus ventanas
 Las puertas con un canto de niebla
 Delgadas aletas del postigo se mecían
 y se veía cómo jugaba en la piedra el palisandro
 Y un clavel en el mármol

Sol y alas

Póngame

Rosas y Verano, Tejedor

Una lluvia en el lado de mis caderas
 Una ventisca por mis tetas

Pero no acabes mi casa sin aromas,

Tejedor

Plantaron en mi niñez fuertes vigas
 Roble cuyas famas se alzaron con plenitud

Me adentraron en tierra Endurecí
 Me hice la piedra de sustento

—De verdad

Amor

De verdad

—dijiste

¡Qué hermoso Qué suave y reposado y brioso a la vez!
 ¡Y cómo sabe hablar tu fuego!

7

Durísima es la piedra que trajeron para tus cimientos
pero en ella su esplendor gana a su fortaleza

—Hay roca en tus coyunturas Roca viva y maciza
Templada para el rayo

Sombreadon mi tierra con viajes de los ríos. Con sus riberas me pintaron
Remansos y caídas violentas de aguas me pusieron
Y por todos los sitios tengo amables asientos

Adórame y sueña

—Te traeré un huerto Una colina
Allí vendrán a sombreadse tus aguas Qué de flores
Qué de hojitas y peces

En la colina hay en cedro desplegado
En el huerto escuchas siempre un canto

8

Me llaman el Señor de las Flores Me dicen Licor de Copas Floridas
Atiéndeme

No dejes que tus flores se vayan No dejes
que tus pétalos huyan con el viento

Me llaman El Señor de las Flores El Licor El de las Copas Floridas
Cubierto de Pétalos

Vuelve la vista y Mírame

—Dónde Dónde estás Amor

Arde Arde entre las rosas Pájaro divino

Y ya que estamos en el lecho Nómbrame Y dime Qué
y Quién soy

—Dulzura llamaré el lado de tu alma Tu rostro
de Lluvia

Y al bajar con mis manos desde tu garganta y todos tus sueños
Te diré

—Espuma Aceite Pequeña Luna

Tienes un sendero de ladrillos donde siempre hay rocío

Vives en una casa alta y tu silencio cuando reposas cerca es preciosa música

—El licor que tú bebes

en tu boca sabe con sabor de cereza y a todo da el más puro
fuego

Yo me embriagué nombrándote

Seguía el camino por donde

—lejana

ibas protegida del cielo

9

Pero tu brillo y mi esplendor se alejan

¿Qué haremos para olvidar el olvido Dónde mataremos la muerte?

Cuando la noche nos ataque

Subiremos la tierra

Nos quedaremos Nos reviviremos

Volcaremos agua en el agua Sueño en los que sueñan

¿Has oído la aurora?

—Sí. Y viene

Pues apresúrate Alejemos Y en tanto más lejos Acerquemos
nuestros besos.

He tenido el techo Alargado Alargado Muy Alto y muy sereno
en eso vi el vuelo de los gavilanes

Es tu casa

En sus aleros siempre brilla el amanecer

En cuanto a la noche

es de ver

todos sus fuegos

—¿Quién habita aquí si no

El enemigo de la Amenaza y el rival del asecho!

—Sí Amor

Sí

Pero déjame tu pequeña oscuridad con la sombra del sueño

10

Qué terrible es tu boca que me ha dejado huérfana de fuego
 Y no cabe tener más frío porque ya no puedo ser más y más yelo
 y al dejarme corres desde adentro y desde allí
 me hieres

Enséñame —¿Cómo resguardaré mi corazón?
 —No te pongas mi rostro
 No pongas en tu cuerpo mi corazón

Y yo preparo Me oculto Me defendiendo
 Amado mío

¿Que harías si aprisionaras mi corazón Si guardaras
 mi cuerpo?

—Te digo, Amada

¡Jamás te libraría!

Largo silencio ha venido entre tus lirios
 Antes hubo otras flores Otra Alegría Y sin embargo Al fin
 De esto tan solo un césped quedará
 seco

Al modo de una boda en casa de la muerte
 ¿Será verdad que de ti
 y de mí
 solo hay
 un corazón sin ruido?

Se verá la breña en su niebla vestida de niebla

Amor, Amor

No escuches

—Ah Son los besos en un amor desierto

12

Todas las mañanas el Magnífico Tejedor levantará las flores
Allí se ha de reír

“—Qué de rosas no he de beber en este corazón” —dice
Sustentará su fama y vivirá con gallardía
Y jamás morirá

Porque

¿En qué sitio puede perecer El Amor? Y dónde está
el puñal que lo hiera?
Olvido Aléjate No dormirás en su mismo lecho

—Tejedor, Tejedor

¿Has visto nuestros corazones?
¡Cásanos la noche con el vuelo!

Relumbraban el Cedro y El Bronce
Señor Mío Corre las manos entre su talle Desnúdalos

Allí se hicieron unas aves

Se figuraron yéndose En hilera Yéndose
Y juega en los dibujos de la piedra el palisandro
y un clavel en el mármol
Y vives tú, Amada, como una corriente
que desciende y desciende
sin morir

13

“Hazme, Amor” —dijiste
Y dispuse llevarte

Hice tus ataduras de tierra Y tus puertas del cielo

No. El invicto no sabrá tocarte Es necesario haber perdido y haber
muerto en el sueño

Amor, Entra
Sí, Entra
con el sueño

Con los ojos perdidos en el placer
Todo espuma por las mejillas Todo sangre
Por las aletas de la nariz más que aroma Sabor y aroma
y movimiento en sus celdillas

El agua y su ácido
remontado arriba de las nubes Arriba
Mis oídos en su delicado punto y sin perder roce ni música ni
aéreo besar ni forcejeo ni paso de ninguna burbuja

Mis oídos Escuchaban el sonido de la carne
Y aspiré el perfume
Y toqué la noche

Con mi cuerpo aromado con mi sombra embriagada
se durmió El Cielo

14

Y te diré con lengua de música
Con aire de mieles te contaré
Y la corriente que vivía sobre
 nosotros

y la luz que discurría entre tan ligerísimos velos...

—Óyeme
 En púrpura grabaré tus imágenes
 Tus caminos en flores que no mueren

—Recuerda que soy esa corriente que desciende y desciende
 a morir

Amor Amor
—¡Jamás las arenas habían modelado y cantado
con tan fresca delicia!

Pero qué es este copo Qué barco Qué navío Si nube o corriente
del mar

 O eres tú que
te encaminas al
 Jardín Ese huerto nuevo
donde aún realizada
 sigues siendo y serás para siempre Ilusión

Y un bello recuerdo pero con la belleza de lo que aún no se ha
vivido y disfrutado y nos espera

Sí, Vindrás

A este cielo y mar y buque y cometa y venero
de la tierra y mina del firmamento y florecita y fruto bien criado y
bienoliente

¿Qué fuerza tendría tanto de sí que la
perdiera?

¿Amor Amor Me escuchas?

Amado

—Ven

Mira que ha llegado el tiempo de florecer Ven Bebe de mí
y vámonos
Al sueño

Adiós Escuque

(1968-1974)

TODOS LOS CORAZONES

El sietecito está de buenas

a Félix y Mireya

Grandes ojos esas ventanas
Viendo al cielo oscuro Viendo a
todos los muchachos y gentes que pasan
calladas o pateando una lata o llevando de cabestro una bestia, o
Flores, o

Noches...

Miran ellas, Ventanas, ¡Qué grandes ojos!

Y a lo lejos:

Puertas abiertas Hombres escupiendo Hombres bebiendo

Oyes decir muy quedamente:

“Siete, de verdad, cómo estás de buenas...”

Y entonces ves la yerbecita, ves los aleros, ves los grifos

donde salta el invierno

Y echa a cantar...

“Esta es la Casa Grande

Casa Grande / Vive la niña Delia

Delia Margarita / Delia del Gran Sombrero

Cabellera en el Agua / Delia de las muchachas nadando

Se llama Olor / Granadas Rojas se llama

Delia de todas las Nostalgias

Perfumes Idos”

Y ya el invierno se hace corriente por las piedras

Ai lo escuchás quedito

“Vení Este es tu enlozado húmedo”

Y vas hasta el portón

Ay En este portón se detuvo el Siete Miró largamente

Muertes ajenas lo habían inaugurado

pero ninguna de las tuyas se había inscrito en los huecos de cigarrón

Veta de madera / Tablita de adorno y Cerradura

Y allí pegó el oído para oír:

Se oyeron corrales de chivos que venían detrás de
una mujer

Vieja de las chivas Si María de los Ángeles dormida sobre restos

/y cagarrutas

Refunfuñona Venía —Al lado de los cabritos /Desgreñada

con un palo en la diestra

Hay cerca de allí un sitio donde oscuras ruinas se levantan

Muros derruidos

los vería con ojos nostálgicos

Mañanas soleadas /Tardes soleadas /Y Tardes

de color de golondrinas

“—Siete que estás parado en el portón

Dentrá!”

dicen del zaguancito, de las piedritas

del corazón de esos nombres enlazados —Doña y Él—

grabados en la arena.

Y en el silencio Y otra vez

“Dentrá Siete”

¡Qué me vas a decir

Calle de todos los corazones!

Diciembre andando por el cielo

a Carlos

—“Díganle que me van a vestir de Virgen María
Que ya tengo aquí el vestido y la banda azul que lleva”
Ai nos veíamos por las calles
“Que si aquí no tienen al Niño Perdido”
Ella iba montada en una burrita
Yo le traía la bestia de cabestro
“Que al Niño Jesús Perdido”
lo venimos a buscar...” seguíamos
“¡Pobre Virgen María!” —decía la gente
Los Reyes Magos bien rascados
caracoleando los caballos...
“¡Cuidado con esas bestias!”
Velas y faroles incendiaban las calles
los músicos reventaban sus cuerdas Y el cielo
arrebataban las pastorcitas
“¡Miren! ¡Miren” —decía la gente
—El cielo más parecía un barco...
“¡Miren!”
Entonces tú volvías la vista:
“¿Después nos vemos Ya Sabés?”
De todo corazón.

Ah Rigor

No pues no vaya a creer Y cómo no me voy a acordar
¡Tanta noche con luna! ¡Tanta guitarra! Y las ventanas perfumadas
Y vos llena de lirios Y los lirios en un decir

“¡Amor!”

Todos los árboles de la plaza Los bancos de la plaza La iglesia
los caminos

El pozo Albor...

Oíme Oíme

Yo siempre estoy pendiente

—¿Dónde estará Qué estará haciendo Se acordará de todo?

¡Ah Rigor!

Las catequistas

a Enrique Arenas

“Por nuestro amor oculto en el Sagrario”
 cantaron las catequistas
 Bajaban las escalera del Harmonio —Cantaban
 “Dios está aquí...”
 Hebe— Rosa— Beatriz— Gladys— Angélica—
 La nave izquierda en la dorada iglesia
 batía un aire tibio
 —“¡Pongan Atención!!
 ¡Téñse quietos muchachos!!!”
 Arriba: Golondrinas entrando y saliendo por vitrales azules
 quejidos que venían
 de una perdida lluvia
 Cómo sostenían sus pequeños libros en pequeñas manos floridas
 Y qué rostros de resplandecer
 “Venid adoradores adoremos” cantaron
 Entonces se escuchó al viejo del Coro: “A nuestro Redentor”
 Una rama de mirto y
 un pulcro clarinete —Eso eran
 Los capiteles se echaron a dar vueltas Y sus columnas
 Ascendieron
 La Inmaculada toda lágrimas junto a su hijo —San Juan íngrimo
 en aquél llano...
 “Gloria a Cristo Jesús” —cantaron las catequistas
 “Cielos y tierras —Benedicid al señor” —Respondió el Viejo del Coro
 El sacristán y su ayudante por la nave mayor pasaron muy de apuro

Y la pesada iglesia comenzó a levantarse:

Las golondrinas y las cartas de amor
las nubes del atardecer y una lluvia imprecisa
se llevaban la iglesia...

No vimos más las catequistas
Hebe— Rosa— Beatriz— Gladys— y Angélica
¿Qué será de ellas en el dulce infinito?

Dice que ya no le hacen falta flores

a Baica

Dice que ya no le hacen falta flores que paqué
Que se las guarden pa la fosa —dice
Que se la lleven a la Inmaculada —dice
—Yo no
 A mí no—
Por eso está cortando todo
 Por allí por allá
No deja nada con cabeza
 Los almendrones se pusieron blancos cuando
 pring!
 Comenzó a darles encaramado en la escalera
 El
 que vive envenenado
—A las gallinas
 Al perro
 A las matas de rosa
 A todo A todo lo voy a fregar —dice
—Paqué flores
 Paqué tanto animal
 ¡Pa puro echar jaretas!
 Y Pring,
 Suena el machete en la ramita
 Corta el filo y en el tronco
—Que se friegue todo
 Que se fuña

Y ya en la casa no es más que afanar

Y corta que te corta

Y “¡Bajemeeso!”

Y “¡Tumbemeeso!”

“Qué caray”

La niña Rosa habla con sus quimeras*a Carlos César*

Ventarrones con lluvia
 Nubes que de tan pálidas se iban volviendo negras
 ¡Quimeras!
 Había qué conocerlas con el tiempo
 Porque si no
 ¿Quién iba a mantenerlas?
 —No
 ¿Y no se acuerda aquellas noches que pasaban volando?
 —Aves, sí.
 Nomás recados de una estrella
 Esa que va pendiente de uno
 —¡Y qué de sueños!
 Por los días de San Juan:
 “Corazón, mirá bien
 Ahora sí que te vas
 Que ya por vos
 De muy remoto puerto viene un barco”
 Y pasaban los años
 Y allí en las grises calles un mojabobos y un chinchín
 “¿Nunca te darás cuenta
 de que tu fiesta era un rocío?”

 Otro era un decir los montes:
 “Matrimonio y mortaja...
 “Matrimonio y mortaja...
 ¡Quimeras Sí!

Más para qué espantarlas si ai mismito remontábanlo a uno
hasta el más bello suspirar

—Garzos ojos

—Y estrellas que volvían del aguacero

—Barajas y pañuelos de Olán

—¿Se acuerda los jugadores de billar,

El rosario empeñado...

Nombres tengo

Nombres y sus personas en eso de ensoñar...

Pero ai queden

—Valga Sí

que el alma les dolía de quimeras

Y que de aquellas almas les volaba una flor

—La que llamaban Pensamiento Sí

—Se usaban en los libros

Marcas de amores en las cartas

Marcas de versos

Tiempos ya idos Qué de años

De los arrecostados, de los arrinconados decían

“Viejos se van poniendo de puro requerir
sus adentros”.

El corazón atendiendo una visita

para Orlando

Imagínese que es de noche

Bien entrada la noche

Imagínese que le tocan la puerta

Ya está dormida

Y vienen y le tocan

“¡Adelante! ¡Adelante ¿Quién?...”

Ai entran El Cerezo, El Almendrón, Pandeño, Hojalapas...

“Ánimas benditas ¿Qué es esto?”

—Antes que sepás lo que somos

Oínos bien

Oínos

Acordáte suficiente todo lo que por vos

sufrimos, aguantamos, callamos, esperamos, trasnochamos, morimos.

Y no nos des con las patas

Ni nos dejés Ni te olvidés

—Ingrato—

Como si nada nos debieras.

Que el que no es agradecido

No es bien nacido...”

Esto dijeron

Tierrita Negra, Piedras Conversadoras, Sartén de freír mojos,

Coronas de Cristo...

Y entraron y tomaron asiento allí

Resplandeciendo

Venían de visita Venían a saludar

Pero mi corazón pensó “Ya no soy uno de ellos”

Yo y mi alma, perdidos del frescor.

Serenata*a Miriam*

Vengan las ventanas al anochecer
 Vengan las rosas y Vengan los frascos de perfume
 Que ella está muy solita y se oye:
 “Mi alma de luto viste —Y se encuentra entristecida”
 Ay soledad
 Ya regresaron las guitarras a ponerte luna
 Ya vuelven los serenateros a gorgorear amor
 Y las calles se han ido levantando
 y ya clarean sus nieblas

Oigan —Sí:
 “La rosa que tú me diste —fue cortada antes de tiempo”
 Nomás que hacen falta los jazmines del macetero
 Pero
 Qué digo yo jazmines Miren que el aire acaba de conocer su más
 dulce ramo
 Oigan respirar al silencio y Oigan
 aletear los corazones
 porque el pueblo ha subido arriba del sereno
 y la canción se lanza al firmamento:
 “No llores Niña —No llores— Que por tu llanto
 Me muero Yo”

Versos y flores
 las ventanas se echaron a volar
 se quebró la guitarra
 Vengan
 apaguen las poquitas estrellas
 que el albor arribó.

PUERTA DE GOLPE

Mi padrino tiene una pesadilla

al Catire Hernández

Se despertaba dando gritos:
—¡Déjenlo! No se metan con él
¡Déjenlo!

Y abría tamaños ojos
hasta que se encontraba de nuevo
Entonces se tocaba el corazón
Suspiraba...

Ay cómo estaba cansado de ese largo viaje
hasta tantos años atrás
en los patios de café
por los potreros,
en las calles empedradas donde rechinaban los cascos de tanta bestia...
—La noche está pesada —decía
El tiempo está pesado —decía
La vida está pesando mucho... mucho

Mi madre se despide*a Régulo Villegas*

Qué tiempo es éste que no tiene sábados
 Qué tiempo es éste todo esperas
 ¡Adónde están las fiestas que dijeron
 Los domingos que decían Dónde fueron!

Perdida en mis enfermedades
 Asaltada por fieras hambres
 ¡Dios Qué fue de tu misericordia!

Me remedié con haces de leña
 Con remojo de ropas me sustentaba
 Pero este cuerpo no resistía su carga
 Agachado se hundía y se apagaba
 Ai fue cuando les dije a ustedes
 —“Hijos que me han costado tantas muertes
 Vayan y acójanse a otro pecho
 Dios no desampara al que cría
 Ya los veré si un día regreso”

Solo Dios sabe que al volver
 No tuve ya paz ni remedio
 El alma vuelta unos breñales
 y el corazón borrando nieblas
 Jesús Por qué un pago tan grande
 Dime por qué todo están negro
 Si te ofendía nuestra pobreza
 ¿Por qué nos aventaste al suelo?

Despedida de Laurencio

—Apúrate

—Vamos

Y vos lejos, más lejos

—Vamos

Y mucha gente, mucha gente

Ay aparto la gente, me abrazan, lloran

¡Párate Laurel, Laurelito, Zorro, párate!

Pasé la mano por el vidrio

Vi tu nuca

—donde te mataron—

Ay que tengo miedo Siete

Rucha, Mi Poe tengo miedo

—No tengás miedo Zorro No tengás Miedo

Mirá que hay flores ¿Ves? Flores

(Y el olor de la muerte sos Vos, Laurel)

Y ahora todos llorando Todos

y tranco las mandíbulas y aprieto la boca

Todos llorando Todos

Aquí comenzás cantar

“...las aves cruzan los campos”

Ay que tengo miedo Rucha, Mi Poe

—Estoy aquí, muy cerca Zorro

Bajamos los escalones

“...Todo es silencio y calma

Te asechan Te asechan ¡Te asesinan!”

Misa

no hace un año que vinimos a otra

No mirés patrás ¡No mirés!
 —Siete, Siete, oigo una música
 Es noche. Muy oscura
 se fueron las aguas
 “Por la cuesta del arroyo”
 Va sudando el de adelante / Suda
 Y tocando la marcha
 Nos paramos en las esquinas por las posas / Le cae a uno
 agua bendita

Tan pálido allí ¡Tan pálido!
 ¡Muerto!
 En la Iglesia agarré unas palmitas que te pusieron
 les dije
 —Hola Zorro, hola Laurel
 y me dijiste
 —¿Quiúbo Siete, Quiúbo mi Poe?
 La casa de abajo toda reventada
 Iba llorando
 Y los almendrones: “Ay que este era el gallo de Laurencio / Cuídenle
 ese animal Ay que eso era adoración con él”
 Cambiaron los cargadores
 “sigue corriendo el agua, Suspiro...”
 (es era su canción, su canción)
 Y ya pasamos la quebrada
 —Me pusieron un flux que era tuyo ¿oís Rucha?
 A tu medida
 Dijo el Cementerio
 —Ya me traen al Laurel en sangre
 le tocaba el primero
 Voltiamos a mirar
 Arriba Arriba

donde nacimos / donde nos levantamos
a puro sufrir

“Todo en silencio y calma
y alrededor...”

Alrededor de la urna que ya está ensogada
porque ya te van a bajar

—El flux que nos cambiamos Rucha, ¿Vítes?

Ya están discutiendo cómo bajarte

—Mi Poe, Sietecito ¡No me dejés!

Y los enterradores

“eso estaba que era pura agua, ya está limpia”

Pero ya comenzaron Ya comenzaron a taparte
te ponen cemento y

ya no veo la urna

—Adiós Zorro

(Tomá esta piedrita)

Y como iba quedarme con los demás No yo me Fui abajo
bien abajo

solo.

Elevaban un volantín

un volantín

por el matadero y lejos

“Las aves cruzan los campos”

miré el cielo

Voltié

Ya no eras más que Flores

Flores

Oí

—Adiós Rucha. Adiós Mi Poe, Sietecito

Adiós

—Sí Zorro, Sí Laurel

Adiós

Se fue yendo la gente, yendo

y unos pajaritos, unos pajaritos por el monte

Viejo lobo*a Micha y Armando Romero*

Al decimocuarto domingo del año
 —¡Amanece!— dijeron
 Y yo salí a la luz
 Cuántas flores Rosas que duraron un golpe
 pues desde muy temprano mi alma sola
 repasó versos, frondas y amor
 en las hebras amargas. Y así crecí
 entre hermanas suaves y tías católicas
 y por la edad de adolescencia
 zarpé lleno de sueños.

Después pasaron lentos años
 se alejó el aire de los viajes y el viento
 me amarró a esta casucha
 ¡Qué plantas desgrednadas Y siestas
 Y noches que escribían en un oscuro diario!
 Un corazón ocupado de amores turbios, alma en vilo
 sin ley
 En cuanto a los demás:
 Perros sin fiereza acezando sobre mugres migajas
 —un dinero, un poder
 Una vida de más preponderancia
 No es que yo fuera puro si no
 Que al poco de correr
 vi entre ellos mi alma hirviendo y mascullando

y ya no me quedaba más que
una huerteceja: tres matas de maíz y estos tapiales
ai vinieron ustedes.
Y para qué vivir si no
para recuerdos o para andar de arriba abajo
que decían de mí
Ay Dios Lástima de hombre!
Y yo del fondo de mi vida hacía brotar un verso
un verso Sí un verso como una flor
reseca y arrugada
Y entredormido musitaba mi sueño:
Irme, Irme muy lejos
¿Quieres escucharme otra vez?
“Adiós Adiós la Flor de este jardín...
Adiós su señoría El Obispo
Adiós Adiós al General...
Frases de mi saludo a compás
Y subo con mi bastón de vero
pueblo arriba donde mis hermanas lloran por mi suerte.
Desde lejos me odiaban y desde lejos
yo también odiaba
Yo era un resabio
y era un asiento bebida que tenía que dejarse
Adiós las viejas fiestas, los poemas
el gusto por los discursos de orden
Otros llegaban más mezquinos, más prácticos: Un habla
empalagosa y vulgar.
¡Cuarenta años entonces! Todo
qué rápido y amargo.

El patiecito*a Pedro Parayma*

Me dijo mi padre el Dr. Ángel
—¿Qué haces Rómulo?
—Estoy desyerbando el patiecito
voy a sembrar
 Pero...
¿Adónde está lo que te di Rómulo?
¿De qué estás viviendo?
—Bueno soy escribiente padre
 Escribiente.
—Entonces
 No fuiste lo que yo soñé
—Ay padre
 lo que soñaste se lo llevaron las aguas
 Ahora solo hay malezas
 malezas ¿ves?
 Estoy limpiando el patiecito

Diario de mi padre

a Carlos Augusto León

Todos los días a las tres de la madrugada
una mano me toca por el hombro
—“Rómulo Epa Rómulo ¡Vamos!”
Todos los días a las tres de la madrugada digo
—“¿Ah? ¿Qué pasa?”
—“Rómulo Epa Rómulo ¡Vamos!”

Llueve
Arden las estrellas
Ventea
Caminan las hojas por el techo
Todos los días a las tres de la madrugada
Tomo esta pluma
Escribo:
 “Tres de la madrugada. Una mano desde el sueño
 Me ha despertado”
—“¡Rómulo!”
Oigo el rumor de la quebrada
Pasan los muertos
Los gallos dicen a gritar

Llorando a nuestra madre adoptiva*a Luis Camilo*

—¡POLA!

—Aquí estoy escribiendo esta carta
No ve que ya se va el coronel Llavaneras

—¡POLA!

Ya voy
tengo que terminar de acomodar estos recibos: No vaya a venir esa gente
—¡POLA!

¡Tanta lidia!
¿No ve que tengo que acabar estos panes? Son para el día de los Santos
[Inocentes

—¡POLA! POLIMNIA.
¡No me dejés solo POLIMNIA!
Pero ella estaba en aquella fría tabla con la cara tapada
Amanecía
En la maletica pusimos sus vestidos, su agua florida
Nos llevamos sus cosas.

Yo mismo pasando por esta vida*a José Ramón Medina*

Árbol florido Todo él echado sobre el patio cabeceando sus hojas
Y entredormido
Bueno Vivía allí una vieja con su perro Y yo mismo Niño
Qué de invención de cielos Qué decir fuentes y aires idos
Yo nacía y nacía Todos los días naciendo
De unas nubes arreboladas De un cantío de gallos De unos pájaros...
¡Venían quién sabe de qué vidas!
El vicio de mirar inventaba y los inventos eran sacar tigres del
árbol
soplar entre sus hojas Enredar
los aires con caballos que nomás salían del ensueño
encabritaban sus narices y ya no se les volvía a ver
Miren aquel ovillo y enredijo de días azules gritando
por los montes
y allí en el entretanto la vieja cargaba agua de un puente
y el perro ladraba y perseguía a los espíritus mordiendo el aire y
sacudiendo el polvo de aquel asendereado
Así que una vez los vi remontarse muy lejos. Y yo que iba en unas
ramas echando rocíos los llamé:
—Abuela Abuela Adónde te llevas al perro
—Adiós hijito Adiós —dijo
Nomás que el mozo que yo era ni se fijó en el perdido arrebató que tocaban
ni cómo el cielo se atornasolaba
y al ir al árbol
Pues de lo de antes no salían sino huesos

Huesos floridos y gentes demasiado jipatas
 Así se fue haciendo todo borroso y cada vez se veía menos aquel árbol
 [florido
 y se puso el cielo turbio y comenzó a llover días y días
 Pasaron las gentes muy tristes
 —“Hace días que no amanece aquí” —decían
 “Pura Negrura. Nomás Pura Negrura” —repetían
 Y cada vez pasaba más gente Cada vez más de prisa “Apúrenle!”
 Me di cuenta que ya la casa se iba
 Ojos míos vieron a lo lejos un niño
 Vieron una vieja y un perro junto a un árbol
 Quise fijarme bien Quedarme un rato Sí
 Pero ya me empujaban Muchos pasaban junto a mí de prisa
 muy de prisa
 Yo me afincaba y me afincaba Pero ya me borraban el corazón
 Ya lo borraban Nomás que Yo era solo de temblor Ya un ensueño Aire en
 [vilo.

DE RAÍZ

Nativos

a J. V. Abreu

Nacimos en ese pueblo donde la gente vive preguntando por los de lejos
—Eufrasio —Démen razón de Eufrasio
—¿Ustedes no me han visto a Eufrasio?
Ai se reían los otros y se iban al momento
No sabían otra cosa.
Y cuando caminábamos siempre íbamos por ese pueblo
Lo que hay son puros extraños
gente forastera que beneficia animales y los cuece de una vez
para vender.
Nosotros pasamos preguntando por una tierra
—Hágame el favor ¿Qué es lo que queda aquí?
¿Cómo llaman por estos lados?
Nombres distintos siempre
Dentro de un tiempo. ¡Ni quien nos entienda!
Íbamos buscando esa tierra
Lo que antes eran caídas de aguas, musgos, olor de bosta
Ai íbamos
—No señor, que aquí no le conocemos esas iglesias azules
esos animales
Lo de por aquí no es nativo, viene de lejos
Son nubes
El alma de uno iba extrañándose
Se alejaba.

Veces que se estaba demasiado
 Nos parecía prestada
 —Decíme corazón ¿Dónde estamos?
 Ya no estábamos
 Éramos una gente que iba caminando
 Unos buscábamos un pueblo, una tierra
 Otros ya no
 Y cuando mirábamos abajo
 Pues allí estaban esos poblados
 Ventas
 gentes forasteras que vendían carne sacrificada, dulces, hojalatas
 Otros le abrían puertas a la tierra
 Y se veían apretujados, unos encima de otros
 Humeaban
 Sacaban chispas
 Decirle a su alma:
 —¡Esto no es ni la sombra!
 —¡Cuidado con quedarse!
 ¡Nos agarran por el pescuezo y nos sacuden de cabeza!
 Mírenme esto:
 Lo que una vez fuera un valle de truenos
 ya no es más un que siseo.
 Otros tomaron los caminos, el agua, los lugares de airearse
 Quemazones era lo que se divisaba
 Troncos de cedro y apamate y toda madera
 iban por los días y las noches arreando hacia las construcciones
 Peladeros quedaban
 Pobres chamizales
 y un gran calor.
 Por debajo nos sacaban la sangre,
 por los pies se nos iba,
 sangre de uno a los remotos mundos...

Tristeza sí.

Tristeza de sentirse andando sin saber

Qué dónde, qué fines, qué muertes y qué purgas

Son.

Esos que venían de Sicoque, la mesa del palmar, las pavas*a Graciela Barreto*

Ai les estuvieron Dale que dale
Y de lo que habían juntado en vidas muy apretadas
de lo que habían resuelto en sus vidas
estuvieron espulgándolos
Después los cogieron a puntapiés
Los explayaron en los patios
los cortaron por la barriga
y quedaron convertidos en esos cueros que ponen por las tapias.

Pleno verano*a Federico Moleiro*

Ahora sí que voy a sentarme
Ya voy a ser piedra Ya voy a ser árbol
Ya aquí echado voy a ser fosa Tumba voy a ser
Ya hemos pasado muchas horas dando vueltas
Mire —dice uno— Yo no soy esa motica que sube desde el suelo
Yo soy tierra
Pero al ratico anda vuelto un escarabajo
“Epa Espéreme Ya voy
Estoy empezando una sacudida”

Hace más de cien años esto es pura tormenta
La reverberación sale de todas partes
De todas partes muerden
Dicen que las palabras están perdiendo su alma
que solo saben nombrar muertes
Y yo me despierto muy cansado
El corazón me sabe a sed.

Alma
Tóqueme aquí que quiero abrir un rato esta casa mía
Quiero sacudirla
Que salga la quema
Tóqueme que estoy solo
hace más de cien años que esto es una gran quema
Miren la ceniza
la tierra pelada
Es como si fuera a llover pero el agua no cae.

Tanto tiempo sin ver más que el tropezar de los fantasmas
 La madre mía me llama desde una vieja guerra
 allí está sentada entre unas ruinas Unas topias
 Y esos son los perros en el incendio
 los perros que chillan en el incendio
 Déjennos descansar —dicen—
 Déjennos descansar que esto no es más que una muerte
 Solo que queremos una muerte recta
 esa puerta.

Créanme No los perturbaré
 No quiero más que acostarme
 Y echarme solo a ver
 Porque las puertas del cielo
 Son una reja negra
 Yo sé que no hay verdor
 pero estoy ya cansado
 Miren si hay para quejarse en esta casa
 donde todo el tiempo están sonando unos potes
 y unos vientos de perros

Bien sé que todo es restos
 pero de todos modos recuésteme
 y cuando vea esas ventanas
 llenas de hojas y ramitas
 Que salga música los cuartos

—Alma—
 cuando diga a llover
 ¡Lláname! —¡De donde esté yo vengo!
 Pero ahora en esta plaza seca
 Pásame un trapo húmedo
 ¡Estoy asándome!

Abuelos muertos, tías, retías y demás sombras

Hoscas conversaciones que llegaban
Gentes del sueño Gentes del viento
Eran árboles ventosos
Golpes del corazón
De una vez nos llevaban
Nomás éramos una conversación

Éramos árboles y gentes del sueño
Almas erradas Errantes árboles
Y furiosos dábamos vueltas a la vida
Hurgando unas cenizas
Hurgando unos rescoldos
más allá de nosotros

DIABLO VIEJO

Llora, canta y termina rogando

a Marcos Miliani

Bailando como un pájaro y asado en la candela
 va este pobre mortal
 por ser la vida tan negra
 y aquí cae y aquí vuela
 quemándose en este de momento infierno
 Pero al pasar la noche ceguecida
 que la aurora se aprueba
 Quién dijo “Malos Ratos — Perros Lobos
 ¡Venga aquí la muerte!”
 No Señor Que ahora empieza la fiesta
 Y mírenme esta rama presa de frutas
 Y aquí está el agua Y aquí la sed goza
 Nomás de cristalino el pez en su remanso
 Nomás de flor esa perdiz por su pradera
 Ayayay

Que aquí mismito me dormí
 Subíme al sueño sangrecita
 Todito se me ha vuelto música
 Todito Paraíso
 Miren pues que ya me voy soñando
 Gozando arranco las estrellas
 Dios Mío si de verdad soy el de ahorita
 No dejés que me devuelva al fuego

Alegrándose con ese amor que aún no ha llegado*a Dalia*

Esa que le llamaba a las puertas de la muerte
Y que su nombre era su fe
Esa se llama Angélica
Prenda ese dije en su corazón
Que ai lo va buscando su suerte:

Angélica es para beber
Con ella no serás puro hueso
Y Si antes no encontrabas una flor
ahora de flores vas a ir preso
Y de puro llorar
risa te irás volviendo

Veme bien Veme bien Angélica
Y no me llamés tan cerca de la muerte
Venga tu alma como el sol
Sea yo el alba y que en mí florezcas

El alma dándole de beber*para Alberto Patiño*

Llene este vaso
 Llénalo y llévalo hasta su corazón Beba
 Haga beber su corazón
 Beba con sus ojos Beba con su frente Beba otra vez
 ¡Ya está!

Mire ahora

¿Qué me dice del Fondo? ¿No ve acaso una flor?
 Sí Esa es la flor que anda en Usted Ai va su flor
 Color de vida Sí
 Bien puede ser el infortunio
 Ai está el cielo bajo
 Ya su peso lo abruma
 Contra las piedras dan sus huesos
 ¡Cuidado! Mire los arreboles
 Aguante
 Agárrese bien duro
 Pero no vaya a asirse a una quimera
 Es de la vida que se agarra el mortal Es del vaivén
 Ya viene el viento negro Ya le encima su muerte
 Ya lo despedazó
 Vuelva Cierre los ojos
 Florecita Quién te ha mandado disvariar
 Mi corazón está cantando
 Dando brincos Volando está mi corazón

No busque el remolino

No Señor ¿Quién dijo que su corazón era escudo?
Mire las aguas bravas Fuente turbia
Qué no habrán arrancado Y pobres bambuzales, barrancos,
cuevas del puercio montaraz...
¿Hablar con ellas? ¿Qué puede responderse al sordo palcar de tanta piedra
al barro
al violento espumero?

¿Pero quién le dijo que su corazón era escudo?
Fíjese bien Escúchelo ¿Es música de guerra?
Piedras lavadas y aguas dulces Eso vendrá
Aguas que conocen la rama en la orilla
Y el pájaro que pesca en el vado

¡Al remolino Quién lo busca!

Con el ánimo bien templada*para David*

Nada de escudriñar ni hacer ascos
 Tire al camino y dígame a su alma “Andando”
 Ya sabe:

 El pecador está encerrado

 Él es su cárcel

¿Si muerden? ¿Cómo no! ¿Las adivinanzas?

Ai las tira la suerte vueltas perros

Ni siquiera imagine

Pero déjese ir que este camino es una fuente

—Con la ilusión está vestida

De la sorpresa hizo su espada

Y mire

 Los afanes de un mago le hacen tercio

De ese modo no tardará en volar

Cierre los ojos Vaya recto

Es lo que llaman una flecha

No más el aire es lo adelante

Elévese No tema

—¿Los peligros, el mal, las asechanzas?

El ánimo bien templada / salva la doliente criatura.

Desde uno y otro lado del agua

No sabías quedarte
pero allí estás rozando un agua
y refrescando la piedra entre esas flores
¡Qué importa si es la oscuridad
y si es el día Qué importa!
No sabías quedarte
y no sabías
Irte para siempre
Pero allí estás rozando el agua
—¡No te levantes
El tiempo es tan hermoso...
¿Qué tienes en tu corazón?
¿Cantarás o solo
lanzarás un grito?
Deja
Deja tu corazón volar
déjalo que tropiece en las ramas
¡Aléjate! ¡Aléjate! No eres más que un aire!

Con los ojos perdidos en tus montañas*a Nela Carmona*

Vertederos

Se mira el monte y se ve el yelo

Fulgor y más fulgor Ya se ven descender

Puro peces /Nomás peces de altura /Peces que son

haces de alba y celo de la nieve

Arrebatando / Arrebatando

Véanlos caer/ Muchachitos /Pichones / Garcitas / Emplumados de celofán
y emplumados de amanecerCelajes de agua y agua de celajes que
el frío ha dejado caer

Vengan / Vengan pues

Díganle háblenle a mi corazón A mis ojos de mejor

Ver

Al dormido que duerme en este pecho

Benditos Reinos / Cielos Quietos y Acodados Soles

Miren quién viene a saludar los sembradíos abiertos y los mantones
de resiembra

júntense pues y anúdense en sus aguas cielo y tierra

Con la humedad recién nacida queden para siempre

Labrantíos Terroneras de bueyes Techos de brasa fría

donde las palomas y el viento se entreveran.

Gavilán blanco de las sierras

a Vicente y Consuelo

Venga conmigo y sea un gavilán que aspira al cielo
Suba aquí Tenga sus ojos en el viento
Échese este vestido Anúdese estas perlas
Vea que se levantan las aguas Fíjese cómo todo es ya cielo
—Cielo Ven
Nubes esténse aquí
Ahora las alas se le encienden
Ya siente el aire resoplando
Ya la pluma se agita y ya el día se revuelve
Quién dijo Céfiros y Quién querubines y quién luceros parejos
Miren lo que es la puerta de la luna
Aquí Aquí Noches veladas con luces de sirenas
Aquí tristezas que se fueron al cometa
Tráigame el manto de los búhos que esto se refina más que el alba
Asciende Corazón
Asciende porque tuyo es este Reino
Aquí llegan los Adanes / Las Evas aquí llegan
Y noten qué sedas las que desenvuelve la nieve
No sabía Aire que tuvieras tales veredas
Qué de caminos y qué de arboledas naciendo
He conseguido el color azul y estaba dormido
Déjalo dormir
Gavilán blanco de las Sierras.

VIEJO DIABLO

El hijo pródigo

Démen lo poquito que sea
 —Pues bueno hijo, está bien,
 La madre llorándolo y rogándole ¿Cómo se resignaba?
 No es por nada —decía— El hombre es viento
 Ai se estuvieron regateando Pero
 ya todo estaba listo: la maleta el caballo
 ¡Diéronle la busaca!
 ¡Y los consejos!
 Pero él pura impaciencia
 Ai mismito se les perdió de vista
 —Que así es la vida —se dijeron los viejos
 ¡Mírennos al muchacho!
 Y por su parte él dijo a andar y andar
 Ya por montañas, por laderas por llanadas
 ciudades y pueblos Aquello era un pasar
 La riqueza, el placer, Eso llevaba
 Gastaba con apetito En prudencia era un pichonzuelo
 ¿Dónde estará la vida? Preguntaba
 ¡Si será en esas torres!
 Las ventanas de las casas eran bien altas
 Los comerciantes se le apartaban
 Pasó el mar pero estaban las perlas agotadas
 Allí si vio querubines rostros Mujeres celestiales
 Pero igual iba agriándose y secándose
 Si No Necesidad ¿Qué era?
 —Ya no quiero andar más —dijo— Aquí me quedo

Eso eran pegujales. Se echaba el pico y salían chispas
Ai mismo arrió la brújula —Me vuelvo
La vida se me yela
Vino al regreso
Y eso eran gente y gente
—Mire Qué pasó Cuéntenos
Ai mismo apareció una colina
Una colina bien arrasada
Y el arrase era de una casa
bestias quemadas Las puertas Los techos
eran tizones yertos
—¡Dios Qué es esto!
Y dónde están los viejos
Y las muchachas Los peones ¿Qué se hicieron?
Era puro silencio
Volvió la espalda y echó a andar
Se veía al hombre yendo y yendo
El camino iba por un desierto
Salió el sol y volvió y se hizo tarde
Abrió la luna
y se vio un puerto
Eso era una trampa Un hueso Un amargo hueso
Los barcos aposentados lloraban
Llegó una enorme tempestad
La tempestad bramaba y bramaba
Los Barcos Qué alaridos
Entonces lo llamaron
—Venga —le dijeron— Esta es su casa
La casa era una gran noche. Oscuridad era esa casa
Le decían —Vea dónde están sus viejos— Vea
Y ai mismo quedó ciego
Oiga Oiga dónde están

Y en los oídos le ardió el yelo
Se puso el cielo negro
y él quejarse y quejarse
Y el mar era blanco y era imposible y negro el cielo
Ai salió él y detrás iba persiguiéndolo
—No —decía— Ya no soy —Déjenme
Pero al momento lo alcanzaron
Y entró la noche y batió el mar
Cosido a puñaladas sobre la arena aquel hombre
boqueaba
y arriba se veía el cielo hueco
—Ay cómo has pagado hijo—
decían los que escuchaban y miraban
Y se pusieron todos a llorar.

La caída*a don Santiago*

Estaban ellos sumamente contentos entre tanta flor
que todo les parecía perlas:
La luna, las iglesias, eso era como ponerles vino en las bocas
Bebían y se sentían estrellas
olían y eran aires
Y cuando andaban los yerbazaes los cubrían
Y si iban por el agua se volvían sus pies peces
Y si querían volar ai mismo iban arriba
Nadie les decía “NO!”
De casas tenían unos rosales...

Y ella le hablaba a él preciso
Y él a ella era un solo y puro agrado
Y vaya para aquí y andemos para aquel punto
y en eso se recorrían por todo
La tierra igual y el cielo igual y siempre aquel deleite
Si acaso que en la oscuridad los asombraba un ángel
o que de lejos tocaban músicas.
Y de comidas
eso era un hábito de tomar manás y vinos de las hojas
y las bandejas les volaban y las mesas se tendían solas
y cuando se iban a querer los guardaba la vida.

Pero como se sabe había también una gran mata
una gran mata negra de terciopelo negro
Lejos

Y la colina donde estaba era de sangre
moviéndose y moviéndose
y los pájaros estaban allí secos
viendo y pendientes
Y más acasito había un manzano
y el manzano estaba siempre llamando
y llamaba y llamaba
y de las mismas hojas y de las ramas
era puro llamar
—Vengan —decían
Vengan
Y se sentía como un regusto, una provocación
Vengan y cómanse esta florecita
Un gajito nomás
Y por la tierra era un recio aroma de comida
Ai mismo apareció la serpiente que era magia de la noche y
magia del día
que por sus lomos aleteaban gallos
y por los ojos refusiles
y adentro de ella se oían bailes y mucho canto
La cabeza se le mecía como una flor
y de sus oídos se cuajaba un perfume
mareando
y todo corazón volaba.
Ese cuerpo echaba días y noches
y se envolvía en raros plácemes.
Y al hombre le dijo
—Que usted no sabe
Que usted de verdá no ha tocado ni olido
Que esto no es manáes ni vino ni comida sosa
Y aquel era un darle y darle a entender

—Que usted no sabe
...Que esto es más que elíxires
Y aquel era un darle y darle a entender
—Que usted no sabe
...Que esto es más que elíxires

Para él era de un material duro y seco
él era de una piedra muy recia
y aunque su corazón le diera vueltas
y aunque su hígado se le revoliera
No caía y No caía
Y en cambio ella era húmeda
porque estaba hecha de tela, un suave género
y el dicho le debió entrar más bien por los pechos
pues estaban hechos de flores
y los pétalos de flores no resistieron
y la culebra le rodeó los pechos, le dobló
y le curvó como si estuviera en el patio, echada
entre las matas
y esa magia se suavizaba más y más
y los condujo entre una claridad muy alta
y allí los esperaban otros ojos
y otras gargantas
y aquello era un solo canto
aguas y trompetas y montañas...
Y les vino otro oír, y aún ellos hacían por zafarse
pero solo amagaban
Y sintieron un soplo
un soplo áspero
Y en medio del valle encima de una sangre
aquel árbol tan negro
y la sangre moviéndose

y aquellos pájaros pendientes, vuelta y vuelta,
Y subía el árbol y les cerraba el día y lo mismo
les cerraba la noche.

Y vieron unas hojas en el viento
y a lo lejos unas flores resacas
y se miraron
y se estremecieron.
Y subía el árbol y les cerraba el día y lo mismo
les cerraba la noche.

Y vieron unas hojas en el viento
y a lo lejos unas flores resacas
y se miraron
y se estremecieron.

El jugador

Yo soy como aquel hombre que estaba sentado en una mesa de juego
Y al promediar la tarde ya estaba bien basado
Y dio y dio hasta que estuvo rodeado de montones de plata
Y ya en la tardecita era puro de oro
Y le llegaban mujeres y le ponían los brazos al cuello
y él se reía
¡Y estaba lleno de joyas, lleno de prendas
y los ojos y las orejas eran de fina joyería
y los bigotes y la barba eran de verdad piedras! ¡Y muy
Muy preciosas!
Y a las nueve ya estaba en su apogeo
Y la mesa y los jugadores y los que estaban en lo alrededor
brillaban
Y aquello eran nomás soles Y un gran sol que era él
Y esa casa era un solo resplandecer y resplandecer
Y mientras más entraba la noche
más y más claro se hacía
Y el tiempo iba y venía y así
hasta que todo era una gran montaña
Y el hombre estaba en el centro y en lo más alto del monte
Y se veía como una enorme piedra roja y en lo alrededor
todos eran de oro y todos de monedas
riéndose con aquellos dientes que chispeaban
y hablando con sus lenguas de porcelana y rubíes.
Entonces eran como las doce Y el reloj
dijo a dar las doce
Y al ratico nomás quedaba la casa
Y al ratico
nomás quedaba la sala con la gente brillando y brillando

Y ya no quedaba sino la mesa y los montoncitos de oro
Y el hombre miraba a todos lados
Y abría la boca y miraba
Y desaparecieron las mujeres Y vio los montoncitos de
ceniza
Y se quedó desnudo
Y se puso a llorar
¡Ai se dio cuenta Que todo se le había vuelto noche
Y resplandores Nada!
Todo de luto y hosco
Y esos ojos de él vieron una luz
y volvieron en sí
Y volvieron a mirarse como era él
Y tendió la mano sobre los montoncitos de ceniza
sonriendo
Ya me voy —dijo
Me voy como me vine —dijo
“Adiós”
Y se fue por lo oscuro.

ADIÓS

Adiós

para Antonio Luis

Llovió y ha vuelto a llover
y cayeron las hojas y el sol las abrazó y el viento vino
y arrastró las hojas y sonó la hojarasca
y otra vez cayeron las hojas y el sol las abrazó y vino el viento
y el rocío se hizo en la hierba y se fue
y abrieron los capullos y el insecto rompió la húmeda cáscara y voló
y otra vez el pájaro que cantaba en la cuerda
bajó a jugar bajo el rosal y volvió a su cielo
y cantó y la mariposa estuvo dormida al amanecer y con el sol caliente
[subía dando ligeros golpes
y la lluvia la heló y otra mariposa voló por el jardín y el jardín de ayer
quedó yerto y enrojado y volvió a quedar yerto y pálido y las ramitas secas
chasquearon y cayeron al césped y el sapo cambió de [sombra y volvió a
[cambiar
y ha buscado otra sombra húmeda
y el gusano ha terminado de hilar y ya voló y ya volvió a hilar y el viento
mueve la hoja que lo hospeda
y los jejenes han ascendido en el vaho caluroso y caído con las aguas del
[cielo
y se han levantado de nuevo porque otra vez ha sido el día caluroso
y la hilera de hormigas corta el campo en el claro seco y boronoso y ahora
[regresa al patio sembrado
y el ratón de monte ha dormitado largamente en su cueva y ha despertado

[por muchos días corriendo en secreto
lejos del búho y ha caído lejos de las garras del búho y el búho comió y pasó
[noches de hambre y volvió a su comida
y duerme este día y se despertó de nuevo y cazó la rata gris
y un hombre encontró su pareja y se amaron y el hijo que nació encontró
[su pareja y la amó
y el hijo que de allí naciera encontró su pareja y la amó y de allí nació un
[hijo
y el hombre murió y volvió otra muerte y se llevó otra vida y otra vida se
[apagó al entretanto
y vinieron hermosas costumbres y cambiaron las
viejas costumbres y otras costumbres y modales se cambiaron y
se levantaron templos prodigiosos y los templos prodigiosos se fueron y
[llegaron nuevos templos prodigiosos
Y se levantaron los ídolos todos de metal noble y refulgente y dieron vuelta
[y otro rostro cubrió el rostro de ellos
y otra vuelta cambió este rostro por otro de otra forma
y el polvo hundió los ídolos y salieron flores del polvo y el desierto llegó a
[cantar un largo silencio
y las ciudades despertaron y se durmieron y se ocultaron y desaparecieron
y volvieron a nacer con sus comercios y sus tiendas y sus reyes y príncipes
y poetas y bellas mujeres y mártires y guerreros y sacerdotes y santos y
[maestros
y muchachos atarantados y viejos
y la luna estaba dando vueltas y se encendía toda y se adelgazaba y se hacía
[tenue
y se llenaba y se vaciaba de plata y volvía a llenarse y a subir tarde y tarde
[bajando tarde y tarde y noche y noche
y la tierra corría y corría y regresaba y corría y la tierra en la noche en la
[oscuridad dando su cara negra y rodando su cara deslumbrante y su azul
[ligero y su azul negro y sus nubes y aladas

OTROS POEMAS

Pequeña colina

Pequeña flor blanca eres,
así te llamaría quien va a casarse.
Pequeña colina eres,
así te nombraría quien caza perdices.
Pequeña taza de oro eres,
así te llamaría quien bebe su licor.
Pequeña colina de leche eres,
así te diría quien lave su cabeza bajo el sol.

Pequeña colina que duerme.
Pequeña colina echada como una gallina.
Pequeña colina como una cabeza de plata.
Pequeña colina como una fruta que orea.

Ponte cinco flores en el cabello:
Flor roja para tu alegría, para sonreír.
Flor azul para tu amor, para abrirte los senos y darlos.
Flor morada para llorar como una llovizna triste.
Flor amarilla para cantar con la luz.
Flor blanca, flor blanca, flor blanca,
esta última para que una ilusión ande en ti como la nube.

No hables de tristeza tú, pequeño malabar,
oye la luna comer maíz,
oye las estrellas picar las hojas del guamo.

No bebas la leche de un árbol triste,
mira correr los perros de caza,
bebe agua en el arroyo, lejos, donde van los perros de caza.

Pequeña, como las piedras de los ríos tú eres;
tú pintas el poblado de rojo pequeña colina,
tú eres como un ave para enjaular,
tú cantas y tu boca brilla por tu canto pequeña colina.

Como el manto de la serpiente coral
así de bella tú eres.
Así como el vestido de la orquídea blanca
tú eres de amorosa pequeña colina.

Y te llamarán como una pequeña loma
y en ti pondrán una bandera dulce y tierna.

Presente

Díjome que le trajera una serpiente,
la quiere ondulante para jugar
y aprender odio en sus colmillos.
Para ponerla en sus tetas la quiere.
Y que ella sueñe enrollada
como los picos de aquellas.

Díjome que la quiere coral
para ponerla en su cuello de árbol
y parecerse a los oscuros bosques.
Para que enrolle su garganta, me dijo,
y su bello color entregue mis ojos
mansos y silenciosos como perros.

Díjome que la quiere armada, siempre,
como su sexo, como sus caderas en el aire,
como sus piernas chorreantes de veneno.
Para colocarla en el vientre cuando se acueste
y que ella sorba del bello ombligo
y haga su nido allí como un pájaro extraño.

Díjome que le trajera una serpiente
que tenga un sueño por dentro
para gozar cuando la noche sea más negra.
Para aprender el amor de la muerte, díjome,
y para aprender las caricias del viento:
y hacerle miel al regusto del viento
“Tráeme una serpiente bella”, díjome.

El reino combatiente*a Guillermo Sucre*

Era aquella una casa donde solo había muertos
Todo allí estaba oscuro Nada florecía
El cielo Eso qué
Toda luz era olor de esperma
 —Ya estamos cansados —dijeron los del día— Echémoslos
 Echemos a los muertos de esa casa
 Vivimos allí
Casa acostumbrada a la muerte
todo en ella estaba derruido
Solo el aire y el humo frío acabando los pelados fantasmas
Pero aun así / Así y todo vinieron
 Agarraron sus hachas, sus cuchillos
 Vinieron
No es fácil pelear con ellos No
Nada fácil Nada fácil pelear con los muertos
Pero se pusieron sus trajes atrevidos Corrieron por ellos sus arreos
Ai iba a comenzar todo
Que todo comenzara Que terminara todo. —Eso decían
Así que cuando comience la noche haremos tierra en sus espíritus
Eso esperamos: la luna, las nubes húmedas
 Cantarán ellas Cantará el humo negro
 ai será hora
Tarde atravesaron los patios Muy tarde
Nada se veía
Cuchillos silenciosos ¡Qué coraje!
Nada fácil Nada fácil: Arrinconados como estaban Arracimados en los

[rincones como estaban los muertos

Qué silencio

Quien dice “Coraje” dice otra vez “Asalto” “Otro asalto”

¿Quién se iba a mirar las arrancadas de piel y hueso?

¡Arrancar huesos de raíz, eso hacían!

Corazones Eso qué

Cuánto duraron ¡Y qué amanecer ni qué mañana! Para el sol no había

[tiempo

La noche solo El desafío era allí y eso era casa de puro en noche

—Tiempo —eso no— No no había tiempo

Ningún combate con los muertos tiene tiempo

Pelean en terreno distinto

—¿Igual que gritos?

Gritos No ¿Y cómo?

Eso es un campo de silencio Ai se debaten

Los cuchillos sonando como suena —digamos— una oscuridad

Pero ese final

Apareció allí un campo de flores

Levantaba la niebla

—¿Huida? No —Una dignidad así —Una dignidad como la de ellos

[—Muertos...

Eso no podía resolverse igual que una huida

Bien Bien ¿Acaso no se de ese mar ahora donde antes se divisaba la

[mansión?

—¿Qué ves sobre el mar?

Flores

—¿Y arriba de las flores? divisaba la mansión?

—¿Qué ves sobre el mar?

Flores

—¿Y arriba de las flores?

Flores Hace tiempo que allí no se ven más que flores Solo

Flores No hay más.

Voces en el Jardín Botánico

Te llamo Palmera Cornígera
Te digo Palmera de Corazón
Tu nombre es Palmera de Piernas Cortas
Palma Latania
Palma Cabellera que vuela
Palma Augusta

Y estos
Corazones Trepadores
Corazones Amplios de Sombra
Helechos de Serpiente Coral
Estos son Helecho Tortuga
Esposos de las Campanas de Cristal
Así los vimos
Óyeme Colibrí Rojo. Recuerdo.

Vi los Trepadores de Nucas
Trepadores con una mariposa
La Flor Áspera que se come
La Serpiente Verde de Jamaica,
Así les dije, estremeciéndolas con sus nombres

Aquella es llamada Las Espadas Dispuestas
Aquella se dice
Espadas Que Defienden un Corazón
Cacto Acostado— Viejo Acostado
El Enfermo— Cacto

Serpiente Devoradora de Perros
Estos estaban del lado derecho, acomodados.

Mujer enlunada— Cabellera Enlunada
 Te dije brillabas en el centro de las alfombras.

Miré y dije
 Estos se llaman
 Los Que se Recostaron para Volver a Nacer

Bueyes con estrellas blancas y lagartijas
 Melenudos, Mechudos con un nido en la cabeza
 No se movían, y viven con sus nombres atados al cuello
 en la parte de sus flores

A esa le digo
 La delicada de Ver —Que provoca comérsela— Gustosa
 Que se halla en el corazón de terciopelo
 Y esta se ve hinchada de sombra
 y se nombra —Buena para un descanso Allá en el Camino
 con Mucho Sol

Entonces te veo,
 eres al Agarrado por la Tierra que quiere levantarse
 El Corazón apresado
 El Corazón atrapado
 Comido —En viaje

Y a ti te dicen
 —La Bella, la que jamás podrá morir

Esos se veían por el lado izquierdo, junto al
 habla entre ranas
 Y apareció por el recodo
 Estera de Oro —Riego de Oro—
 le dije así, la escribí con metal

Casa de Refugio —Ramas de Refugio— Refugio
ésa es la palabra, el sonido
Así Sea.

Y ustedes son Flores de Entrada Prohibida
Vírgenes Pintadas— Conversadoras
De entrada sin puerta
Prohibidas

Y por magníficas
Las Espinas que Vinieron a Sonreír
Tejidas con Miel
Olorosas— Hablan con el cielo
—Les dije

El Rugoso— Verrugoso— Pero en la parte de sus flores
y arriba ¡Cómo sonríe!
Palmera sin Patas— Palmera Asombrada—
Por el Centro llamándote
Cabelleras con Rocío
A tu diestra
Iluminadas—
Y este, al que conocí
Se Durmió en el Océano Al Primer Resplandor
(Solo al florecer puedes encontrarme. Oro)
Tales palabras les decía, así configuraba

Árbol que Habla
Árbol del Sol —Jaguar
—Y cómo se desperezaba,
Cómo se alzaba

Tú

Sombrilla de Sexo Rosado Extendido por las Nubes

Más adelante te encontré

Aroma

Tramadito

De Pomas rayadas Verdeoscuro —Amarillo— Verdepálido

Salas de Arroyos— Casa de Humedad—

Y así te escribo

Las Amodorradas

Recostadero de la Plata. ¡Ésas!

Jugada del Príncipe

Del que Cantan los Pájaros —Opulento— Tan bien vestido.

—uno que se relaciona con amarillo

Baja del Sueño—

A toda esta casa: ¡Óyeme!

Plaza de los Puñales

Fuego Viejo en las Vainas

Guardiada—

Te digo.

¡Sea!

Elegía 1830

(1980)

Elegía 1830

—*Despedida de Bolívar*—

Este año negro chillaba al nacer
y sus colas de gato y cara de murciélago
se prendían del sueño
y lo halaban desgarrando su corazón y echando al diablo
sus manantiales y sus puertas
y sus aires que iban al futuro y corrían
al futuro
en el delirio de aquel que vivía en su Casa Dorada
en el Amor de su Gloria
y su Visión
pues con el tiempo todo se despedazaría
y sería sorbido de esa jauría de adentro y de fuera que pugnaban por
robar y asesinar
ahora mismo
en las puertas y ventanas de este año
Cuando los empequeñecidos, ladroneros, raspones
abrieron sus pequeñas fauces
y comenzaron a morder
Entonces arrastraron su cadáver por el Magdalena
y lo arrojaron al puerto
donde veía las aguas
sentado en una silla de ruedas
y, resfriado,
sentía gritar sus huesos y chillar sus oídos
con voces criminales
insultos
trapacerías
y toda clase de lenguas infamantes

ya avisándole, ya amenazándolo
de modo que por las noches se le escuchaba gritar
y los delirios se echaban sobre esa frente rugosa
mordida por tanto frío
y polvo de guerra
Por tanto mar, nieblas
y desolaciones de guerra
y gloria
y tanto sueño amoroso por su querido Continente
Y así
repetía que le llevaran su pequeño equipaje al barco
porque en América
nadie lo quería
Y escuchaba al capitán del barco decir
—Véngase Hay Otras Tierras
 Véngase a ser
 El primer Ciudadano del Mundo
—¿Alto Quién Vive? —le decían
Y respondía con voz muriente
—La Patria

Tenía un Jueves Santo revoloteando sobre él
Un jueves Santo Negro
que desplomaba torres y levantaba monjas y soldados
hundiéndolos en la carne
de oscuras iglesias
Y allí los jardines y Conventos
se estiraban entre los muertos
y las casacas y fusiles
lloraban por las escalinatas
y el aire se llenaba de almas
insectos y campanas

Entonces el Espíritu Santo y su carro
 se incendiaban en rosas abortadas
 Es mi Jueves Santo a las cuatro de la tarde —decía
 Mi Jueves entre columnas y ayes.

Se dormirá el jacinto en su matero viejo
 y el geranio
 en su felpa asombrada
 Pero Yo estoy a las cuatro de la tarde
 y caen Tus catedrales y Tus ventanas desgonzadas
 “Vámonos Consoladora
 Vámonos Lleva mi equipaje
 Ya no nos quieren en América”
 Y todavía es Jueves Santo
 Jueves Santo con sus muros caídos y ángeles
 y cadáveres.

América Mi Estrella Mayor
 Continente barroso y verde
 con tus cabezas de catedrales vencidas
 y tus ventanas abortadas
 Ahora me verá el aire azul
 y velaré tus muertos.

Era el sueño olvidado y Pérfido
 que lo alzaba en sus nubes de azufre
 Iris ha muerto
 y la Plaza de Armas
 se repleta de sombras
 Lima se abre Ay consoladora
 echa sobre mi tus dientes y vierte en mí
 tus encías de claveles y bosques.

Ya estoy para morir
amadas torres y balcones
Pasto se ha rebelado contra la República
El Segundo magistrado asesinó al Primero

Pobre de mí que vi morir mi hermano
en su despedida
lejos de mí
en la Selva Asesina
y su cadáver se durmió sobre el barro
Consoladora
echa fuego por mi ventana

De la Angostura a Quito hubo apenas
una centella
con Perfume
La yerba hunde tu cabeza en el cielo
y estalla de aromas
La lluvia vuela
y te humedece
Y el viento espanta aves asustadizas
y seguimos al Sur
¿Alto Quién vive?
La Patria
Y llega la noche con sus muertos y pájaros
Con sus dedos de plumajes
Y sus plumas negras mitad cielo
y mitad dentellada
Y el humo estira al Viento
y el viento revuelve las almas
Pisba sufre de invierno

y las mujeres arrastran sus enfermos
que resuellan frío y tiritan
estremeciendo diente contra diente
y mirando la lluvia.
Y las mujeres ofrecen
ese calor único de la tierra
y abren sus miradas de asombro
y sollozan
pues bajo la tierra de apariencia dulce
dormitaba el azufre
y el carbón dañaba su luz y amargo
pensamiento.

Así llegaba la aurora con sus flores
y leches
y el rubí con sus nueve corazones
y la piedra Ágata y la luna
con todos sus tesoros
Pobre de ti que ves el viaje de tu muerte
desde esa silla negra
El tiempo sentado en sus faldones repletos
de montañas y pájaros
pregunta
¿Quién eres?
El Primer Ciudadano de América —respondes

Consoladora —Sé prudente
Amor mío Sé Prudente
Así dijo al montar y partir
su última cabalgata
porque ya el año lo arrastraba

América Mi estrella Mayor
Continente de Alma de pájaro
Tus ríos Perla Terrosa y Yerbabuena
Tus caminos Mitad cielo
y sepulcro
Yo me fui saltando de columna a piedra
y tejas deshechas
donde los gritos me llamaban
El suelo ardía en los cuerpos y el aire se quejaba
Ay Jueves Santo
mañana me verán tus ataúdes perversos
—Bésame Consoladora
 Quiero escuchar de nuevo
 que soy
 el único del Mundo
 Vuelve a decirlo y Bésame
 Vierte sobre mí el agua
 y el sabor de la Noche
 y la vida

Asolados Territorios Socha Socha
Pequeño Pueblo
Nos diste Pan
y nos vestimos tus enaguas
Y los vientos que mordían nuestro alrededor
preguntaban
—¿Alto Quién Vive?
La Patria
Ya le estarán pegando fuego a tu casa
Ahora le estarán pegando fuego a tu casa
tu casa En tu ciudad

Ah mi querido tío Quién más que Usted lo sabe

Ya Caracas no existe

No existe la ciudad de mi Infancia

Sueño

Sueño Olvidado y Péfido

Déjame revolver esos árboles que chillan odio

y Muerte

Es fuerte el Sol del Magdalena

y brilla en mis cubiertos de Oro y Plata

Capitán

aparte su humo Eche a un lado ese olor a tabaco

Me estorba el frío y el habla fuerte

Y Tú

Ayúdame por el jardín

en el asiento muelle

quiero ver

la puesta de sol

el amable verdor, los húmedos

balcones.

Alegres provincias
Un homenaje a Humboldt

(1988)

El Arquetipo

—(*Encontrarse con el poema*)—

Es una tarde ligeramente calurosa. Hojeo un volumen del *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* de Alejandro de Humboldt. Mi lectura se ha convertido en un pasaje de geografías distantes: el relator-viajero va cruzando un claro en la llanura y a lo lejos, sobre palmeras que parecen barcos en la mar densa y verde una manada de araguatos comienza a chillar. Me siento fascinado por el tono de melancolía que envuelve el paisaje; el texto me parece profundamente doloroso y yo mismo inmerso en aquellos largos y quejumbrosos estallidos, siento crecer en mí una afilada onda que al ampliarse va trascendiendo tiempos y lugares hasta ubicarme infinitamente en el paisaje agreste donde aquellos viajeros con sus bestias y su bagaje de cristales iluminan la llanura espectral (los alaridos distantes cruzan el resplandor). Al lograr sacudirme de esta repentina ilusión, por igual grata y dolorosa, escribo algunas líneas bucólicas de sabor ácido y pasadas de moda y el poema comienza a darme vueltas, mostrándose incisivo y a la vez generoso en expectativas carentes de alguna precisión. El Arquetipo ha comenzado, se ha fijado en mí una forma que desconozco y que me será por demás difícil de asumir: él solo emprenderá su camino, y por mi parte me siento ya en la disposición de adelantarle, vigilarlo, dejarlo crecer, todo sin que sienta la necesidad ni la razón para tocarlo y modelarlo; me dedico sí, a explorar formas paralelas: las frases de los textos exquisitamente trabajados por un reconocido lingüista, los términos que con frecuencia referidos tan precisa y técnicamente a un campo objetivo, saben sin embargo a desafío creador, a esfuerzo de metáfora en la construcción de un idioma hermoso y claro, donde el esplendor es el resultado del ajuste de la frase y el término. Así al poco tiempo ya estoy inmerso en una

lectura que me gana al esfuerzo de visualizar —como en un film— los paisajes que se abren ante mí, los vocablos de sonoridad amplia y segura, las imágenes que el relator va sembrando con emoción translúcida. Copio, modifico, doy un toque a los textos que apunto en cuadernos boscosos donde voy soñando y donde el poema pareciera esconderse esquivándome y abriendo para mí falsas ventanas, son versos borrosos e informes, tan simples que apenas dibujan un reseco esqueleto, un rosario de semillas entecas. A medida que el organismo apaciguado de sombras, rocas, animales, cielos, aguas, personajes insólitos, se va realizando conmigo de trasfondo, voy asegurando mi escritura pero sin que en modo alguno aparezca en ella un rasgo definido y preciso, sino que el todo marcha por su cuenta, lento y sinuoso y sin que por otra parte mis textos aparenten rozar su distante arquitectura. Con el tiempo me acostumbro a vivir en compañía de ese objeto viviente que es a veces nuboso y otras asume el cuerpo esquivo de una corriente secreta. De todas maneras lleno cuadernos con la terminología geográfica y me repito la visión de animales que son ya sombras imprecisas, manchas de un tiempo perdido y un espacio definitivamente devorado. Casi me olvido de esa reverencia oculta y me confundo con la escritura que me rodea a la que atribuyo captaciones y virtudes que de verdad no existen. Así pasa el tiempo. Pasa un año, dos, me olvido a veces de mi proyecto, me entretengo en otras exploraciones, leo en los sueños papeles desteñidos que dicen frases deslumbrantes y oraciones mágicas y que, estando despierto, se resuelven en un sentimiento de nostalgia y melancolía. Un día me doy a escribir al elogio de unos ríos dulces y risueños que cruzan el verdor donde vivo. Las geografías del relator-viajero, su visión de la lluvia, los árboles, su perpleja y a la vez penetrante observación del cielo corren ocultas y veo los tonos grises dispersos y olvidados, inmóviles como en asecho o tal vez como en la inocencia de la muerte. Tiempo después, de viaje en una lejana ciudad me encuentro a las puertas de

un gran museo. Un monumento terriblemente conmovedor le sirve de anteportal iluminando las formas de animales y follajes que ilustran su sobria arquitectura, de más de un siglo. Es el fósil de un tronco de trescientos millones de años incongruente y sordo en su piedra misteriosa; entro y al recorrer las salas llenas de cristales, aerolitos, maderas desconocidas y minerales de toda índole, siento otra vez el despertar de aquellos chillidos en las palmeras distantes, y los ojos del viajero incansable, escrutadores de todo espacio y de todo límite, abriéndose paso en la inteligencia y, en el mundo como una barrena delicada y radiante, despiertan en mí soles de otras épocas, y así la voz profunda regresa, golpeándome con un sonido nuevo y vigoroso.

Un día, al comparar los versos más recientes con los que originalmente parodiaban el discurrir más hondo del Arquetipo, encuentro que ambos se hallan en perfecta intimidad, y que en medio de ellos, los textos de los libros consultados y leídos con fiebre, ajustan un cuadro armonioso. Diría que el poema ha madurado después de crear en mí un discurrir y un ámbito propios que ahora en él se hacen vívidos y presentes, clarificando su propia naturaleza y en forma tal que, aliado al trabajo que laboriosamente yo había venido elaborando, se instala en la conciencia asentando sus requerimientos, orientando los términos y formas que lo completan; y así como antes eligió, por ejemplo habitar el personaje relator, es decir, mi desdoblamiento en su aventura y su emoción, ahora imponía que textos aparentemente inconexos se realizaran en un conjunto ajustado espontáneamente por sus propias leyes, y aún que, ciertas observaciones y pasajes aparentemente ajenos pero consustanciales a su espíritu asumiesen un espacio único, específico que lo dotaría de una estructura y una prestancia inconfundibles. En los últimos ejercicios yo había recuperado el ímpetu inicial y en esta nueva etapa del texto el círculo parecía cerrarse (si bien en mi necesidad con exasperante lentitud) pero lo escrito se repetía y solo en contadas ocasiones acertaba

a iluminar un rumbo que felizmente aparecía como seguro. De todas maneras cuando se me antojaba ya definitivo, él mismo, asumiendo una intuición ineludible y firme iluminaba espacios donde se hacía necesario un ajuste, un texto nuevo, la eliminatoria de un pasaje. Un día al abordar a la hora acostumbrada el más reciente manojito de textos — producto de pasar y repasar todo el trabajo con paciencia medieval—, una, dos correcciones y el agregado de un conjunto de frases solitarias hicieron vibrar, en la última página, esa aura que se había formado en secreto alrededor de las hojas medio torcidas y agobiadas de tachaduras, y en ese ligero chasquido —¿imaginario, real?— pero definitivo me hizo comprender que el camino había terminado; uno, dos, tres brevísimos trazos y ya, para siempre, sería ocioso e inútil volver a revisar los exhaustos papeles.

* * *

Un pequeño barco viaja hacia América. Entre todos los barcos grandes y pequeños este barco lleva un Dragón. El Dragón se pasea por la cubierta entre los peces voladores: con un termómetro de plata sondea la fiebre marina, con sus largos ojos de serpiente trabaja la noche. El soñador, el Dragón va en busca del mundo. Es un pequeño barco en viaje hacia América pero solo él entre todos lleva un Dragón.

Ser Dragón supone tener demasiados sueños; sueños qué reconocer, qué bordar en alguna selva, algún océano, alguna tempestad... Las temperaturas del agua le descubren un torbellino y una fuente que recorre jardines marinos y crestas de cordilleras hace mucho tiempo fundidas en coral.

¡Tasar el mar!

Sondear como si se tuviera largos, muy largos brazos con uñas fantásticas que se desprenden y se sumergen hondo, tan hondo que no llegan nunca. Son sus corrientes, sus corrientes frías que descienden hacia la leche azul dorada de los trópicos, sus corrientes cálidas que horadan el agua sedientas de frío.

Pero volvamos con el pequeño barco: tiene fiebre y pierde su derrotero... como se sabe la muerte respeta a los Dragones... entonces el pequeño navío se vuelve hacia una tierra nueva donde Yo el Dragón partiré al encuentro del mundo.

Y me esperan allí todos sus ríos, todas sus piedras, todos sus halcones.

Puesto enfrente del mundo escarbaría duro en esa floja tierra donde una flor se estira hacia el sol

y tal vez si pudiera hacerme un camino nuevo, un camino fresco y apasionado

“El hombre ha de querer lo bueno y lo grande, lo demás depende del destino” —me repetía en mis primeras noches de navegación al registrar paciente las brillantes y maravillosas constelaciones.

Me encontraba hambriento de un espacio donde extenderme y apenas llegado a estas tierras el mundo se hizo cristalino y abrió su capullo.

Mi juventud había prendido su astro y era ya el cuervo joven, curioso y sombrío.

Una sal erosionada y densa golpeaba el agua y la espesaba con caldos de oxígeno.

* * *

Cantaré húmedo de flores llenándome de tierra nueva y lavando mi alma en pueblos mestizos.

Me negaba a aceptar que el mundo tuviera tales árboles, que el cielo detuviera todo el tiempo esa luz de permanente mediodía.

Y me empeñaba en convencerme de que todo no era más que una fábula, otra fe que me seguía para decirme.

—Alégrate, has nacido de nuevo...

Y parecía entender que en adelante dondequiera llegase, desde mí, alrededor de mí, alguien, algo diría:

—Bienvenido a casa, estás en casa, has llegado a casa.

* * *

Abriéndose desde el fulgor marino aparecía el concierto de una extraña familia: la madre estaba sentada con sus hijos sobre ramas de coral, el padre, en esa raza que conserva la juventud hasta muy largos años, se confundían con sus hijos más altos, y todos comían de viandas vegetales raramente pausados y envueltos en una tenue claridad.

* * *

Ciertos libros de viaje imprimieron en mí este amor por la tierra y el ensueño de su vasto hogar.

¿Pero fue acaso en Gotinga, luego del tiempo inglés cuando se despertara mi pasión botánica...?

¿Fue allí donde aprendí sobre las plantas milagrosas...?

Y las amorosas familias vegetales que se saludan de costa a costa desde Malabar hasta Recife...

En cuanto a mi especial amor por las palmeras

¿no son acaso las más numerosas, ricas, útiles, diversas de todos los climas? Ya se tenga al frente un Sahara, o selva, o pampa bien que salude uno al océano o un humilde arroyo estarán allí sus altos, maravillosos cuellos batiéndose
[y gritando.

Llovía largamente y de la remoción del cielo y el diluvio los rayos herían las fuentes de chorros lechosos que se disparaban en imposibles rocas color de flamingo.

* * *

Ásperas sensaciones hieren mi cerebro despertándome gritos y lejanas pesadumbres:

Esperaré oculto en alguna serpiente al pequeño mono que gusta la miel.

Mi recompensa estas flores salvajes grandes como un puño estas flores monstruosas,

y estos follajes que parecen absorber más que el sol todo el cielo.

Había despertado delante de este mar, un mar de brazos volcánicos, y en el agua roja y borbotante vi las colonias vivas que pintaban las piedras en esmeralda y huecos de fuego.

* * *

De las plantas del valle de Caripe.

El Caladio Arbóreo que siempre está nublado

La Micrania Unicrania, contraveneno como el Guaco del Chocó

La Bauhinia Guarapa que arroja sus ramas y las bate estrepitosa

La Veismania Glabra de cápsulas crocantes que deja largo tiempo un sabor a naranja

Y la Dorstenia de Hourstoni que se abre a la respiración como un campo de mentas

Otras eran

La Gran Flor Cranoliaria tan blanca que enceguece

Y la Manetia de Caripe, nervadura exquisita, su hoja pareciera encerrar mapas fantásticos.

—Sube —me gritan los pájaros y las violentas ramas que se columpian en la altura.

—Sube —dice el buitre.

Comienzo a levantarme de entre mis amigos y baquianos que abren la trocha en esa alfombra oscura

Como el viento escribe en los taludes y los viejos muros escribían las hepáticas y líquenes en sus huertos de piedra

* * *

Animales, árboles y rocas se iluminan en una boca nueva
Raíces y troncos agobiados de sus parásitas
y la misma tierra afanosamente disputada van alumbrando
aguafuertes de miedo, lecturas de algún santo, delicadas plantas
del invernadero de Schönbrunn
y al percibir un espacio más libre
revuelo sin peso y se apodera de mi alma
“una tristeza que no carece de dulzura”

Y el alcaraván marino escribía en la arena con el rasgueo
de hojas secas y el paso de lagartijas y serpientes
y escribió ceñudo el color espectral de la grieta y el vaho de humus y
podre
y trazó con el borde serrado de una hoja
el espinazo de peces muertos
Y sobre la gracia de una palmera hizo rodar grillos fosforescentes y
su escritura corrió por la rugosidad del cuero y las placas costradas del
cocodrilo

Escribió a través de los pájaros perchados a distancia y el canto de las ballenas azules y el retozo de los delfines

Escribió en el cactus como en las Bauhinias, en la parásita como en el leopardo

y escribió la primera respiración del recién llegado y el “ay” del que se ausenta.

* * *

La Nueva Andalucía / en sus lugares húmedos duermen las cabañas / sus lechos naufragan por las huebras cultivadas de papaya y maíz // Orillamos el río / a la sombra del árbol del pan / pero no éramos más que huéspedes pasajeros / huéspedes en la tierra de errancias / Y solo las plantas / sus inmensas alfombras entre gigantes / dominaban / pues las gramíneas trepan y se elevan en bandadas / jolgoriando por el oscuro viento.

Remontamos las aguas del Manzanares /, sus copas de arrayanes / y antes que el disco tocase su horizonte / la cordillera se encumbraba /. Y más lejos al tiempo de dos leguas / el mar había rozado la explanada y sembraba tunas y dictamos / en su rijosa lámina / Al mediodía nos sorprendió la tierra con su ropaje de tormentosos árboles / Asustaba su negra corteza / en el deslumbrante verdor de hojas del tamaño de un asno / y sus raíces gozaban de parajes oscuros donde sorbían y se embriagaban /. Alcanzamos sus alturas azules / por el estrecho sendero / Y el agua que roía sus piedras bajaba estrepitosa.

* * *

La Nueva Andalucía de nombre casi desconocido

Ya veríamos las grandes boas guaynas con su aguijón bajo la cola / y nos hundiríamos en su mina de grasa / /. Y en el comienzo de la luz tendríamos el ronco sonido de las aves nocturnas / —Gallinas con pico de chotacabras y cabeza de cerdas crudas /. Ya se embriagaría el corazón /. Cantos del viejo musgo y el helecho en los torrentes / entre esos anillos que trazan mariposas de grandes alas / mariposas que llaman Ninfales / llevándose los ojos hasta prodigiosas alturas.

* * *

La estación de las lluvias estaba ya firme / Y su gruesa falena recordaba al anciano religioso / sus añoradas tierras de Aragón / Sí. / Entre aquellas selvas asperjadas de granizo y tensas de calor / en el vaho mismo de sus inundaciones /.

Se veían en las sabanas húmedas / los saquillos de seda silvestre / balanceando en las ramas su hermosísimo brillo

—Deja —digo a mi corazón

Deja que esos piachis —Deja que esos brujos de indios / persigan la resina del Cunucái en la selva espesa y traicionera

—Deja el aroma de las hojas del Tuorco y al Cinamomo del Tocuyo / embalsamar las ardientes bebidas.

¿Es cierto o lo he soñado? Me parece saber que pintó Ud. una ciudad del cielo oscuro, una ciudad donde Usted mismo va de un lado a otro en sombras, luces, a relámpagos...

(Carta de María Eleonora Godefroid — 1812)

* * *

La ciudad sombreaba una pendiente / el sol se abrigaba de luz pálida / y rojizas volutas / alentaban su porfía

Mujeres de larga cabellera, como mi madre / se peinaban a lo lejos.

Me encuentro en un extraño palco / en un teatro improvisado

—“Un teatro donde el firmamento es la metáfora” /

Y crece allí la imagen del Edén / cuatro sonoros ríos / música de naranjos azules y apretados nísperos / la primavera de los pequeños valles.

Más a poco el rocío se hace niebla / y ya en el mediodía vuelan cúmulos grises /

—“Sí —quejábanse los valetanos— / Todas las estaciones en un día / Todas las estaciones con su delicia y su inclemencia / —” Otras veces las rozas aventaban vastos abrasamientos / y al día siguiente la ciudad demoraba en el humo

La ciudad de casas espaciosas... / La ciudad de costumbres joviales...

—Qué dibujo tan extraño / pareciera la fatiga de un cazador

* * *

Recordé con nostalgia una ciudad pequeña separada del mar por una montaña. Yo mismo descendía el tortuoso camino a lomo de mula y acompañado de unos desconocidos. La caravana transitaba sobre piedras, arriba de casas y haciendas en desorden y a la vista de riachuelos ásperos y salvajes. En cierta altura opresiva, frente a una iglesia, me instalaría cómodo, ordenando mis delicados instrumentos. Más tarde disfruté días apacibles y recorrí la novedad de calles claras, despejadas, en un gran palanquín. Me extasiaba en la contemplación de aquellos edificios pálidos, altos de demasía y las casas levantadas muy por encima de las calles abrían a mis ojos grandes ramos de hibiscos. Estuve largas horas en la umbría de boscajes siniestros que amparaban el secreto de alguna corriente, herborizando esas especies alocadas en la furia de sus largos estambres, en sus tirsos de cuatrocientas purpurinas. Y llegada la noche, frente a una mesa agobiada de ramas, distendía en el papel ceroso la magia de aquellos cuerpos vegetales, y horas más tarde en la madrugada, cuando soplabá aquel frío recogido y molesto me hundía en la coloración de mi vasta pintura como en medio de un gran jade volcánico y el firmamento y las deslumbrantes divagaciones celestes reasumían mi vigilia (Cómo no echar de menos las constelaciones australes —radiantes, misteriosas— “Y tan espléndidas como nuestro Orión”). Y me veía inclinado sobre un espacio inmenso perfeccionando un mapa fantástico, exquisitamente precioso, usando de compás una espada blanca que orillaba el alba y el atardecer...

Mi señora, mi amiga

Dichosa usted que tiene en su cerebro esas leyendas de fulgor, que esconde en lo profundo de sus ojos el aroma del fuego,... disfruta silencios como el fondo marino...

(Carta a María Eleonora Godefroid — 1812)

* * *

Imaginé al flotar sobre los grandes riscos mi primera muerte, aquel triste naufragio en Orán*.

Y desechando esa tristeza al aspirar la última tarde advertí en el ámbito de opresivas vegetaciones la razón de mi melancolía: eran estas fuerzas en acecho que descendían tensas y oscuras a despertar mi muerte. Volví la vista y al encontrarme sobre la dorada marina me vi de nuevo frente a aquellos lejanos y risueños jardines, mis adoradas islas**. Y me volví a sentir a la sombra de floridos naranjos que a punto de zarpar me anunciaban un mundo nuevo y encantado. Y ¡Alegría! de repente advierto a mi alrededor aquella corriente en pleno mar sacudiéndome y levantando en torno mío turbiones de peces... Anohecía, los cargadores que habían traído el agua y los delicados instrumentos conversaban. Luces dispersas tocaban de magia la escondida ciudad.

* Ascenso a la Silla de Caracas

** Canarias

A pesar de las montañas y los mares, y más alta y más profunda que todas ellas... en la evocación de una naturaleza asombrosamente viva... a pesar de los cien mil fenómenos e imágenes que ocupan mis sentidos... lo nuevo tornándose más y más

familiar y lo desconocido asaltando mis desamparados recuerdos... en los bosques del Amazonas, sobre los contrafuertes de los Andes... un soplo único en el dilatado pecho del hombre, en las piedras, sobre las alas de las plantas...

(A Karoline von Wolzogen)

* * *

Vi al viajero recostado en una oscura silla y a las bestias del bagaje aliviadas

 y en el sendero del manantial
 pequeños cortijos, pulperías y hostalejos...

Acodados en un sórdido espacio los mulateros encontraban su aguardiente de guarapo.

Oloroso a canela y oloroso a duraznos.

“Por las verdes planicies descanso desnudo y me baño en estrechos ríos

 y al pasar navego en los poblados y voy lejano en una voz en algún ruido”

Los cosechadores de membrillo se pierden en regiones de humo.

* * *

* * *

En el sur las estepas levantaban miríadas de vacunos sin patas hacia
extraños castillos
las poblaciones demoraban sobre lagos fantasmas
y enjutas quebradas venteaban su desgana por los ardientes aledaños.

Al verdor del claro y noble trigo
abril y mayo regalaban un grano grueso con ventaja.

Abrí los ojos, me encontré en pleno cielo: Un azul bajaba del paraíso
a vestir cuanto de oscuro había en nuestro universo.

* * *

En el poblado más lejano del mundo
contemplé sobre un paño roñoso
la imagen del Gran Elector
y después, al conjuro de su linterna mágica
la fortaleza de las Tullerías y un incendio en la iglesia de Tours

Hay sabios aquí enterrados en una capa de óxido, y aún así afortunados
y geniales como para proveerse de sus rayos sin acudir a Volta.

Venero aquel vivo prodigio rodeado de familias de negros “Cuanto
atañe a la leche se asocia con el seno de mi madre”
Era el árbol del Vaco
El Árbol del Palo de la Vaca que los esclavos reconocían hambrientos.

—Por estos tiempos se los ve gordos y lozanos —decía el mayordomo
refiriéndose a los pobres que mojaban su pan de casabe y sorbían con
gula.

Entre pequeñas flores de lecho espinoso el amor echó a volar en dirección a muchos sitios, con alas quitinosas y alas de membranas y cálidas plumas de seda

* * *

Se levanta la constelación del Navío

ascienden las nebulosidades fosforescentes de Magallanes...

Escribo hacia el fondo de una arboleda, las piedras siguiendo una luz misteriosa, el río bordeando largas sombras.

“Es una planta de drago —son unas palmeras que alumbran sobre ruinas— Donde fuimos más antiguos que toda sombra y nos alimentamos del cielo...

nuestros caminos eran sueños sin final, galerías cerradas

—Yo las fauces de un saurio

—Tú el centelleo de una lámpara”.

La luz del valle seca y radiante escribía que una estrella estaba por nacer.

Yo vigilaba al aire libre un planeta

y el sueño de un niño despertaba en el espasmo de un gran río.

Madre, me habías retenido en tu regazo, en tu dorado huerto para que después de su miel me entregara hasta disolverme en el mundo, su vasto océano de todos los ensueños, todos los jardines, todos los encuentros.

Respiré en las altas cañas
emplumadas, en las altas espigas de seda
una lagartija se perdía en el raído verdor, pájaros distantes
perchaban su elevada rama.

* * *

Volviendo de las sombras se alumbró la llanura
y despertó sus toros y caballos y mulas salvajes,
igual la manada de corzos maticanes
se juntaban en su orgullo de soledades...
Y la ilusión apareció
y en el instante de la mudanza
sobre lagos fantasmas
el aire hizo sus torres y desaparecieron
porque no eran sino falsos navíos,
terromonteros y embellecidas magias

Las mulas cargadas de avíos y equipajes de cristal
cruzaban el mundo bajo un cielo de aullidos
y erraba todo el tiempo como un tañido de campanas.
Pero también hay el silencio en los viejos cauces
y vive allí una muerte sola entre pantanos.
Entonces un caserío viejo va brotando de algún pastizal,
un sonido de peltres se va cortando por los aires
y hay una puerta oscura por donde asoma un buitres.

El festín de ayer continuaba, saludé al río, al silencio que emanaba de sus brumas. Era yo esa suerte de humo extinguiéndose, era yo un calor denso y expectante.

* * *

Hay algo triste y lúgubre en la visión de esas estepas
la tierra como un mar cubierto de sargazos
el viento quieto a la altura de las mulas
y el calor sofocante abrasado de arena.
Pequeños torbellinos se batían al ras
y como si fuéramos en chalupa
el mar alzaba su horizonte
y las llanuras ascendían.
Se veían sobre los bancos de vapor
esas palmeras como barcos
y percibíamos el acecho de peligros y fatigas.
Apuraban los baquianos
y al voltear advertíamos los rezagados con las bestias
del bagaje.
Por entonces la nubecilla que volaba al Zenith
anunciaba las lluvias.

De repente vuelan terrones y en medio de la cabaña y bajo los asientos
de mis asustados amigos
feroces cocodrilos rompen su negro esparto, se arrojan sobre un perro,
lo yerran en su impetuosidad
y corren en un baile frenético.
Han dormido por meses y ya en el agua y río abajo desaparecen.
Ojeaba un libro ardiente
Padecía un canto
“Los músicos derivan de alguna serpiente excelentes cuerdas para sus
guitarras

y los cazadores revuelven con sus lanzas las aguas lodosas”

Durante el día era yo un vuelo de mirada vertical

espiando las manchas en la luz

y después, entrada ya la noche

me dejaba llevar del firmamento.

Miraba en los espejos de agua falsa

ciudades errantes viciadas de vapor.

Ojeaba un libro ardiente:

“Sí, algo triste y lúgubre...

la desolación, la indefensión”

Quando el espíritu y el cielo se tienden uno al otro la sangre y los sueños encuentran su propia realidad. Es una música severa, inaudible y secreta que nos aparta de entre todo lo viviente y nos revela nuestro ser.

* * *

Tostados de ese viento de arena que abrasa mucho más que el sol
Hombres calmos.
Ordenaban las pasturas.

Deja que se encabriten las mulas
Deja sus narices otear la humedad
Deja los caballos revolver sus rebaños
allá lejos donde la palmera y las charcas celebran su pereza.

Sin huellas de sendero por las desiertas sabanas.
Hacemos nuestro viaje nocturno
este camino infestado de ladrones...

Hacia la tarde los hipocondríacos, tristes y severos araguatos
se dieron las manos
y cantaron su lábil monodia:
De sus gargantas por donde el aire pasa en una sola percusión,
por esos tubos cónicos
cruza el pájaro y deja su impresión
luto, melancolía

un irreparable golpe de cuchillo...
La nostalgia dura entonces una semana, quizá dos,
hay a quienes desfigura para siempre.

Nos acompaña ese jinete comerciante calzado con espuelas de plata
—Dos mil doscientos pesos por mil caballos
Mil caballos al paso por los terrenos abrasados
Un muleto joven de dos años Un peso
Un cuero de res secado al sol Dos y medio reales de plata.

He visto árboles de familia seca y gris
pero nunca como esa palmera de cobija
áspera y dura que no le entra hacha ni clavo,
su figura de abanico esparce hasta sus pies
flores insensibles y tristes.
Y más al sur reinan
El Aifán Píritu y el Árbol Murichi de la Vida
el que es victum y amictum:
harina y vino, esparaveles y vestidos,
delicioso saborcillo a manzana.
Sacan de ella un licor refrescante,
y en el tiempo de la mayor sequía
sobre sus hojas relucientes
los araguatos se reúnen.

Camino en bosques nuevos y voy a ras del cielo siguiendo el perfil de
muros sin fin.

* * *

Por el viento del sur rodaba una tronada
 —Diez pesos por la lancha
 cuatro reales para el piloto
 dos reales para cada boga indio...
 Río Apure otoñal
 la embarcación cubierta de palmeras y cueros
 las selvas avaras de leña
 la tierra gozosa de espátulas rosadas.
 Entre los setos de cedrela grandes bestias costeaban
 y al remontar un cielo oscuro
 —“El Señor nos conceda una noche tranquila y el descanso”
 —murmuró el religioso que nos acompañaba a Río Negro.

Me entretenía leyendo textos de pájaros “sus plumas podrían confundirse con diminutas espadas”, o “... abren las alas al atardecer fingiendo miradas tenebrosas”, al igual que “...el pico de los buscadores de insectos, el pico del Red billed, el insectívoro de larga cola afuegada que habita el Orinoco, o el mismo de pico más largo que gorgojea en Guatemala y los Andes en espesas selvas lluviosas...”

(De “Rasgos y costumbres de pájaros”, por el Rvdo. P. Aguinaga).

* * *

Por un país jamás pronunciado
a la luz de oscuras plantas
por tierras como de tiendas de palmeras.
Vivaqueamos frente al fuego y sobre cueros
Herborizamos en las rocas
pero solo encontramos un viejo tronco
cubierto de iguanas y salamanquesas.

Boguemos pues donde jamás penetra el sol.
Voy dolido en el fondo de una barcaza
escucho entre las hojas y raíces largas exclamaciones.
Mi querido Wilhem... mi querido hermano
“es una planta de drago, unas palmeras que alumbran ruinas hondas”

Esta es la historia de las migraciones, la historia de la esperma, del óvulo, la historia de la noche alumbrada y la que está por abrirse, la historia del comienzo y del fin... Mi pensamiento sabe presentir esa historia, mi sentimiento sabe más allá, mi corazón la dice a veces, pero hace tiempo que he perdido sus claves.

* * *

Me encontraba en la maraña de una inmensa tierra avenada de corrientes. Las madres de aguas habían rodado de la escarpa con gran ruido y sonaban todavía. Aquí y allá miraba unas colinas emergiendo en la lluvia con sus penachos remojados que los zamuros bajaban a espiar. Iban muchas canoas y lanchones y no se distinguía el río propiamente sino una línea de aguas. Los hombres andaban atareados sobre los grandes saurios espantando aquellos carniceros asesinos, ya a la vista, ya secretos bajo la nata del lodo. Se levantaban a lo lejos navíos considerables palanqueados de indios semidesnudos, gente de rostro más bien triste. Y se podían apreciar los caseríos como otros tantos puertos enchumbados en el horizonte que estremecían el relámpago y tronada. Era un oscuro mapa que llevaba plumas y boras en el vientre de sus embarcaciones, y sus caminos estaban marcados al azar sobre un verde sombrío.

* * *

Se arrastraban las embarcaciones por el valle de Keri

Del Taparo hasta el río Cameji / aguas demasiado altas, superficies como espejos. /

Y en las húmedas y blancas mañanas / un aire muerto.

*Sur de Atures, quietudes perpetuas. / Corre allí el vallejo con su iglesia
y las montañas se repliegan.*

Quituna / Maïpures / estruendo y diques peñascosos

Purimarimi. / Marimi y Salto de la Sardina

allí escuché las sílabas del NO y el ÑU que designan el cuerpo

*la estrella URRUPU / y la cabeza NUCHIBUCCU / y el cielo y el trueno
que se dice ENÓ*

y madre que se pronuncia INA...

*Y más adelante sus brazos se coronan de la palma Vadyay / y entre ello el
cabezo llamado Keri*

*reluce desde lejos / —Es —dicen— la luna llena / la luna blanca de
cuarzos.*

* * *

A lo largo caminaban hasta desaparecer algunos pobres religiosos doblegados del aire, y lentas garzas florecían un rosa extraño y torpe sobre las ramazones. En cuanto a los ganados flotaban y se arracimaban en claros y desnivelados sobre este mar de frío y en la pequeña ciudad sobre aquel río torvo y amenazador sacerdotes y acólitos se afanaban en colocar troncos y pesados fardos previniéndose de la crecida.

* * *

Camosi / Keri / el joven indio maco tenía aires de lluvia / cuidaba su casa / cuidaba su aseo / sabía desterrar el comején y la langosta // Pero en el festín las mujeres tristemente excluidas / tan solo se ocupaban en servir / mientras los hombres saboreaban el mono asado / vestidos de marima / esos trajes que se encuentran ya hechos sobre los árboles.

Los cazadores elogiaban la ligereza de su cerbatana / su exactitud y pulidez como arma de fuego. / Pero son ellas, las mujeres / las que purifican la arcilla / las que lavan y conforman a mano los grandes vasos. / Allá están, atareadas con su fuego de chamarasca.

* * *

Las palmeras escribían por el aire “Selvas sobre selvas”
y el cielo y las palas de los remos repetían “Selvas sobre selvas”.
Lejanías pétreas se vestían de castillos, torres y silencios
y un mar de espumas agitaba sus vapores.
Remaron los indios cerca de doce horas, sin interrupción
se despedían las hojas entre las peñas
y saltaba en la jaula el gallito de las rocas.
Bien entrada la noche buscábamos el cielo en los follajes
y el fuego se quebraba lamiendo enormes piedras.

Acabo de ver las tormentas...

* * *

Es un mapa lluvioso: agua, viento y un espacio de pastos y melancolía. Un territorio casi nocturno con arboledas que baten sombras. En ocasiones pueden verse unas como calzadas por donde pasan más allá de este tiempo ciertos pueblos errantes. Y al mirar en busca de un color radiante —un estallido de combustible, por ejemplo— aparece insistente la esmeralda luctuosa y debo ir sondeando el agua que levanta peligrosos troncos desde el limo. Despierto a medianoche y encuentro en mi rostro, bajo el sonido quejumbroso de animales ocultos, esa mano lenta y secreta: el fulgor de la Cruz del Sur.

* * *

Acabo de ver las tormentas / postrado de fiebre me asalta el aliento de negras cordilleras. / Los relámpagos elevan enseñadas de espuma. / Sueño contigo mi dulce embarazada / pero de las grietas y los troncos brotan lentas culebras. / La fiebre abraza mi cerebro y tú me ofreces jugo fresco. / Arrastro en mis ojos un verde temeroso / moriré hoy con la noche a mi alrededor / una noche fría / tan fría que jamás estrella alguna podría acercársele. / Al embarcarme ayer pensaba

—un viajero de lluvias

un viajero en busca de los últimos ríos

Y vi los rostros ocultarse / el aire oscuro / los ojos del tigre contra el temporal

Vamos en un toldo calenturiento. Un árbol cargado de monos y pájaros a rastras en el agua.

Los indios gritan una canción lenta y sin gracia, y en la mirada honda y desolada los simios reclaman su selva.

—Niño, el que yo fui, mira que el mundo tiene ventanas ásperas. Tus ríos centelleaban por tierras risueñas y sus barcazas levitaban. ¡Ah, las tierras de este viaje esparcen ese olor de fruta sombría y el largo de su olvido vuela en nuestros suspiros!

Con sus dos alas vivas el agua: “No llegas, no has llegado —dice— Pero Yo sé que llegarás”. Borracha, entumecida el agua “No llegas, No has llegado —dice— Pero Yo sé que llegarás”. Y desde arriba y todas partes —“No llegas, No has llegado —dicen— Pero Yo sé que llegarás”.

—Tú, niño, fuiste el soldado cabalgando y muriendo, pero el hombre en mí se ha resuelto en el agua y mis queridas plantas y cristales me rodean como otras tantas fortalezas. Tengo fiebre y el agua lodosa tiene fiebre. Los libros sueñan en sus cajas y los instrumentos con sus líquidos y tabulaciones descansan. El cielo es muy alto y las estrellas y ciertas flores de corolas metálicas se confunden. La lluvia arrecia a veces para irse en secreto, no muy lejos, nunca muy lejos, oculta en las riberas.

Hogar: esta palabra me refiere a un aroma primero, a una oscuridad desde donde mi espíritu expande una ola de luz abriéndose en principio a la tierra, luego a los océanos, siempre a la eternidad.

Pequeña canoa para las aguas del Tuamini / del caño Pimichín / para el
Yavita y el Río Negro

Pequeña canoa entre sus cataratas /

—En noviembre y diciembre hay brisa fresca y es fuerte la corriente
/ aunque los misioneros prefieren viajar en abril / por la cosecha de
tortugas. / Entonces el río va medio lleno y se goza la brisa / y se sube
perdonado de los mosquitos.

Pero es de la boca del Zama, de los espejos del Mataveni, el Temi y el
Guainía / de donde brota ese color oscuro de café / verdinegro y de
gavilla tierna. / Y el viento al soplar / verdea, se ennoblece, huele a zar-
zaparrilla / y destila sus astros.

Otras vidas sí...

la iguana de un glauco radiante escamotea con su lengua una mariposa
cálida y secreta... cúpulas de un verde viejo y sombrío se pierden en las
aguas

Decía el viejo

—Si me dieran a beber de tres o cuatro grandes ríos sabría al
beberlas

donde fueron cogidas sus aguas.

Los misioneros hablaban de la expedición de Iturriaga

—Muy lejos, por aquellas selvas llevaba su ganado Iturriaga

Y al seguir conversando se quejaban de las tercianas

—No hace mucho tengo también mi calenturita

La luz de los planetas se había vuelto singularmente desvaída
y el salvaje Orinoco nos parecía tan astroso.

Boguemos pues donde jamás penetra el sol

Un río es el pasaje donde se han desvanecido todos los muertos
donde se alumbran todos los nacidos.

Aprende su habla terca
sus palabras entre dientes.

Los indios permanecían remando en la piragua
fatigándonos con sus gritos

La sonaja inmensa del agua daba vueltas
extendiendo su estallido de insectos.

Y sentí que era posible integrar
las grandes alegrías, las grandes fiestas, los inmensos desastres.

¡Dichoso cauce cómo se veía suspendido en aquella
Babel hirsuta!

Ternura, no te escondas, despierta en el pájaro oculto, en el asombro de la flor, en el golpear sin fin de ese astro que huye. Toca el cristal desconocido y llega a lo profundo, hasta el niño que fui, hasta el niño que habito.

* * *

—“Subirá Ud. por el Atabapo y luego por el Temi y en fin por el Tuamini
y cuando las fuerzas de aguas negras les impidan avanzar serán llevados por la selva ”

Tal vez si al remontar más lejos encontremos esa corriente
lado a lado aguas de turbera
y el perfil aromado de sarrapia y tolú.

“Cuando no existan más caminos que ríos tortuosos
Cuando encuentres las pequeñas aldeas ocultas en tupidas selvas
Cuando no puedas ver cerros ni montañas
ni saber en qué punto te encuentras
Busca en el cielo —Escudriña en el cielo...”

Y quién no ascendería hacia las fuentes, y quién no bebería de esos silencios: Ser ganado para un color nuevo, un agua nueva...

—Cruzando ante el follaje, ellos, pájaros, se entibian en su ramaje seco se zambullan entre sus flores.

* * *

Un hombre tiene en sus brazos densos tatuajes y en su cintura anchas corrientes navegadas de barcazas

y todo él es una inmensa selva, un viaje con gentes que apartan juncales y van labrando oscuras trochas

y en la piel cálida y sudorosa pueden verse cazadores de tigres hostigando con sus lanzas y perros las bestias arrinconadas en las rocas o en las salientes de una ceiba...

De sus espaldas, de sus piernas, nacen brillos metálicos, hogueras, todo viviente, todo de mareas pues en realidad este hombre es un gran río, un fluir de serpientes y aves acuáticas que levantan vuelo desde manglares y árboles semisumergidos

y todo él se mece de un cielo a otro, dueño y poseído del mundo, orgulloso de la creación, de sus ciudades de cazadores, de sus inmensos espejismos.

* * *

“Y no fue sin emoción que vimos por la última vez el disco de la luna iluminar la copa de los cocoteros que rodean las riberas del Manzanares. Por largo tiempo nuestros ojos quedaron fijos sobre esa costa blanquecina donde no habíamos tenido queja de los hombres sino una sola vez. La brisa era tan fuerte que en menos de seis horas fondeamos cerca del Morro de Barcelona. El barco que debía conducirnos a la Habana estaba listo y ya izaba sus velas”.

(*) Alejandro de Humboldt. *Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente*. Traducción de Lisandro Alvarado, Tomo v. Cap. xxv, p. 68. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, Venezuela (segunda edición).

He seguido en las lecturas de Alejandro de Humboldt, la edición de *Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente*, indicada anteriormente, versión de Don Lisandro Alvarado, que fuera completada por los señores Eduardo Röhl y José Nucete Sardi, en la Edición de “Cosmos”.

En lo referente a su correspondencia la obra *Cartas Americanas*, compilación, prólogo, notas y cronología de Charles Minguet. Biblioteca Ayacucho. Traducción de Marta Traba, Caracas, Venezuela.

El viento y la piedra

(1984)

Búho

Los matorrales viejos
acidulan un ocre sarmentoso
y corren conejos y pajaritos
por un aire gris.
Y está el búho que acaba de salir
por los roquedos
mirando y remirando en el arroyo
su imagen brumosa que una nube
arrastra sin fin.
Y el cielo es un océano
y sabe a plumas
arroja plumas
y bate un raro olor a sangre.

Precipicio

para Ana Enriqueta

Los rebaños en la parda meseta:
moscas sobre una hoja marchita.
Un pájaro
una aterida conversación de torcaces.
El alma: Añoranzas
El corazón: Ese oscuro cristal que brilla
y grita al fondo.

Arroyo*a Patricia Guzmán*

Tiene una carrera de cola de pájaro.
Pájaro Mosca
Colibrí largo
y baila y baila sobre el trébol.
Habla como el ala de una cigarra
Dice que es Páramo
Cielo verde
Copas...
Y se va.

Muro

a Salvador Tenreiro

Y algún día serás muro
y estarás escrito con tizne,
un “ay” en la grieta,
una sonrisa en la ceja honda
—Me dirás
“Es un tiempo gris,
Es la espuma de un sentimiento
tardío”
Y tendrás escrita una flor con amarillo
[torpe y ceñudo,
alguna flor como una sombra
verdosa y húmeda.

Buey

en memoria de César David Rincón

Vivir en el lomo de un buey
un buey de pelaje amarillo y verde.
Abajo canta la dulce flor de muerto
y asciende la mañana en su gonzalito.
Vivir con luna.
estar de arreboles
—Vimos rodar un trueno y al fantasma del refusil
 entre piedras.
Alguien teje de lejos a lo lejos
la encabritada vereda.

Tabaco

para Humberto Febres

Sobre los parapetos, colgando de las trojas
la plumosa turba de aromas.
Es la purísima hilacha Varinas
Ya viene su humo azul
Ya sale su barco y ya se van sus torres
a nortes turbios y salones de juego
acunando el sueño de mujeres evanescentes.

Halcón

Al fin aguas profundas

Vi el aire
Vi el cielo
y entre las flores muertas
colores de pugna.

Solo en el Paraíso

Inestable, fluido, más bien turbio
Yo húmedo, yo sombra.

Por eso canto Por eso vigilo

Estoy cantando
Estoy riendo
Estoy de vigilia.

En mi intimidad, a dúo, invisible y en silencio
brillo con mi banda carmesí.
Yo el turbio,
de color amarillo y quemándome,
canto y me libero, espinoso y fresco,
solitario entre los míos, en mi multitud.

Altísimas torres, murallas
y repentino y en silencio
El resplandor.

¿No es esta la distancia?
Unas lilas y al fondo los elevados contrafuertes.
No más tierra No más gravedad
El reino de la pluma
El ingrátido porvenir.
Ya soy el blanco de una garza
Me doy a unos declives
El cielo: Puertas profundas.
El recodo del valle: Unos riachuelos.
Las músicas de ayer se han ido
empieza el verano.
Como noche me recojo
Como día salgo de mí.

Quisiera verme en esos promontorios
donde reptan luces impacientes.
Ser glauco y sorprender desde la altura
un oculto enemigo
y descender de uno a otro sur
de un norte a otro,
y en la profunda oscuridad
ser una luz descifrando lejanas luces.

Una infancia es un recuerdo
y más que una corriente a saltos.

Una infancia Tú
Una mañana Tú
Un muro húmedo y salvaje.

Tú y Yo gemelos
Por eso canto, por eso vigilo.

Frías casas, blanco frío
Vuelo y permanezco
¡sube sube alcanza los ángeles!
Y los dorados campos y el hermoso mar
rugen más allá.

Esta es mi fiesta: Una flor
La llevo a mi frente
transita por mí
Alabado sea
Quiero que se tiña de rojo
se tiñe, se oscurece.
Embriágame
y abrázame adentro
en mi casa de cien mil puertas.
Me has animado, me has cuidado
Y yo regreso
No a mí sino a tu luz
donde se habita en certidumbre.

Óyeme estrella
Que un calor bravo en su volcán
crezca de mí.
Resplandor Ábreme los ojos
Que mi corazón sea señor
Que esté Yo rodeado de un aura
Soy el Amarillo, el rojo áspero, el púrpura intenso.
¡Si pudiera lanzar un agudo chillido y extender las alas!

Todavía hay campánulas
La helada no ha marchitado al pájaro ni la retama

Bravo por el fulgor del risco
¡No a la presunta lluvia!
Ya se escucha el sonido
Ya suben las flores.

No más urnas No más prisiones
Levántate y observa
Qué esplende Qué acecha Qué domina.
Caminaré bancos de pasto.
Veré selvas de piedra
Para ennoblecerme ¿algo más alto?
Me siento y brindo: Trazo caballos,
desnudo el Edén.

¡Luz!

Mi cerebro quiere beber
Maravilla, borra el espacio entre Tú y Yo.

Para encantarme he venido.
Para vivir el color violeta aquí me he posado.
Estremezco las ramas, me estremezco yo
en el aire opuesto de flores.
Soy pequeño en esta dulce casa.
Soy ligero en esta ventana.

Lobos y halcones

*a Lolita y José Antonio
a Maracaibo*

¿Será cierto haber sido un halcón y remontar siete cielos de un tranco?
 El resplandor de ojos en la sombra alzaba la cabeza orgulloso de su lejanía
 y después avanzó con sus imágenes pálidas y sesgadas.
 Hay un jardín y música y voces animadas de euforia,
 los convidados apagan una sed insistente.
 Sé que todo aquí es un largo amor, una primera adolescencia que se
 [deslumbra
 pero el haberme remontado por esa escala y ascender hasta el brumoso
 [puente me resulta imposible.
 Mi amigo dirige la orquesta de fuerte percusión y timbres agudos
 se trata de un sonido de tintes rojizo y verde humoso
 como las aldeas de que hablamos en el trasnocho y la despreocupación.
 No es como antes pero el zumbido de estas voces tiene un
 remoto parecido a las invocaciones de años más extrovertidos y urbanos
 cuando lo único valedero era el poema.
 ¿Qué quieres?
 Noviembre es acuoso y su gris de un acecho permanente.
 Y de nuevo quiero continuar acostado, perezoso y tibio.

Pero la fiesta vuelve,
 las canciones de ternura alcohólica persisten
 y esos cantantes de la tristeza y el despecho anclan a lo hondo:
 No es verdad que haya sido el halcón
 El halcón estuvo todo el tiempo acurrucado en esa rama
 donde acomodamos juntos un acontecer taciturno.

Me parece escuchar una conversación que discurre en altibajos inusuales.
 ¿Quiénes serán esos actores graves y ceñudos que predicán con
 varas de enramada aún fresca sus pieles y plumajes enardecidos?
 En sus voces reconozco unos versos que estudié para decirlos en un viaje,
 [una celebración.]

Hay un espacio donde van y vienen rostros amigos y rostros sin perfiles.
 está presente el calor de un juego apasionado, la danza y el amor gentil
 aparecen y desaparecen como en el ardor de cerebros ansiosos y enervados.
 Pero no es cierto que haya remontado de un tranco los siete cielos del
 [poema
 y esté sentado entre maderas y metales oyendo la modulación encantada.
 La verdad apenas he permanecido un instante en el Paraíso
 y sus murallas de nieve y cristal verde tan solo han fulgurado en una frase
 [sin memoria.
 Aún así persiste la volatería radiante de pequeños y grandes nadadores
 [del aire
 “—¡Ven a coronar el halcón! Ven a detener la nube sobre su orgullo
 [predador—”

Más tarde cuando ya todo ha desaparecido me pregunto de nuevo
 ¿De qué halcones, de cuáles pájaros se trata?
 ¿La infancia, con sus alturas y laberintos?
 ¿La sangre que atisba ya sus pesadumbres y victorias?
 Cierto: El porvenir ha sido una vez más convertido en cordero
 y el aire se solaza en sus huesos.
 Los halcones eran ciertamente lobos y los lobos me esperan para celebrar,
 y al echar a correr entre los matorrales advierto sobre los claros de la fronda
 el gran cielo expandido
 y con él un halcón dorado, vuelta y vuelta en sus mares altos
 con los ojos fijos en mí.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-081-0

Depósito legal

DC2022000403

Caracas, Venezuela, abril de 2022

La presente edición de
ANTOLOGÍA POÉTICA
fue realizada
en Caracas
durante el mes
de abril de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Antología poética El valor de la obra de Ramón Palomares se evidencia en haber recuperado valores, personajes, costumbres, de la tradición cultural de los Andes venezolanos, así como reivindicar a través del lenguaje la voz del hombre del campo desde un sentimiento de nostalgia. La modernidad en la poesía de Palomares, quien formó parte de grupos literarios de significación como Sardo y El Techo de la Ballena, se expresa en esa visión del campo desde el anhelo y el arraigo para quien, confrontado con el ambiente abrumador de la ciudad, resignifica ese imaginario de lo familiar reflexionando sobre el pasado e intentando comprender sus orígenes, por lo que en algunas de sus obras también aborda episodios de la historia del país. Por otra parte, logró dar valor estético al lenguaje coloquial en la lírica, donde la oralidad y el habla popular trujillana dan forma a esa visión mítica del páramo y sus habitantes. Pero esa recreación de lo local adquiere dimensiones universales al remitir a temas humanos esenciales sobre la relación entre vida y muerte, la memoria y el olvido, el pasado y el presente, por mencionar algunos. Esta selección incluye algunos de sus poemarios más importantes como *El reino*, *Paisano*, *Santiago de León de Caracas* y *Adiós Escuque*, entre otros.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



ISBN: 978-980-440-081-0



9 789804 440081 0